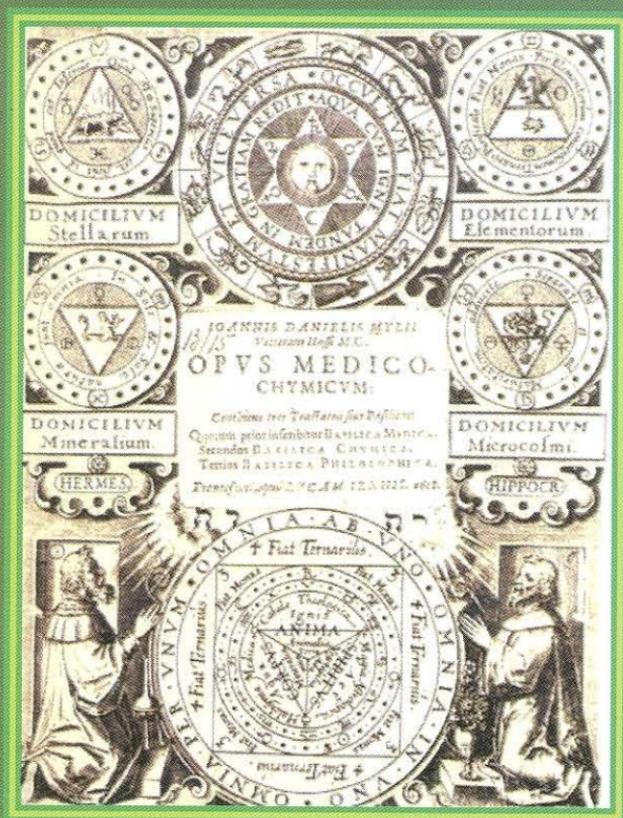


METAFISICA MEDICINA y SANACION



F. Hartmann
y otros

BC
EDITORIAL
KIER

Franz Hartmann
y otros

METAFÍSICA
MEDICINA Y
SANACIÓN

Traducido del inglés por
HÉCTOR V. MOREL

SEGUNDA EDICION



EDITORIAL
kier

*Desde 1907 un sello positivo
para un mundo que merece serlo*

Se hallan reservados todos los derechos. Sin autorización escrita del editor, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio -mecánico, electrónico y/u otro- y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

110 Hartmann, Franz
HAR Metafísica : medicina y sanación.- 1ª. ed. 2ª. reimp. -
 Buenos Aires : Kier, 2003.
 176 p. ; 20x14 cm.- (Biblioteca científico espiritual)

 Traducción de: Héctor Vicente Morel

 ISBN 950-17-0929-9

 I. Título - 1. Metafísica

Título original en inglés:

Metaphysical Science in Medicine

© 1905 by The Word. USA

Diseño de tapa:

Graciela Goldsmidt

Composición tipográfica:

Jorge Castillo. Arte Editorial

Correctora de pruebas:

Prof. Delia Arrizabalaga

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 2003 by Editorial Kier S.A., Buenos Aires

Av. Santa Fe 1260 (C 1059 ABT), Buenos Aires, Argentina.

Tel: (54-11) 4811-0507 Fax: (54-11) 4811-3395

<http://www.kier.com.ar> - E-mail: info@kier.com.ar

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

Capítulo I

METAFÍSICA Y MEDICINA

por *Franz Hartmann*

1. LAS CINCO CAUSAS DE LA ENFERMEDAD

Es una verdad eterna, también reconocida y proclamada por el Buddha Gotama, que todos los sufrimientos tienen por causa a la ignorancia (*avidya*), o sea, no reconocer ni comprender lo espiritual y superior de nuestro ser. Todas las grandes religiones del mundo enseñan —y la “Doctrina Secreta” lo explica— que el edénico hombre original, antes de descender a la materia, y mucho antes de llegar a este mundo, era etéreo, espiritual y libre de enfermedades y sufrimientos. Lo que él deseaba era “comer el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal”; o sea, quería conocer, por propia experiencia, las leyes de la Naturaleza material, a fin de dominarlas y emplearlas para su provecho, y por eso se produjo su descenso y ocupó un cuerpo material. De modo que estamos sometidos a las leyes de la Naturaleza material, igual que todos los demás seres que encarnaron en una forma animal. Sin embargo, en nuestra esencia más recóndita, aún somos espirituales y, si advirtiéramos cuál es nuestro verdadero estado espiritual, venciéramos la resistencia de nuestras formas materiales y las espiritualizáramos e impregnáramos con nuestra fuerza espiritual, nuestro cuerpo físico dejaría de estar sujeto a la desarmonía, la enfermedad y el sufrimiento. El espíritu puro no sufre, pero actualmente, por el hecho de tener un organismo físico —compuesto por diferentes principios y elementos, y propenso a contraer enfermedades— debemos buscar las causas de sus desarmonías en los elementos que lo integran.

Todos estos elementos son invisibles en su estado original. Cualquier clase de sustancia consiste en fuerzas vibratorias que nuestros sentidos físicos sólo pueden percibir cuando alcanzan determinadas oscilaciones o, dicho de otro modo, cuando la sustancia entra en determinado estado de densidad en el cual se convierte, para nosotros, en “materia” visible y tangible. La Física se ocupa de esas formas visibles que se materializan; la Metafísica hace lo propio con la sustancia invisible en la que aquellas formas se originan y con las leyes naturales que gobiernan estos estados. Todos los productos visibles de la Naturaleza tienen un origen invisible; sólo vemos los vehículos en los cuales las fuerzas de la Naturaleza actúan, pero no las fuerzas mismas. Vemos la bellota de la que crece un roble, pero no vemos la fuerza orgánica que hace que esa bellota elija su sustento y se convierta en roble. La Medicina, que ignora los elementos invisibles de los cuales nace el cuerpo humano visible, y pasa por alto la fuerza orgánica que rige la formación de los elementos en una totalidad armónica, solamente puede conocer una minúscula porción de las causas de las enfermedades que afectan al cuerpo humano, y es casi inútil cuando se recurre a ella para curar cualquier afección que no responda a causas obstructivas o mecánicas. El espíritu y el alma se conectan con el cuerpo visible, por medio del cuerpo “astral” o “etérico” del hombre. Los estudios científicos del futuro han de encauzarse, sobre todo, hacia ese cuerpo “astral”, a fin de descubrir cuáles son las causas invisibles de los fenómenos visibles.

Sólo hay un espíritu y una sustancia, pero sus formas y grados varían muchísimo. La estructura humana posee esos grados en escala, y desde el estado más bajo de la materia, asciende hacia lo más elevado de la espiritualidad. Los estados superiores de la sustancia penetran en los inferiores; el espíritu penetra en el pensamiento, el pensamiento en el éter, el éter en el aire, el aire en el agua, y el agua en la tierra. Los elementos más elevados o purificados del ser humano penetran en los inferiores, y procuran transformarlos y elevarlos hacia un estado superior. El Poder Divino, desde el santuario del hombre —que se halla dentro de su corazón— emite un rayo que se denomina Intuición y, mediante ésta, guía y eleva su intelecto; la capaci-

dad intelectual del hombre protege y guía sus emociones y estados psíquicos, y éstos, a su vez, con la cooperación de la voluntad y valiéndose del cuerpo etérico, guían las funciones voluntarias o involuntarias del cuerpo físico. Puede considerarse que cada escala de fuerzas es positiva respecto de la inmediata inferior, y negativa respecto de la inmediata superior. Si las inferiores no opusieran gran resistencia a la influencia de las superiores, entonces sería más fácil avanzar en procura de salud, felicidad, espiritualización y perfección.

Cada uno de los principios o elementos que integran al hombre tiene su propio origen y pertenece a su propia zona, de la que nació y a la que regresará al final de su viaje. Sin embargo, mientras se hallan conectados entre sí, tiene lugar una interacción y una correlación, y de éstas pueden surgir muy diferentes estados.

Paracelso, el gran reformador de la Medicina, reconoció y enseñó cinco causas originales de la enfermedad; a saber:

a) *Las condiciones astrales.* (Las prenatales y las que existen durante la existencia.)

b) *Las impurezas y los venenos.* (De carácter físico, psíquico e intelectual.)

c) *Las enfermedades hereditarias.* (De índole física, moral y mental.)

d) *Las influencias espirituales.* (El hipnotismo, la sugestión, la telepatía, la brujería, etcétera.)

e) *La ley de la Justicia Divina.* (El *Karma*, o como Paracelso lo llama, “la voluntad de Dios”, o sea, el resultado de las causas creadas en existencias anteriores.)

A continuación, nos proponemos examinar brevemente estas causas por separado.

a) *Las condiciones astrales*

Este tema no lo entenderemos en su totalidad, a menos que conozcamos las leyes de la reencarnación. La Metafísica enseña que los elementos astrales que integran el cuerpo astral del hombre se combinan y forman, antes de que se plasme el cuerpo físico.

De hecho, el cuerpo astral es el prototipo etérico del cuerpo físico, y este último es la imagen visible de la forma etérica invisible. Estos elementos, que van a formar el cuerpo astral de todas las cosas —ya se trate de un mineral, un vegetal, un animal, un ser humano o todo un planeta—no pueden originarse en otra cosa que en los mismos elementos que existen en el depósito universal de la Naturaleza y, puesto que todo el Universo consiste en un conjunto de cuerpos celestes o astros (*astra*) y en sus emanaciones e influencias etéricas, de los cuales los soles y los planetas son los centros visibles y materializados, todo lo que existe en la Naturaleza se halla necesariamente constituido por estas influencias astrales. Así es como, por ejemplo, nuestro Sol visible es un astro y un centro visible de energía, de tal carácter que su calor, luz, electricidad, magnetismo, etcétera, dan vida a todas las cosas y plasman todas las formas de nuestro mundo.

Las influencias representadas por la Luna visible y por las que de ella emanan se conocen también mediante la observación de cómo actúan los rayos de la Luna sobre la Tierra, el mar, los vegetales y los animales. Son menos conocidas, por resultar menos perceptibles, las otras fuerzas representadas por los planetas visibles de nuestro sistema solar. No obstante ello, ejercen gran influencia sobre la formación de nuestro cuerpo astral; y esto se halla comprobado por el hecho de que todo buen astrólogo puede predecir, mediante el horóscopo de una persona, cuáles son las enfermedades y los períodos de la existencia en los que ésta puede resultar afectada. Asimismo, mediante la observación del carácter y del estado de salud de una persona, el astrólogo puede saber cuál fue su influencia planetaria natal. Todo, incluso nuestro cuerpo físico, está constituido por esas influencias, las cuales pueden llamarse “espirituales”, pero el espíritu puro no puede actuar directamente sobre la materia densa, pues para ese fin necesita un instrumento etérico, el cual constituye el cuerpo astral de las cosas. No es el planeta Júpiter —que puede verse en el cielo— sino el “Júpiter” existente en la constitución del hombre, el que le da fortaleza; la fuerza llamada “Marte”, que su alma respiró en la atmósfera espiritual de nuestro mundo, es la que le vuelve audaz y vigoroso; el “Venus” que en él

existe, es el que lo torna afectuoso; Mercurio es el que le hace inteligente, etcétera. Estos “planetas” son los representantes externos de energías espirituales de carácter universal, las cuales reciben aquellos nombres.

No sólo todos están sujetos a las influencias astrales vigentes antes y durante el nacimiento del cuerpo físico de la persona, sino que, a lo largo de toda su vida, dependen en mayor o menor medida, de diversas clases de influencias planetarias. Su cuerpo es afectado por el calor, los rayos del Sol, la lluvia, el clima, las corrientes eléctricas y magnéticas, los miasmas, las infecciones, el estado de la tierra y del agua, los factores psíquicos, las influencias mentales y morales, etcétera. Cada fuerza y elemento principal del organismo humano se halla estrechamente relacionado con su respectivo principio, fuerza o elemento del Universo, en el cual nació y del cual es un producto. Por eso, los filósofos de la antigüedad estaban en lo cierto cuando decían que el ser humano, de acuerdo con su naturaleza divina, es hijo de los dioses, que su alma es hija de las estrellas, y que su cuerpo físico se forma con los elementos materiales de esta Tierra.

b) *Las impurezas y los venenos*

Todas las cosas son puras cuando están libres de mezcla extraña; en tal caso, no hay en ellas nada que las desarmonice. Si dos o más cosas se unen armoniosamente, esa unión es también pura. La pureza produce armonía; la impureza, desarmonía; y la desarmonía es enfermedad. Todo lo que obstaculiza el establecimiento de la armonía o todo lo que ocasiona desarmonía es causa de enfermedad. Podemos considerar que, desde una piedra hasta un pensamiento, constituyen un conjunto de vibraciones que representan una nota en la gran escala musical de la Naturaleza. Algunos tonos producen un acorde armonioso, y otros crean desarmonía. La Ley de la Armonía es la Ley de la Naturaleza; toda la evolución y todo el progreso se empeñan en producir armonía, y lo superior, por su contacto con lo inferior, ha de elevar esto último hacia el nivel que le corresponde. Todas las cosas son relativamente buenas y también relativamente malas. Lo que resulta conducente para la evolución superior del

hombre es bueno para éste; lo que le impide progresar o le hace descender más, es malo para él.

Debido a que el organismo del hombre es un conjunto de muchos elementos y tiende a recibir diferentes influencias, ingresan en él varias clases de impurezas, que provocan la enfermedad. Muchos estados impuros son causados por la alimentación indebida, pero los venenos más peligrosos son el Alcohol, la Morfina, la Cocaína y otros tóxicos similares, al igual que una interminable cantidad de “tónicos para el sistema nervioso”, todos los cuales tienen un efecto paralizante sobre las corrientes vitales que conectan al cuerpo astral con el cerebro y causan una exteriorización parcial del cuerpo astral, de modo que, en última instancia, el resultado es la degeneración de la sustancia cerebral o cualquiera de las diversas formas de locura, obsesión, etcétera.

Sin embargo, no sólo el cuerpo físico está sujeto a la acción perjudicial de la materia impura, de los microbios y de otras cosas; la atmósfera psíquica y mental del mundo está también llena de impurezas que envenenan el alma y la mente de la humanidad y producen toda clase de inmoralidades, así como perversos pensamientos y opiniones, muchos de los cuales pueden incluso lanzar a naciones enteras a la guerra y al derramamiento de sangre, especialmente si los pensamientos impuros toman posesión de testas coronadas o de otras personas influyentes. Un deseo ilegítimo, un pensamiento erróneo o un prejuicio pueden compararse con una obstrucción física del cuerpo, la cual impide la libre circulación. La presencia de esos pensamientos impuros impide que la razón actúe perfectamente y que la luz de la verdad entre en la mente. Esas obstrucciones no tienen remedio, salvo que se las elimine, y esto sólo puede hacerse mediante la luz del conocimiento, remedio que esos pacientes suelen ser reacios a tomar.

El Ocultismo, auxiliado y corroborado por la clarividencia, enseña que el mal estado de la mente humana envenena el éter espiritual que rodea nuestro planeta, y que este estado del éter también influye sobre la mente de los hombres. Los pensamientos no son bagatelas carentes de entidad sino algo concreto, aunque la sustancia con la que se hallan compuestos sea invisible para nuestros ojos físicos. Hay pensamientos que elevan la mente,

y otros que agobian al alma y son tan pesados como el plomo. Lo semejante atrae a lo semejante, y cualquier germen psíquico, cualquier deseo inmoral o cualquier prejuicio es capaz de atraer los elementos correspondientes de la región psíquica o del plano mental, y abrir la puerta a la influencia deletérea, causando incluso epidemias de enfermedades morales y mentales.

Es probable que los más vastos efectos dañinos sean los causados por el charlatanismo psíquico y mental de nuestra época. El hecho de que se atiborre la mente con toda clase de dogmas y teorías, los cuales constituyen sólo una carga para la memoria, llega a paralizar la facultad racional del cerebro y a impedir que cada uno perciba la verdad. Pero los más nocivos, y de más rápido efecto, son los experimentos que ahora se hallan tan de moda: el hipnotismo, el espiritismo y las denominadas prácticas yóguicas que se emplean con el fin de obtener poderes ocultos. Esto envenena al alma, daña a la mente, arruina el cuerpo astral, causa enfermedades en los órganos físicos, produce debilidad de la voluntad y del carácter, genera mediumnidad, obsesión, insania moral e intelectual y, no raras veces, lleva al suicidio. ¡Cuidado con esos charlatanes!

c) Las enfermedades hereditarias

Hay tres modos de heredar. El alma del recién nacido hereda, de la encarnación anterior, las cualidades que adquirió en existencias precedentes; el cuerpo físico hereda ciertas cualidades de sus padres; y finalmente, las personas heredan, durante sus vidas, aquellas cosas de los demás con las que, de algún modo, se hallan conectadas.

Todo ser que ingresa en este mundo es portador de determinadas cualidades e inclinaciones que suelen ser muy diferentes de las de sus padres o abuelos; la razón de esto tal vez sea que las adquirió en alguna encarnación anterior, y aunque esas cualidades se parezcan a las de sus padres, eso no prueba que las haya heredado de estos últimos. Es probable que determinados deseos parecidos atrajeran su espíritu hacia la familia en la que pudiera desarrollar su talento, sin que otra acción de la Ley del

Karma haya dirigido al espíritu de esa persona. Sin embargo, la cuestión es algo distinta con el cuerpo físico. En lo espiritual, cada uno es su propio padre o el hijo de su “padre en el Cielo”. El cuerpo físico es la casa que fue construida para que el espíritu habite en ella; y los constructores de esa casa son los padres. El elemento material con el que se construye el cuerpo, proviene de la sustancia de los padres y, en consecuencia, ellos pueden transmitir enfermedades al hijo. Así es como puede heredarse la sífilis, la escrofulosis, el cáncer, la tuberculosis, etcétera. El hijo puede ser débil si sus padres son de escasa salud; si son ebrios, el cerebro del hijo puede enfermar y, como resultado de esto, ser un idiota congénito.

Las enfermedades de índole mental y moral apuntan a un origen más lejano. Los hijos de grandes científicos o filósofos suelen ser muy estúpidos y cortos de entendederas, mientras que, por otra parte, hay gente de muy elevada moral que tiene su “oveja negra” en la familia. Los hijos suelen nacer criminales o perversos, sin que esto obedezca a otra causa que a lo que adquirieron en una encarnación anterior o les quedó grabado en su vida intrauterina.

Sin embargo, la naturaleza humana es una totalidad, y en el Microcosmos del hombre se halla representada la totalidad del Macrocosmos. En consecuencia, todos tienen dentro de sí todas las semillas del bien y del mal; la diferencia sólo existe en el grado en el que cada persona se desarrolla. Algunas semillas pueden estar tan dormidas como la del trigo que, hallada en una momia egipcia, pudo germinar después de miles de años; es probable que ciertas semillas hayan germinado en una encarnación anterior, y que otras sean capaces de crecer y dar flores y frutos. Por lo general, es posible observar la vigencia de esta ley: lo semejante atrae a lo semejante. Por lo tanto, la presencia de los seres sabios actúa beneficiosamente sobre quienes se sienten inclinados hacia la sabiduría, y el ejemplo y el comportamiento concretos de las personas necias o malvadas pueden fácilmente producir tontos o bribones. De este modo, las enfermedades morales (la ebriedad, el libertinaje, etcétera) o las enfermedades intelectuales (el dogmatismo, la superstición, la intolerancia, la insensatez, etcétera) pue-

den transmitir las los padres a su hijo, o desarrollarse con una educación falsa; pero estas herencias pertenecen más bien al capítulo de las impurezas psíquicas contraídas por la mente.

La causa de la enfermedad se hallará, en todos los casos de herencia congénita, en el cuerpo astral, porque el cuerpo físico es la expresión última del estado del cuerpo astral y, en consecuencia, las enfermedades heredadas pueden permanecer latentes durante años antes de manifestarse en la forma física. En términos generales, todas las enfermedades contagiosas tienen su origen en el plano supersensorio, aunque, una vez que se desarrollan, pueden ser contraídas por otro cuerpo o transmitirse por contacto. La enfermedad es causada por un estado de desarmonía entre las moléculas de la fiebre, propias del cuerpo etérico. Por ejemplo, la sífilis no es causada por la relación íntima de personas recíprocamente armónicas, pero puede generarse por el contacto sexual promiscuo de una persona con muchas, aunque cada una de éstas no haya padecido enfermedad alguna. Si la ciencia moderna desea conocer la verdadera causa de las enfermedades, tendrá que indagar un poco por debajo de la superficie y estudiar la naturaleza del cuerpo astral y las leyes que lo gobiernan.

d) *Las influencias espirituales*

Paracelso dice: “La sabiduría de la civilización de un siglo será a menudo ridiculizada por la generación siguiente, y las cosas que hoy parecen absurdas y alocadas, tal vez sean admiradas mañana como lo más excelso de la ciencia humana”. Lo que él dijo resultó cierto: una ciencia que sólo se basa en las apariencias externas cambia continuamente de vestimenta. El Hipnotismo, la Sugestión, la Telepatía, la Mediumnidad, la Obsesión, los poderes de la voluntad y de la imaginación, etcétera, eran totalmente conocidos hace trescientos años, y tal vez mejor que ahora, aunque tuvieran otras denominaciones. Los científicos del siglo pasado se mofaban de esos poderes, e incluso actualmente muchos representantes de la erudición moderna los ignoran o ridiculizan. No obstante ello, la mayoría de la gente reflexiva les presta atención y los observa como algo nuevo. In-

cluso el destacado profesor Wundt, catedrático de psicología en la Universidad de Leipzig, dice en su manual: “La teoría de la existencia de un alma (*psyché*) no ha de rechazarse como una mera hipótesis psicológica”.

En la actualidad, parecería innecesario proclamar la doctrina del alma y sus poderes ocultos; por el contrario, mejor sería que se hablase de ella lo menos posible, pues todo lo utilizable también puede usarse mal. Las prácticas espiritistas se hallan muy difundidas; están en auge la mediumnidad, la histeria, la locura, la delincuencia y el suicidio; brotan como hongos después de una noche de lluvia, las escuelas que proponen enseñar, por dinero, cómo pueden adquirirse poderes celestiales; y hay miles de personas que ansían obtener esos poderes para usarlos con fines viles o demoníacos. Aparentemente, nos hallamos ante una nueva era de brujos y hechiceros, y el mundo entero se está convirtiendo en un manicomio en el que sólo unos pocos son capaces de conservar su verdadera sensatez.

León Tolstoi dice acertadamente que nuestra actual generación no merece poseer las grandes invenciones de las que tanto se enorgullece —como la pólvora, las baterías eléctricas, etcétera— pues solamente las usa para su recíproca destrucción bélica y sus mezquinas peleas. Ahora bien, si estas fuerzas de la Naturaleza ya se usan mal hasta el punto de privar a muchos miles de soldados de su vida física en una sola batalla, cuánto más peligroso será el conocimiento que enseña a desarrollar y emplear los poderes espirituales que, si todo el mundo los conoce, indudablemente serán mal utilizados por todos para destruir las almas. La peste psíquica y la inmoralidad actualmente en expansión, así como la desaparición del verdadero sentimiento religioso (que no debe confundirse con la credulidad religiosa) son las precursoras de un período de magia negra con sus correspondientes terrores, a la que se puede recurrir para destruir al mundo civilizado.

Sabemos que los pensamientos son algo muy concreto y que cobran vida con el influjo de la voluntad y la inteligencia. El pensamiento, madurado y vigorizado por la voluntad, genera y da vida a una forma mental concreta, la cual está dotada de la inteligencia de quien la crea. Los pensamientos buenos producen formas bellas, y los demoníacos, formas horrosas; todas

ellas son guiadas por la voluntad de quien las crea. Así es como podemos enviar una bendición o una maldición a otra persona, bajo la forma de un ángel o de un demonio, y en la medida en que el individuo sea mentalmente débil o “mediúmnico” o no esté acostumbrado a ejercer sobre sí el debido control, más fácilmente será afectado e influido, y resultará víctima de esas influencias. Esas víctimas son las que llenan nuestras cárceles, penitenciarias y manicomios, mientras las denominadas prácticas espiritistas y seudocultistas se empeñan en incrementar el número de esos desdichados. Es probable que haya muchas más enfermedades corporales causadas por una mente desquiciada y, en consecuencia, por un cerebro trastornado, que las generadas por estados meramente físicos.

Por supuesto, el hombre divino tiene derecho a investigar todas las leyes de la Naturaleza, sean éstas ocultas o no, pero con el fin de obtener estas prerrogativas respecto de los poderes divinos, el hombre debe divinizarse. Actualmente, cuando el egoísmo se halla en auge, la atmósfera mundial está llena de creaciones malignas, y quienes las convocan en su auxilio trabajarán para su propia destrucción.

e) *La Ley del Karma*

La Ley del *Karma* o de la retribución, es la Ley de la Justicia Divina, la de la correspondencia y la armonía exactas entre la causa y el efecto. Paracelso la llama “la Voluntad de Dios”, y está en lo cierto, pues la Voluntad de Dios es la ley que rige sobre el orden del Universo, y no es una ley artificial sancionada por un “legislador” cualquiera; la Voluntad de Dios no es algo separado de Dios; por ser Dios el estado supremo de todas las cosas, la sabiduría suprema, la justicia suprema, el amor supremo, etcétera, El es también la Suprema Ley de armonía del Universo, cuyo poder se manifiesta por doquier en la Naturaleza, con tal de que no se la rechace.

Esta Ley actúa sobre todos los planos, tanto en el reino intelectual y moral como en el físico. De acuerdo con ella, todo retorna a la fuente de la que nació. Tan seguro como que una piedra arro-

jada al aire vuelve a caer al suelo, igualmente cierto es que la consecuencia de una acción, sea ésta buena o mala, recae sobre quien la causó.

El descenso del hombre a la materia fue fácil, y su ascenso hacia la espiritualización es difícil y consiste en una escuela en la que hay muchas aulas o grados. El hombre recoge experiencia en cada encarnación, y sufre o goza las consecuencias de sus actos. Sus errores y pecados son escalones que le guían hacia la sabiduría. Hay muchas enfermedades cuyo origen es meramente kármico, o sea, son causadas por errores cometidos en encarnaciones anteriores, e incurables mientras los efectos de esas causas perduren. Sin embargo, cuando se agote el *Karma* malo que así se creó, entonces la enfermedad desaparecerá o se hallará el remedio correspondiente.

No debe suponerse que estas cinco causas de la enfermedad se hallan separadas una de la otra, o que esta o aquella afección es producida por una sola de las causas antedichas; en realidad, todas cooperan de consuno, aunque una u otra de estas causas se halle muy activa. Por ello, a modo de ejemplo, un hombre puede nacer idiota, porque su padre lo engendró estando ebrio; sin embargo, el propio *Karma* malo del hijo, creado en una encarnación anterior, fue la causa que le atrajo hacia la familia de un ebrio para que reencarnara en ella. El *Karma* funciona tan intrincadamente como los pensamientos, motivaciones y acciones de un hombre, y es imposible rastrear cada consecuencia hasta su origen. Esto tampoco es necesario e incluso puede ser dañino, porque debemos evitar obrar mal, no por temor al castigo que eso acarreará, sino que debemos obrar bien porque lo prudente es obrar bien, y tenemos que abandonar el mal porque es prudente abandonarlo. El Buddha Gotama dice: “He aquí la religión del Iluminado: purificar el corazón, evitar las malas acciones y empeñarse en procura del bien”. Y la Biblia dice: “Buscad sobre todo el Reino de Dios, y todo el resto se os dará por añadidura”. El Reino de Dios es el Reino de la Verdad Eterna. El conocimiento personal de la Verdad es Sabiduría Divina, o lo que se ha dado en llamar “Teosofía” en el verdadero sentido de la palabra.

2. LA CONSTITUCIÓN DE LA MATERIA

Sin duda, desde la época de Paracelso, se avanzó mucho en algunas ciencias dedicadas al tratamiento de las enfermedades. Nos referimos, por ejemplo, a la química, la anatomía, la fisiología, etcétera. Por otra parte, en la época actual, se perdieron muchos conocimientos útiles: un materialismo ciego y un escepticismo negativo ocuparon el lugar de la intuición, y el racionalismo suprimió toda espiritualidad. Paracelso sabía muchísimo más que un médico común de nuestra época, acerca de ciertos secretos de la Naturaleza. Prueba de ello son los muchos casos de lepra y otras afecciones que él mismo remedió, y que hoy en día se consideran incurables. También es verdad que, en la antigüedad, los sabios y sacerdotes de la India y de Egipto eran muy conocedores —tal vez más que nosotros mismos— del hipnotismo, la magnetización, el poder de la fe y la oración, la transferencia del pensamiento, la sugestión, etcétera. Lo único diferente era que estas artes dependían de los Iniciados, quienes las custodiaban muy bien en los templos para impedir que se las utilizase indebidamente. Aparentemente, tenemos motivos para lamentar que estas ciencias no se hayan mantenido “ocultas” y como propiedad exclusiva de quienes eran dignos de ellas. Pensamos esto porque estas artes sagradas, mal utilizadas, cayeron en poder de seres impíos e ignorantes, quienes con ellas se dañan y dañan a los demás y, asimismo, los estafan, engañan y roban. Desde luego, todo esto conduce a la destrucción física y moral y a la muerte espiritual de todos, incluidos quienes, consciente o inconscientemente, cometen esos crímenes.

Sin embargo, lo mismo ocurre con todas las artes y ciencias. Todo poder puede ser empleado tanto para el bien como para el mal. Tolstoi dice que, si observamos el uso indebido que las naciones hacen de la pólvora, la dinamita, la electricidad, el vapor, etcétera, para destruirse unas a otras, parecería que estos descubrimientos e invenciones llegaron prematuramente y antes de que la humanidad fuera digna de recibirlos. Ahora bien, si nuestra civilización actual no es todavía capaz de dar a estas energías un uso adecuado y legítimo, entonces ¿sería de desear que el público en general aprendiera a conocer y usar los poderes mágicos? ¿Y por qué los Iniciados en el Ocultismo deberían estar deseosos de

enseñar y convertir a quienes dudan y se burlan de esto, y a quienes todavía no están maduros como para recibir ese conocimiento y sólo emplearían los poderes ocultos para dañarse a sí mismos y a los demás?

No obstante ello, los pasos que se han dado en esta dirección no pueden desandarse. Hay algunos que, por así decirlo, fisgonearon el Santuario de la Sabiduría por el ojo de la cerradura, echaron un vistazo a la Verdad y ahora sólo prostituyen este Conocimiento sagrado, con el propósito de ganar dinero, mientras que otros, impulsados por la vanagloria y la ambición, hacen público alarde de sus escasos conocimientos, para ganarse la admiración de los niños y los necios. De esta manera, se siembran muchísimos errores que darán frutos malos. El proverbio dice: “El escaso conocimiento es peligroso”. Por ello, mejor será que, en vez de pasar por alto este tema sin mencionarlo, veamos sobre qué se basa el “Ocultismo” y si se lo puede llamar “exacto” o no.

La clave para comprender la Ciencia Oculta radica en conocer cómo está constituido el hombre en sus aspectos físico, metafísico, psíquico y espiritual, y en la correspondencia que existe en los mundos visible e invisible, en los cuales él habita. ¿Pero esa ciencia puede llamarse “exacta”?

Mucho es lo que se habla acerca de lo que actualmente se llama “ciencia exacta”, pero nada se dice respecto de lo avanzado y calificado que debe ser el investigador para que necesariamente haga que su ciencia sea exacta y la aplique experimentalmente. Suele suponerse que sólo es ciencia exacta la que puede demostrar que es verdad mediante observación y experimentación física. Sin embargo, incluso se necesitan determinados requisitos para que se cumpla ese objetivo. Para una persona que tenga sanos sus ojos, la existencia del Sol es una cuestión de ciencia exacta, mientras que para un ciego, es una cuestión de creer lo que le dicen, o bien, una conjetura y, en consecuencia, una superstición. Lo que para el matemático tal vez sea una ciencia exacta, puede ser tan sólo una fantasía para quien es incapaz de comprobar su verdad. De manera que la ciencia exacta de uno no es la de otro, y muchas cosas que solían considerarse exactas en el pasado y que en general se aceptaban, después se descubrió que eran inexactas o totalmente falsas. Hasta

la Física modifica sus criterios, y Paracelso ciertamente dice: “Lo que en un siglo tal vez se considere la cima de toda ciencia, quizá sea rechazado como una necedad en el siglo siguiente, y lo que ahora se considera una superstición, quizás en el futuro sea ensalzado como el máximo logro de la sabiduría”.

No reconocemos como “exacta” a ninguna ciencia; sólo es “exacto” lo que es producto de la verdadera observación, de la experiencia y de la comprensión correcta; pero estas facultades no solamente son aplicables a los objetos existentes en el plano físico. Por ejemplo, podemos captar y observar la experiencia y entender una verdad moral, sin tener que recurrir a nuestros sentidos físicos, y una verdad matemática puede resultar clara para nuestro intelecto, sin el auxilio de nuestros ojos físicos; mientras que todo eso puede hallarse fuera del alcance de un idiota. Así es como las más grandes verdades, por claras que sean para algunas personas, serán “ocultas” o “esotéricas” para otras, y esto es especialmente cierto respecto de aquellas cuestiones que sólo podemos conocer y entender mediante introspección y examen personal. El mejor modo de estudiar las facultades del alma consiste en desarrollarlas dentro de nosotros mismos y en examinarlas detenidamente; la observación de los fenómenos producidos por las facultades psíquicas dará siempre cabida a la duda respecto de las causas por las que aquéllos se producen.

La verdadera Ciencia Oculta se origina realmente en la Sabiduría Oculta. Esta última consiste en nuestra comprensión personal de la Verdad. En realidad, sólo sabemos aquello que comprendemos siendo conscientes no sólo de su presencia sino también de su verdadera naturaleza. Por ejemplo, nadie tiene necesidad de aceptar o dar por sentada como cierta la doctrina que trata sobre los siete principios existentes en la constitución del hombre, siempre y cuando éste posea la facultad que le permita examinarse. Entonces, él descubrirá que no tiene más ni menos que estos siete principios. Como bien lo sabe todo aquél que haya leído textos teosóficos, son los siguientes: el cuerpo físico, el principio vital, el cuerpo “astral” u onírico, el cuerpo de deseo, la mente, el alma espiritual y el espíritu universal. Estos principios o elementos pueden tener otras denominaciones en otras escuelas, pero todos implican lo mismo.

Ahora bien, toda persona cuerda sabrá con seguridad y de manera infalible —si se examina— que tiene un cuerpo físico; y tampoco discutirá que posee una energía que le permite vivir. Si estudia sus propios sueños, se convencerá de que posee un cuerpo que le permite vivir y actuar en el plano onírico. Si esa persona no es todavía santa, descubrirá dentro de sí una región inferior en la que residen los instintos y pasiones, y una región superior en la que entra en acción su capacidad para pensar y discurrir. Si es capaz de elevarse más arriba, o lo que es lo mismo, entrar más profundamente dentro de sí misma, hallará una región en la que puede percibir directa o intuitivamente la Verdad y estar en contacto con el Infinito, para no mencionar el estado más excelso y recóndito de la consciencia, en el cual el hombre capta la presencia de su propio Yo Divino, o sea, del Espíritu Universal de Dios.

La clave para comprender con exactitud qué es la Ciencia Oculta consiste en conocer estos principios, estados o energías, y en captar que existen y actúan dentro de uno mismo, correspondientemente conectados con la Naturaleza universal. Afirmamos que es preciso conocer esas conexiones, y es evidente el hecho de que existen, porque los principios constitutivos del hombre no los creó éste a partir de la nada: ellos son las manifestaciones de idénticas energías universales, las cuales los alimentan. Así como el cuerpo físico halla su sustento en los elementos físicos de nuestro planeta, de igual manera los otros principios del hombre tienen su origen correspondiente; su vida se origina y nutre con la energía que proviene del Sol; sus instintos inferiores son alimentados por el plano astral; su intelecto se desarrolla asimilando ideas; y su alma se nutre con el espíritu de la Verdad. Estos principios o energías no son algo carente de entidad: son concretos y pueden ser percibidos. Sentimos cómo la fuerza vital corre por nuestras venas, del mismo modo que el calor de los rayos del Sol sobre nuestra piel, y la emoción que al alma le produce el contacto con influencias superiores, elevadoras e inspiradoras no se capta en menor proporción que el movimiento de un músculo cuando entra en contacto con una corriente eléctrica. Todo es concreto y llega a nuestra consciencia por medio de su movimiento. Lo que llamamos “fuerzas” son modalidades de movimiento, y se las distingue por su intensidad, volumen y velocidad vibratoria. Una onda de fuerza etérica,

de determinada longitud, se manifiesta como “luz”; la misma onda, de otra longitud, representa a la “electricidad”; otra, al “calor”, etcétera.

Cada plano de la existencia necesita las facultades o energías correspondientes, a fin de que se lo perciba. Los sentidos pertenecientes a un plano de la existencia no pueden percibir las cosas que pertenecen a un plano superior. Una forma astral podría superar, en densidad, a cualquier objeto físico material, pero el ojo físico no la vería y su contacto tampoco sería captado por el sentido físico del tacto. Tenemos los órganos de los sentidos físicos para percibir los fenómenos del plano físico, y las facultades (o energías) del alma para percibir lo que le pertenece a ésta. Tenemos órganos intelectuales para captar, analizar y combinar ideas, y en algunas personas se desarrollan órganos espirituales con los que son capaces de captar y entender lo que es espiritual y divino. La percepción espiritual pertenece a un plano superior al del intelecto; se halla más arriba del intelecto, tal como el intelecto se halla por encima del instinto animal, e incluso una persona de intelecto muy desarrollado puede, por todo eso, carecer de fuerza espiritual. En ese caso, todo lo que pertenece al Reino Divino dentro del hombre, no existirá para él o será “esotérico” u “oculto” para él.

En consecuencia, el Apóstol Pablo, en su *Epístola a los Corintios*, escribe a quienes “renacieron del espíritu”, es decir, a aquéllos cuyos órganos de percepción y comprensión espiritual se desarrollaron, abriéndose sus sentidos internos: “La sabiduría de la que hablamos no es la de este mundo ni la de los grandes que perecen, sino la Sabiduría Oculta de Dios”. La Biblia, en su original griego, denomina *Theosophía* a esta Sabiduría Oculta. “Los grandes que perecen” son los científicos y filósofos que sólo se afanan en el reino de los fenómenos y cuyo conocimiento consiste solamente en la observación externa de los fenómenos de este mundo ilusorio, basada en la especulación y la información, la erudición libresca, etcétera. Ellos tal vez sean sumamente intelectuales e ilustrados, pero carecen de la fuerza que les permita concretar espiritualmente el Ideal Divino dentro de sí mismos.

Lo fundamental de toda Sabiduría Oculta verdadera consiste en concretar este ideal divino: nuestro propio Dios personal y el verdadero Yo inmortal. Esto consiste en un típico conocimiento

personal, capaz de captar, en su totalidad, cómo está compuesta la existencia, mientras se descubre que todo el organismo es un conjunto graduado de vibraciones pertenecientes a algo que llamamos “sustancia”, la cual comienza desde el grado más bajo, manifestado por la denominada “materia”, hasta el estado más elevado, llamado “espíritu”. Sin embargo, el espíritu, la fuerza y la materia no son cosas separadas, esencialmente diferentes entre sí; son solamente tres manifestaciones de un innominado Uno eterno, inmutable y autoexistente, a cuyo poder se llamó el “Logos”, “Isvara” o el “Verbo”, lo cual significa Principio Organizador de la Naturaleza.

Los sabios de la antigüedad ya sabían lo que los filósofos modernos empiezan a sospechar: que todo lo que existe en la Naturaleza está constituido por una sustancia vibratoria primordial, a la cual llamaban *materia prima*. Los diferentes grados de vibración producen distintas manifestaciones y fenómenos en los diversos planos de la existencia. Así es como tenemos vibraciones de la sustancia mental, vibraciones emocionales (psíquicas), vibraciones atómicas, etcétera; las vibraciones inferiores son producto de las superiores, mientras que estas últimas pueden renacer y manifestarse dentro de las inferiores. De manera que, por ejemplo, lo que en los planos superiores se conoce como una triple manifestación del Amor, la Luz y la Inteligencia, se manifiesta en el plano inferior como magnetismo (atracción), calor y electricidad. Existe solamente una energía fundamental, pero se manifiesta de muchos modos o, como dice la Biblia: “Sólo hay un Dios (universal), pero muchas fuerzas”.

La esencia eterna permanece, pero sus aspectos se modifican. Por eso, si nos contemplamos desde un punto de vista filosófico, nuestra naturaleza representa muchos aspectos diferentes o, lo que es lo mismo, un diferente modo de vibración, y esto es también lo que ocurre con todos los demás productos de la Naturaleza, ya se trate de un animal, de un vegetal o de un mineral.

Nuestro organismo, observado desde un punto de vista mecánico, es la pieza de una maquinaria puesta en movimiento por alguna fuerza que actúa internamente, a la que llamamos “vida”, pero cuyo prístino origen no podemos conocer, a menos que conociéramos el origen de todas las cosas, el “Yo” de todas las cosas, a quien llamamos “Dios”.

Este organismo, si lo observamos superficialmente, parece ser de naturaleza sólida y material, nacida de los elementos de la Tierra. Si lo estudiamos químicamente, está compuesto por agua, y en verdad somos espíritu materializado del agua, pues nuestro sistema muscular la contiene en muy grandes proporciones. Además somos espíritu del aire, pues nuestro cuerpo está compuesto principalmente por tres gases —oxígeno, hidrógeno y nitrógeno—, y también carbono, el cual forma también un gas cuando se combina con el oxígeno. Sumada a estos gases, sólo poseemos una porción comparativamente insignificante de materia terrestre que compone nuestros huesos. También debemos decir que somos seres etéreos, compuestos por “fuego” o fuerza, pues cada una de las moléculas que integran nuestro cuerpo es un depósito de energía; la “materia” es solamente energía condensada o “fuerza” latente, y lo que llamamos “fuerza” es una manifestación de la energía de la materia.

Por lo tanto, incluso el cuerpo físico del hombre tiene sus diferentes aspectos, lo cual puede demostrarse según las reglas de la ciencia “exacta”, pero el cuerpo no es el hombre sino la casa en la cual él reside durante su tránsito terreno. El hombre, individualmente considerado, es la encarnación y la representación de una idea, y en su aspecto supremo es un ser espiritual que habita una forma de carne, una encarnación del Verbo Divino, dotado de una organización que le permite ser individualmente consciente de su naturaleza divina.

Considerémoslo ahora en su aspecto como encarnación de una idea o, para decirlo más correctamente, como la representación de una suma de ideas, cada una de las cuales se manifiesta como determinada clase de vibración mental. Hay ideas bajas y altas, hay vibraciones mentales toscas y vulgares, al igual que refinadas y excelsas; según su índole, tal es el carácter de una persona y su ubicación alta o baja, como hombre, en el Universo. El estado de su consciencia depende de la calidad de estas vibraciones, y de este estado depende la calidad de las energías del alma; por ejemplo, la sensibilidad, la fina percepción, las aspiraciones elevadas, la inspiración, la intuición, la fuerza de voluntad, etcétera. Hay vibraciones mentales tan toscamente materiales y pesadas que no pueden remontarse sobre lo sumamente sensual, y hay otras,

tan elevadas y espirituales, que ascienden hasta las capas más altas del éter y sólo son captadas por las mentes muy refinadas.

Se dice que el hombre es un ser que piensa: ¡no podría pensar si no tuviese ideas! Su esencia misma son las ideas que él asimiló e hizo propias. Ellas constituyen su carácter y su conocimiento. Los pensamientos con los que sus ideas se manifiestan, llegan y se van, pero sus ideas permanecen, y de la sustancia de ellas surgen nuevas formas mentales. Y no solamente el hombre, sino todo producto de la Naturaleza, es la representación de una idea y la encarnación de ciertas vibraciones mentales, por lo que si estuviéramos en plena posesión de esa energía espiritual, mediante la cual estas vibraciones mentales pueden modificarse, seríamos capaces de producir cambios dentro de las formas que representan a los pensamientos. Donde termina el hombre que piensa, empieza el hombre que es dios. El poder divino del espíritu es más elevado y potente que el poder del pensamiento. Las vibraciones mentales llegan al cerebro, pero la voz del espíritu penetra hasta lo más profundo de la esencia de las cosas.

Si al hombre y a todas las cosas los consideramos personificaciones de ciertas vibraciones mentales que representan determinadas ideas, resulta fácil entender muchos conceptos de la Ciencia Oculta, los cuales suelen enseñarse y comprenderse erróneamente. Por ejemplo, la doctrina de la reencarnación, si se la examina bajo esta luz, resulta difícil de entender porque entonces sólo aparece como la acción de una Ley Universal. Vemos en la Naturaleza, por doquier, que las formas o “personalidades” perecen, y que las ideas que ellas representan aparecen bajo nuevas formas. El hombre, como persona, es la encarnación de un pensamiento de su Creador Divino, de su Yo espiritual; la idea permanece, pero el vehículo para que encarne desaparece y se reconstruye. No solamente el hombre reencarna; el carácter de cada cosa permanece grabado en el depósito universal de la Naturaleza y se expresa nuevamente en formas visibles. “No hay nada nuevo bajo el Sol”; los mismos tipos reaparecen no sólo en los reinos vegetal y animal, sino también en la historia de la humanidad y en la de las naciones en su conjunto.

En los reinos inferiores se hallan distintas clases y divisiones, pero si un ser humano desarrolló otrora un carácter individual

propio, entonces posee un conjunto de vibraciones de índole similar, las cuales difieren entre sí, y esta clase de individuo, naturalmente por necesidad, necesita volver a expresarse en la materia de manera sucesiva y reiterada, pues sin ello no sería posible evolución o progreso individual alguno de ese tipo en particular.

Del mismo modo, si reconocemos que existe la Ley de la Vibración, resultan menos misteriosos los fenómenos de la telepatía, la transmisión del pensamiento, la sanación por medio de la mente, la curación por la fe, el hipnotismo, las apariciones, las “materializaciones” y los denominados fenómenos espiritistas de diversa índole. Puesto que el hombre es una encarnación de ideas, y a sus ideas las expresa parcialmente, si envía un pensamiento a una persona que se halla lejos, le envía una parte de su propio yo, sin separarse de esa parte, y si su amigo es sensible a esa clase especial de vibración, y su propio ser está en armonía con ella, entonces no parece difícil establecer una comunicación telepática, o de mente a mente, por grande que sea la distancia. Algo parecido tiene lugar en el hipnotismo, la obsesión, etcétera, en los que las vibraciones de una mente más fuerte se imponen sobre las de una mente más débil y, modificando la dúctil sustancia del cuerpo astral, pueden producir algunos fenómenos asombrosos.

Además, si consideramos que las vibraciones espirituales más elevadas difieren de las materiales e inferiores —no en esencia sino solamente en grados— no es difícil concebir que, disminuyendo una escala superior de vibraciones a un nivel inferior, las cosas denominadas “espirituales” o invisibles pueden volverse visibles y tangibles; pero, por supuesto, no es dable esperar que todos puedan realizar esto intencionalmente o a su antojo, a menos que posean la energía espiritual necesaria para controlar y modificar estas vibraciones mentales. Los misterios de la Ciencia Oculta no se conocerán ni podrán ser aplicados prácticamente en su totalidad, a menos que —y hasta que— nos hayamos espiritualizado bastante como para ejercer control sobre la materia: primero, sobre las vibraciones existentes dentro de nosotros mismos, y después, sobre las vibraciones de nuestro ambiente circundante. En otras palabras, sólo obtenemos la sabiduría y el poder verdaderos, conociéndonos y ejerciendo un perfecto control y dominio de nosotros mismos.

3. LAS CAUSAS OCULTAS DE LA LOCURA Y LA OBSESIÓN

Tal vez no exista un tema más digno de ser investigado y nada más importante para el bienestar de la humanidad que el estudio de la locura y sus causas. En el estado actual de nuestra civilización, la gran mayoría de quienes viven en ciudades superpobladas somete a un esfuerzo excesivo la capacidad de su cerebro no sólo para obtener los medios para vivir más o menos cómodamente, sino también para disfrutar lujos desconocidos por nuestros antepasados, los cuales, con los avances de la civilización, se convirtieron en aparentes necesidades. Millares de personas padecen enfermedades nerviosas causadas por un desgaste de su vitalidad. Los manicomios están atestados, y si el agobio mental y, en lo más íntimo, la falta de religiosidad continúan en la actual proporción, es de temer que, antes de que pase mucho tiempo, sea difícil encontrar una persona que, de verdad, esté mentalmente sana, y es probable que el país entero se convierta en un caos total.

Poco es lo que se sabe de las causas de la locura, y aunque la "medicina" pretende ser una ciencia, permanece impotente ante esos hechos y debe confesar su ignorancia, pues aunque puede conocer la estructura del cerebro como instrumento de la mente, nada sabe sobre la entidad que gobierna la mente y produce los pensamientos del cerebro.

La clave de todos los conocimientos ocultos y metafísicos, a fin de entender de verdad los fenómenos fisiológicos que tienen lugar en el organismo del hombre, consiste en comprender cuál es su constitución invisible. Conocer solamente cómo se halla construido el cuerpo físico es como conocer únicamente la estructura de un arpa, sin saber nada acerca del músico que la está tocando. El racionalista superficial sólo ve las manifestaciones de energías existentes dentro de las formas, e imagina que son éstas las que crean aquéllas. No obstante, toda la Naturaleza enseña una lección diferente. Sabemos que un cristal no crea su propia luminosidad sino que la luz del Sol, que se manifiesta en él, lo vuelve luminoso. Las flores no crean sus propios colores sino que es la luz del Sol la que se manifiesta como el blanco del lirio y el rojo de la rosa. Ninguna combinación de

cuerpos inertes es capaz de crear vida o inteligencia, pero si un cuerpo presenta las condiciones necesarias para recibir la energía que le dé vida, entonces la vida y la inteligencia pueden activarse y manifestarse en ese cuerpo.

El “materialista” considera que lo que él llama “materia” es el origen de todas las cosas y, de esa manera, confunde al vehículo con su contenido. Tal vez cree que la materia es capaz de producir espíritu y consciencia sin contar para ello con una fuente espiritual. Si esto fuera así, lo que él cree es que algo puede ser plasmado a partir de la nada, y que los hijos nacen sin la intervención de sus padres. Creemos que todas las cosas son la manifestación de una esencia y una energía de carácter universal, la cual se llama “espíritu” en su estado más elevado, y “materia” en su estado más bajo, mientras que se llama “fuerza” la parte de esa esencia o energía que une al espíritu con la materia. De manera que consideramos que la constitución del hombre —igual que la del Universo— es una escala gradual de existencia, compuesta por una sola sustancia, pero que se manifiesta en variados estados de consciencia y densidad, y en diferentes vibraciones y aspectos. Lo superior penetra en lo inferior y se manifiesta a través de nexos intermedios. El espíritu penetra y se activa dentro del cuerpo por medio de la fuerza que se llama “alma”, la cual tiene, a su vez, diferentes aspectos: desde el alma espiritual más elevada, que es el vehículo de la sabiduría y la inteligencia descendiendo hasta el “cuerpo astral” —que es el asiento de las emociones y deseos— hasta su forma más densa, el cuerpo etérico molecular, cuya expresión última es el cuerpo físico.

No creemos que el espíritu evolucione a partir de la materia sino que el espíritu es el que evoluciona dentro de los organismos materiales. Hay dos clases de evolución. La primera es la evolución de la materia de los seres espirituales, mediante su encarnación y reencarnación dentro de las formas materiales. La Naturaleza es la madre, y el espíritu es el padre. La Naturaleza da a luz, en todos sus reinos, a los organismos materiales. Estos evolucionan de un reino al otro: del elemental al universal, y del vegetal al animal. La expresión más elevada de este último es el hombre. Cuando estas formas humanas animales se han perfeccionado hasta alcanzar una inteligencia más ele-

vada que la animal corriente, y son capaces de captar los principios superiores de la justicia eterna y del amor y la sabiduría universales, entonces se vuelven aptos para oficiar de tabernáculos a fin de que las inteligencias espirituales reencarnen, tal como lo enseñaron los sabios egipcios e indios de la antigüedad, a lo cual también se alude en la Biblia: “Viendo los hijos de los dioses (las inteligencias superiores) que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas”¹ Y San Pablo también dice: “¿No sabéis que sois el templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en Vosotros?”

Por lo tanto, el Espíritu Universal, el Principio Organizador de la Naturaleza, es el Gran Arquitecto que guía la evolución de las formas. Este Espíritu Divino es el que, en el reino humano, hace que evolucionen los seres individualizados, divinos y espiritualmente conscientes de sí. La Divinidad comienza donde la humanidad no puede elevarse más. El animal tiene necesidad de egoísmo y deseos personales para evolucionar. Sería incapaz de desarrollarse, si no tuviera que adquirir algo empeñándose en ello. El Ser Divino existente en el hombre, evoluciona venciendo al egoísmo y a los deseos personales; cuanto más se identifica con lo universal, más consciente es de su propia naturaleza inmortal y divina.

En consecuencia, una persona que esté en su sano juicio es aquélla en cuyo interior habita una inteligencia espiritual superior para que guíe sus pensamientos, deseos y acciones, y un cuerpo sano para que sea guiado por su inteligencia espiritual y la obedezca. Paracelso, que fue un gran ocultista, llama “el ángel del hombre” a esta inteligencia superior, y “el animal del hombre” a la personalidad con sus pensamientos y deseos inferiores. La batalla entre el ángel y el animal —el cual puede también convertirse en un demonio— es representada simbólicamente,

¹ Génesis VI:2. La palabra hebrea que se usa para representar a “la raza humana” es Adam, la cual corresponde al vocablo latino homo, o integrante de la raza humana, para diferenciarlo de ish, que corresponde a la palabra latina vir, o sea, hombre (o carácter) individualizado y evolucionado. El término “dioses” es el sustantivo plural de Elohim, que en prosa hebrea (no en poesía hebrea ni en prosa hebrea muy tardía) significa “majestades”, lo cual se aplica tanto a los reyes como a toda clase de divinidades.

en todas las grandes religiones, con el fin de enseñar de qué modo el hombre, por medio de su inteligencia superior, puede vencer su naturaleza inferior, y éste es el objeto supremo de todo sistema religioso que merezca llamarse así.

Por lo tanto, la locura tiene dos causas principales:

1) El alma espiritual, encarnada en el hombre, puede carecer de suficiente fuerza como para controlar las acciones del cerebro. Esto puede ocurrir cuando “el ángel del hombre” es crucificado dentro de una personalidad muy densa y material, llena de pensamientos vulgares, sensualidad y pasiones, o cuando el cuerpo resulta ser demasiado delicado y carente de fuerza de voluntad, entendimiento y dominio de sí. En este caso, la locura puede tomar la forma de histeria, alucinación y distintas extravagancias.

2) El cerebro, debido a algún defecto físico, moral o intelectual, puede ser incapaz de entender o de acatar la voz del espíritu que lo guía y le habla en el corazón. Este es especialmente el caso de la idiotez. Sin embargo, existe una tercera causa, la cual es tal vez la más común de todas.

3) El cerebro del hombre puede hallarse sujeto a alguna clase de obsesión, por algún ser creado por sus propios pensamientos y deseos o por algún elemento extraño, como ocurre con la mediumnidad y la posesión demoníaca.

El espíritu es el que manda y supervisa las acciones de la mente; el cerebro es su laboratorio y el instrumento con el que la sustancia mental se plasma en pensamientos. Si la máquina del cerebro funciona sin la guía de su amo, entonces es probable el predominio de un trastorno mental.

El espíritu no puede actuar directamente sobre la materia densa de la sustancia cerebral, pues es demasiado puro. Sus vibraciones pertenecen a un orden superior y, con esa finalidad, él necesita que el elemento menos purificado se encargue de plasmar lo que se llama el *cuerpo astral* del hombre. Este cuerpo se llama “astral” porque es plasmado por los elementos que emanan de los astros (o “*astra*”). En efecto, hasta nuestro cuerpo físico visible es plasmado por esas influencias, pues recibe su vida del gran *astrum*, el cual es el Sol de nuestro sistema solar. Todas las cosas tienen su cuerpo astral: los minerales, los vege-

tales y los animales; nada podría prescindir de él, porque el cuerpo visible es sólo la manifestación del cuerpo astral. Hay un Sol astral detrás del Sol visible, y un cerebro astral genera la actividad del cerebro físico. Cada órgano de nuestro cuerpo tiene su contraparte astral, junto con sus corrientes astrales, que pueden compararse con las corrientes de las fuerzas nerviosas o magnéticas de nuestro sistema nervioso.

Este cuerpo invisible es el asiento de la vida y el generador del cuerpo físico; el deceso del cuerpo astral es la muerte del cuerpo físico. La forma física recibe su vida por medio del plexo solar, pues es en este lugar donde se concentra. El cuerpo físico atrae la fuerza vital cuando inhalamos, y la exhalación hace que se encauce hacia el cerebro; allí es sometida a una especie de proceso químico y físico. Desde el cerebro, pasa por el cerebelo, llega al nervio simpático y recorre todas sus ramificaciones en todas las zonas del cuerpo.

Por lo tanto, el cerebro es, por así decirlo, la oficina central de la que emanan todas las órdenes que regulan la vida de los diferentes órganos, y allí se halla el gerente que supervisa el trabajo. Este laboratorio está lleno de fuerzas y energías psíquicas, las cuales se irradian en él, desde la región de la inteligencia. El alma razona, piensa y transmite al cerebro físico los resultados de su actividad, por medio del centro sensorio astral; por su parte, el cerebro, al captar esos elementos según su capacidad receptora, los analiza y combina, y produce sus pensamientos.

El cuerpo físico no tiene vida propia: vive por una suerte de acción refleja de la vida de la forma astral; por así decirlo, su vida es la imagen refleja de la vida del cuerpo astral. Por cuanto el alma es correspondientemente inmaterial y espiritual, no podría actuar sobre el cuerpo físico sin la intervención del organismo astral. Sin embargo, en estas páginas no nos proponemos persuadir al escéptico a fin de que crea en la existencia de su propio cuerpo astral; bastará decir que, en la medida en que el cuerpo físico se halle en buen estado y su conexión con el cuerpo astral no se interrumpa o torne irregular, el centro sensorio astral transmite sus vibraciones al cerebro físico y sirve como intermediario entre él y la mente; mientras que, por otra parte, en los casos en

los que esta conexión se debilita o el flujo de las corrientes magnéticas se interrumpe, como ocurre cuando el cuerpo astral “se exterioriza”, entonces la actividad cerebral se trastorna y el resultado temporal o permanente de esto es la alucinación, la extravagancia o la locura.

Esa “exteriorización” o separación parcial entre el cuerpo astral y el cuerpo físico, ocurre cuando el sistema nervioso de este último se paraliza o es incapaz, hasta cierto punto, de conducir el flujo de las corrientes magnéticas. Esto tiene lugar en los casos de intoxicación de cualquier índole (por bebidas alcohólicas, opio, hachís o cocaína) y es la causa común de la histeria. La “exteriorización” tiene lugar incluso durante el sueño corriente; el cuerpo físico no podría quedarse dormido sin dicha “exteriorización”.

El cuerpo astral es el verdadero representante de la personalidad del hombre. El cuerpo físico externo es su imagen más o menos real. Por eso, también se lo ha llamado el “doble”, o el duplicado del cuerpo astral, pero, puesto que es de naturaleza más dúctil, es probable que su cuerpo se modifique. Incluye lo que los filósofos de la India llaman el “*Kama rupa*” o “cuerpo de deseo” y, puesto que los deseos del hombre son múltiples y mutables, aquél puede experimentar muchos cambios.

Las ideas penetran, desde el plano intelectual, en el cuerpo astral del hombre, creando deseos que son comunicados al cerebro físico; en éste, esos deseos se convierten en pensamientos y propósitos, listos para ser puestos en acción por medio del cuerpo físico, el cual, a su vez, reenvía las sensaciones que recibe del mundo externo, por medio de los sentidos, al reino del intelecto, en el cual aquéllos despiertan ideas. El pensamiento es concreto, y cada deseo es una fuerza que se llama “voluntad”; se trata de una actividad biológica y, puesto que quien está constituido por pensamientos y dotado de deseos representa un ser individual, el microcosmos del hombre semeja un mundo pequeño, poblado por diferentes clases de formas mentales (o “formas de pensamiento”). Cada germen mental (o “de pensamiento”) puede desarrollarse y convertirse en un denominado ser elemental, en una “idea fija” o en un deseo omnipotente que se impone sobre la razón e incluso, contrariando la voluntad, obliga a la personalidad a cometer acciones imprudentes. En estos casos,

el cerebro puede hallarse completamente sano, pero la mente enfermó, y entonces la insensatez ocupa el lugar de la razón y causa la demencia.

Ocurre lo contrario cuando la mente está sana, aunque el cerebro sea incapaz de recibir impresiones correctas, debido a alguna enfermedad física o a alguna lesión que sufrió. Sin embargo, no es nuestro propósito abordar este aspecto de las investigaciones patológicas. Esos casos también incluyen, más especialmente, los de idiotez heredada o adquirida.

La mente humana puede ser comparada con un suelo que contiene la máxima cantidad de semillas, algunas de éstas totalmente aletargadas o en estado latente, y otras, más o menos despiertas, activas y en proceso de desarrollo. Estos gérmenes mentales (o “de pensamiento”) no sólo matizan el carácter de la personalidad, sino que a veces constituyen, por así decirlo, un conjunto de personalidades. De manera que en cada persona se oculta, en lo profundo de su ser, tanto un demonio como un ángel. En ella coexisten el santo y el criminal, el sabio y el necio, el artista, el predicador, el actor, el soldado, y así podemos continuar hasta el infinito. Cualquiera de estas personalidades constituye o puede convertirse en su *alter ego*, según su grado de evolución. Cada uno de estos “seres elementales” constituye un determinado estado de consciencia. Son nutridos y desarrollados por las influencias mentales que ellos reciben de la atmósfera mental que los rodea. Lo semejante atrae a lo semejante. En consecuencia, alguna idea o superstición que generalmente predomine, actúa como una enfermedad epidémica sobre un organismo físico sensible, causando un tipo de obsesión, como la que suele observarse cuando existe alguna exaltación de índole religiosa por parte del vulgo o durante alteraciones del orden público generadas por el populacho. En tiempos de guerra, las emociones de las personas más pacíficas pueden agitarse hasta llegar a la locura; un cobarde de la tropa puede convertirse en un héroe, por la influencia hipnótica que se apodera de él durante el asalto a una fortaleza. Son pocas las personas capaces de conservar, en todas las circunstancias, su cordura y dominio de sí mismas. La gran mayoría obedece a los impulsos comunes, como si fueran hojas esparcidas por el viento. La opinión pública es una fuerza tan

difícil de resistir como un terremoto. Las opiniones y usanzas más ridículas son aceptadas y adoptadas cuando se ponen de moda.

Del mismo modo que un individuo puede llegar a ser un ladrón o un asesino mediante el cultivo de las características correspondientes a esas personalidades, también puede llegar a ser un ser divino en virtud del cultivo y la práctica de los principios pertenecientes al estado divino. En un caso, la personalidad representa una pasión animal y, en el otro, las virtudes divinas; y puesto que cada carácter logra expresarse, en el plano astral, con su forma respectiva, el carácter de los humanos animalizados se expresará mediante formas brutales, y el de los humanos virtuosos, mediante formas bellas. El mejor remedio para prevenir la locura moral o emocional consiste en vivir de acuerdo con nuestros máximos ideales y en mantener un constante dominio personal.

Aunque cada ser humano es un microcosmos completo, el cual contiene dentro de sí todas las posibilidades de lo bueno y lo malo, no obstante ello, cada uno trae consigo, a este mundo, ciertas tendencias y aptitudes personales. Esta consideración plantea el tema del atavismo y la herencia en relación con la locura.

No hay duda de que un niño puede heredar enfermedades físicas de sus padres. Los hijos engendrados cuando el padre estaba ebrio suelen ser idiotas y, con el paso del tiempo, la sífilis puede llegar a destruir su cerebro. Sin embargo, puesto que los padres de una criatura no crean el alma de ésta, debemos buscar en otra fuente las tendencias heredadas. Esta fuente ha de hallarse en las doctrinas de la Reencarnación y del *Karma*.

La observación y la historia enseñan que los mismos personajes están reapareciendo siempre en el escenario de la vida. Las plantas mueren en otoño, pero los rayos del Sol producen, a partir de las semillas de aquéllas, plantas parecidas durante la primavera. Las personalidades mueren, mas sus características reaparecen vestidas con otras formas humanas, y lo que constituye las semillas de las que se desarrollan, son las tendencias y características que formaron el carácter de la personalidad precedente. No se trata de un ser que se traslada de un cuerpo a otro, como ocurre en los casos de mediumnidad u obsesión, sino

del alma espiritual del hombre, la cual es el rayo solar espiritual que eclipsa a la nueva personalidad. El carácter se mantiene y es el producto de las acciones de la personalidad precedente, o como los filósofos orientales lo llaman, su *Karma*, el cual está constituido por sus tendencias, aptitudes, anhelos, etcétera, adquiridos en vidas anteriores.

Sucede con frecuencia, que un hijo manifiesta aptitudes y cualidades enteramente diferentes de las de sus padres físicos. Esto puede tomarse como una prueba de que ese hijo las heredó de otro padre, o sea, de la personalidad que él representó en una encarnación anterior. Como nos lo dice el Buddha Gotama, es como si una luz hubiese sido encendida por otra. Lo semejante atrae a lo semejante y si, por ejemplo, el hijo de un músico manifiesta gran talento musical, de esto no se desprende que lo haya heredado de su padre, pero puede suponerse que su alma fue atraída instintivamente hacia la familia de ese músico, con el fin de que desarrollara el talento adquirido por él en su vida anterior.

De igual manera, quien adquirió el hábito de robar puede nacer en una familia de viles ladrones, aunque haya sido un emperador en su encarnación anterior. Así puede explicarse también por qué hay criminales natos, personas que nacen con instintos perversos o con otras tendencias a la locura. Esos casos son de carácter “oculto”, y no se los puede descubrir mediante exámenes anatómicos o fisiológicos: pertenecen al reino del alma, del cual incluso nuestros modernos “psicólogos” saben muy poco.

Sin duda, es verdad que, en muchos casos de locura, puede descubrirse algún defecto del cerebro físico al efectuarse la autopsia; sin embargo, esos casos suelen ser más bien el resultado de un trastorno mental, que la causa de este último. Por ejemplo, si una persona enloquece como consecuencia de alguna manía religiosa o debido a que trata de crear un nuevo invento, no es algún trastorno del cerebro el que causó ese desorden, sino que puede ser que su mente trastornada haya sido la causante de alguna lesión cerebral. Hay criminales que, a pesar de su demencia, después de ser ejecutados se descubrió que su cerebro estaba perfectamente sano.

Puede decirse lo mismo respecto de la obsesión demoníaca;

no es infrecuente que ella sea la causa de una enfermedad misteriosa llamada "epilepsia", aunque no es de esperar que la "ciencia médica oficial" reconozca esto.

En los casos antes descriptos, hemos considerado que el organismo del hombre es controlado por el principio de la inteligencia que le pertenece, y que este control puede llegar a ser imperfecto o fallar por completo debido a algún impedimento existente entre ese poder-guía y el cerebro físico. En el caso de la obsesión demoníaca, que a menudo se manifiesta como trance mediúmnico, el dueño legítimo del organismo es expulsado o dominado por algún ser astral extraño, quien toma posesión de él. Estos casos no suelen ser permanentes. Mientras dura la obsesión, la persona parece haberse transformado totalmente en otra, pero una vez que ese lapso terminó, la persona se halla nuevamente en sus cabales. En la Edad Media, la práctica de la hechicería y la obsesión demoníaca ocurrían con frecuencia, pero puesto que era poco lo que se sabía, los casos de locura eran confundidos, en su mayoría, con esa práctica o con esa obsesión, y a los locos se los encadenaba, torturaba y dejaba morir de hambre en mazmorras o se los consumía en la hoguera. Luego, estas exageraciones dieron paso a una reacción y, finalmente, los científicos de aquella época declararon que creer en demonios y hechicería era una superstición carente de fundamento, y cerraron los ojos ante tales hechos. Al obrar así, no dejaron sin efecto a los demonios ni a las obsesiones causadas por ellos. Esos casos son incluso hoy en día, más frecuentes de lo que el lector común está dispuesto a creer. Eso es hasta estimulado y deseado entre ciertas clases de espiritistas.

¿De qué naturaleza son estos "espíritus" obsesores?

A fin de contestar esta pregunta tendríamos que ponernos a estudiar muy minuciosamente los estados *post mortem*. Para lo que aquí nos proponemos, basta decir que nuestros estudios van a demostrar que tales estados son muy diferentes, de acuerdo con el estado evolutivo alcanzado por las personas durante su existencia. Según nuestras experiencias, los restos astrales de los difuntos existen, en su gran mayoría, en el plano astral y en un estado onírico semiconsciente; no merecen denominarse "espíritus", después de que el principio espiritual los abandonó.

Esos seres astrales, despojados de razón e instintivamente afe-
rrados a la vida terrestre, pueden tomar posesión de individuos
sensibles que no poseen suficiente dominio de sí mismos. Esto
puede tener lugar sin que voluntariamente se lo propongan, o
incluso sin ser conscientes de ello; algunos son atraídos ciega-
mente, mientras que puede haber otros, de índole más inteli-
gente —por lo común, los que murieron prematuramente por
suicidio o accidente, estando aún llenos de pasiones y deseos
terrenos— que tomen conscientemente posesión de personas
mediúmnicas, con el fin de satisfacer sus deseos personales. De
esta clase de individuos surgen especialmente las obsesiones de-
moníacas cuyo objetivo es la venganza o algún fin maligno; sin
embargo, también hay otras “entidades” conectadas con estos
hechos, cuya descripción se encontrará en los libros de místicos
y ocultistas. Estas “entidades” corresponden a los Principados y
Poderes de las Tinieblas que la Biblia menciona; también, a de-
terminados espíritus elementales de la Naturaleza, acerca de
los cuales la ciencia moderna nada sabe. No los intentaremos
describir aquí. Quienes tengan curiosidad por conocer algo al
respecto, pueden leer lo que describe Bulwer Lytton en su nove-
la *Zanoni*. Aunque esta obra es de ficción, contiene verdades
realmente insospechadas.

Hay también otra clase de obsesión, producida por los espíri-
tus de personas vivas. Se ha convertido en algo muy común y
suele llamárselo “hipnotismo”. En esos casos, la persona pasiva
es obsesionada por la voluntad, el pensamiento y la consciencia
del operador. La persona hipnotizada pierde su razón y dominio
de sí, y si esos experimentos se repiten con frecuencia, puede
convertirse permanentemente en una víctima de esta influen-
cia extraña, con este resultado: demencia crónica. El resultado,
en última instancia, será el mismo, ya sea que el individuo haya
sido obsesionado por algún estado irregular de consciencia o por
un “elemental” que él mismo creó, como por ejemplo, con la me-
galomanía, manía de persecución, algún otro producto de una
imaginación morbosa, o porque la obsesión es producto de algu-
na influencia extraña.

Esto nos hace dar un paso más hacia el estudio de la “Magia
Negra” y la hechicería, de la cual el “hipnotismo” es el comien-

zo. La mera “sugestión”, en circunstancias comunes y corrientes, no puede llamarse siempre “Magia”, porque en esos casos la persona que recibe la sugestión puede tener aún capacidad para juzgar si la aceptará o no, y si la acatará; pero el caso es distinto si la sugestión se efectúa en estado hipnótico, cuando la razón está ausente. Estas interferencias con el *Karma* de una persona pueden ser sumamente objetables. En lo que se denomina apropiadamente “hechicería”, el cuerpo astral del operador puede tomar realmente posesión de su víctima o disponer que algún otro ser astral tome posesión de ella. Las formas creadas por el pensamiento y robustecidas por la fuerza de la voluntad son tan reales como cualquier otro ser; se asocian con los respectivos elementos del plano astral y, de esa manera, puede crearse y desarrollarse, para bien o para mal, un ser consciente de sí mismo, que actúe por sí solo y esté dotado de inteligencia. Si el pensamiento que proyectamos hacia una persona está imbuido de energía espiritual, le enviamos un ángel auxiliador; pero si nuestro pensamiento está lleno de odio, por espiritual que sea esa energía, le enviamos un demonio. Por suerte, no todos tienen esa fuerza espiritual; si no fuera así, por cuanto las malas tendencias son, entre los seres humanos, más comunes que las buenas, nuestro mundo pronto se convertiría en un caos en el que imperaría la Magia Negra.

Las emanaciones de la mente, que la voluntad espiritual lleva a través del espacio, son más potentes que las acciones del cuerpo. La energía mental gobierna el mundo, y las alteraciones mentales no sólo pueden causar ataques de epilepsia en algún individuo, sino también trastornos dentro de la corteza de nuestra planeta. Esto tampoco parecerá incomprensible a quienes hayan estudiado cómo interactúan las fuerzas en los diferentes planos que constituyen nuestro mundo. La Ley de Inducción actúa en todos los planos; en consecuencia, las enfermedades mentales, los estados pasionales, la locura moral e intelectual, las supersticiones y los dogmatismos son contagiosos. Se ha observado a menudo, que los médicos y enfermeras de los manicomios, si no poseen una mente muy fuerte y controlada, se desquician y enloquecen. Por esta razón, es tan perjudicial para la salud de los pacientes amontonar en un asilo a los de-

mentes, como hacer lo mismo en un hospital corriente, con los tuberculosos, porque en ambos casos se crea un centro patológico en el que cada paciente sufre por obra de los demás y acrecienta los sufrimientos del resto.

La locura, como toda otra enfermedad, es un estado de desarmonía entre los elementos del organismo, y sus causas pueden ser físicas, astrales, morales, intelectuales o espirituales. Por ello, hay que curarla restableciendo la armonía del organismo. Si las causas son físicas, el remedio puede hallarse en el plano físico; si son mentales, hay que tratar la mente. Entre los remedios que actúan directamente sobre la mente, la música merece la máxima atención. Las vibraciones sonoras penetran en lo íntimo del ser. La música, convenientemente elegida, puede ayudar más que cualquier otro remedio para tranquilizar la mente, restablecer la armonía y expulsar los “malos espíritus”. En cuanto a la obsesión demoníaca y al daño causado por la Magia Negra, lo mejor que podemos hacer para evitarlos es mantenernos dueños de nosotros mismos y fieles a nuestra naturaleza divina. Los remedios de los médicos actuales y los exorcismos de los sacerdotes serán de poco provecho en esos casos: la fuerza de los “espíritus” sólo puede vencerse con fuerza espiritual o mágica, la cual no pertenece al intelecto sino al Principio Crístico que se manifiesta en el hombre. En la actualidad, son muy pocos los académicos y teólogos que poseen la fuerza necesaria para expulsar los demonios.

Capítulo II

LOS PODERES MÁGICOS DEL ALMA HUMANA

por *Eduard Herrmann*

CÓMO SE LEE Y TRANSFIERE EL PENSAMIENTO

La palabra Magia se usa para designar los efectos extraños e inexplicables que se producen de un modo misterioso. El ser humano ha creído, en todas las épocas, en la Magia; es decir, ha observado efectos cuyas causas no había descubierto. Aún hoy, nunca perdió de vista la necesidad de razonar a partir de un efecto, a fin de establecer su causa. Incapaz de hallar la causa en el mundo visible, se vio obligado a creer en un mundo invisible y a poblarlo con dioses y demonios que originaron aquellas causas extrañas y, por otra parte, inexplicables.

En el curso de su evolución desde la barbarie hasta la civilización, el ser humano acumuló conocimientos hasta que, finalmente, fue capaz de explicar muchos efectos, otrora misteriosos, mediante causas perfectamente naturales; así fue como la Magia se disolvió en la experiencia cotidiana, y los dioses y demonios se consideraron innecesarias para explicar aquellos efectos. Sin embargo, el mundo de la Magia existe todavía y seguirá existiendo mientras el hombre sea un ser humano, pues si la evolución es un hecho, siempre habrá efectos cuyas causas aún no se descubrieron. Estos efectos son, por ejemplo, las extrañas facultades que, durante muchos miles de años, han sido atribuidas a ciertos hombres, quienes ven, oyen, sienten y efectúan cosas sin usar sus sentidos corrientes. Esto suena tan extraño al hombre que cree que recibe todas sus impresiones por medio de sus sentidos, que niega la posibilidad de que las reciba de otro modo;

empero, los hechos son tan numerosos y debidamente comprobados que, a quienes los niegan, sólo se los puede llamar ignorantes en esta materia, aunque en otras sean muy eruditos.

¿De qué sirve saber que el hombre posee poderes extraños o mágicos? Como dice Kant¹, esto tiende a resolver el máximo enigma de la Naturaleza —de cuya solución depende el verdadero bienestar de la raza humana— a saber, el enigma del Hombre. Todavía lidiamos con estas preguntas: ¿El hombre tiene alma? ¿El hombre es un ser metafísico o un ser físico? ¿Lo que llamamos alma es una función del cuerpo, o el cuerpo es una función del alma?

Somos un enigma para nosotros mismos. El primer paso hacia la solución de este enigma consiste en saber que poseemos facultades que superan muchísimo a las de los sentidos físicos, y que nuestra percepción de nosotros mismos es un medio imperfecto e incapaz de internarse en las profundidades de nuestro ser. La raíz de nuestra individualidad se halla en la oscuridad: en la inconsciencia. Tenemos que reconocer la desproporción que existe entre el órgano y el objeto; debemos entender que las facultades de nuestro verdadero Ego superan con exceso a las de su órgano, que es el cuerpo. Las argumentaciones y discursos acerca de los poderes mágicos del alma tienden a demostrar que el hombre *es* realmente un alma; que la raíz de nuestra individualidad se proyecta muy hacia abajo dentro del inconsciente; que este algo inconsciente encierra una individualidad espiritual que es diferente del portador de la consciencia sensoria. En una palabra, los poderes (o facultades) trascendentales del hombre demuestran que él es un ser trascendental que da forma y hace uso del cuerpo por un tiempo, pero que existe sin él, y probablemente en circunstancias en las que puede hacer uso racional de esos poderes del alma. Estos últimos se ponen de manifiesto mientras él se halla en su cuerpo físico, pero casi siempre en estados anormales de consciencia.

Aparentemente, un cuerpo sano es un obstáculo para estos fenómenos, pues sólo con pocas excepciones, se los ha observado principalmente en personas enfermizas o mediúmnicas, duran-

¹ Kant IX. 1.9.

te el sueño sonambúlico o hipnótico, y especialmente durante el proceso de la muerte. Por esta razón, y debido a que superan con exceso a las facultades comunes y bien conocidas de los sentidos, muchos filósofos hablan del cuerpo como de una cárcel, la cual impide que el alma desarrolle sus poderes divinos: y esto es verdad, hasta donde actualmente somos capaces de emitir juicio. Si esto será siempre así, o si nuestra ulterior evolución liberará de tal modo los poderes trascendentales que el hombre podrá hacer uso racional de ellos mientras se halle en su cuerpo físico, es una cuestión que el futuro decidirá. Por mi parte, no comparto la opinión de quienes sostienen que esos poderes no son útiles en esta vida física, y que sólo se adaptan a la vida espiritual. Creo que hay una evolución constante e interminable, y que todos los poderes del hombre son realmente espirituales y pierden su aspecto mágico tan pronto él los sujeta a su voluntad y dominio, y éste es realmente el objetivo de toda evolución.

Examinemos ahora las facultades que consisten en leer el pensamiento y transferirlo, hasta donde la ciencia las ha estudiado y confirmado. Sólo escojo casos genuinos y debidamente certificados. Estos demuestran que el hombre tiene dos percepciones: una es sensoria y la otra es supersensoria. ¿Quién no observó con frecuencia, mientras conversaba con un amigo o un pariente, que súbitamente éste empezaba a hablar precisamente sobre algo que uno estaba pensando? Y bien, he aquí donde comienza la lectura y la transferencia del pensamiento. Su pensamiento produce vibraciones en el éter, el cual lo impregna todo. Si su pensamiento es bastante fuerte, su imagen podría introducirse en el cerebro de su amigo y sugerir allí un pensamiento parecido: algo similar al mensaje inalámbrico de Marconi. Esta es la explicación física, hasta donde ésta llega, pero por supuesto, existe un aspecto metafísico de la cuestión, del cual nada sabemos, y por ello se la llama “mágica”.

Los antiguos conocían bien esta facultad. Porfirio, en su *Vida de Plotino*, II:11, habla de ella; y también Filostrato en su *Vida de Apolonio*, II:16. Se la menciona a menudo en la Biblia; y los documentos medievales relacionados con los juicios de brujas, abundan en esas referencias. El doctor Mesmer, descubridor del

magnetismo curativo, la demostró durante años, con sus sujetos de estudio, y después de él, el doctor Du Potet, Puysegur, Kerner, Bertrand, Richet y muchos otros médicos célebres. Sin embargo, cuando Cumberland causó sensación con su asombrosa lectura del pensamiento, los científicos declararon que todo eso era una patraña e inventaron la ingeniosa explicación de la lectura de las contracciones musculares, porque Cumberland solía sostener la mano del hombre cuyos pensamientos estaba leyendo. Aun concediendo que los músculos de la mano de ese hombre se contrajeran sin que él mismo lo notara, me pregunto de qué modo los científicos pudieron decirle a Cumberland que ese hombre estaba pensando en su abuela. Sin embargo, esta misma explicación estúpida me la dieron hace pocas semanas cuando me atreví a hablar acerca de la lectura del pensamiento. “Usted se refiere a la lectura de las contracciones musculares”, me explicó aquel caballero, quien probablemente jamás había oído hablar de los sonámbulos que leen los pensamientos de su médico sin tener contacto físico alguno con éste.

La Sociedad Dialéctica de Londres informa (I.29) que diez personas presentes en una sesión experimental recibieron respuestas correctas a preguntas formuladas mentalmente. Ahora bien, el término lectura del pensamiento no es bastante acertado, porque el proceso no consiste en leer el pensamiento, sino en sentirlo o percibirlo. La fisiología nos enseña que el que percibe no es el nervio periférico sino el cerebro. Eso significa que no podemos ser conscientes de una sensación si el nervio está cortado y no puede llegar al cerebro. Por esta razón, es muy probable que la denominada lectura del pensamiento sea realmente una transferencia del pensamiento, lo cual significa que el receptor (el lector) es pasivo y el emisor es activo. Sostenemos que los sentimientos y pensamientos producen vibraciones, igual que la luz y el calor; que los primeros son tan sutiles que no todos los perciben. No puede negarse que hay personas a las que las vibraciones del pensamiento las afectan, y son concluyentes los informes sobre experimentos realizados en relación con esto, por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Por lo tanto, tenemos que ocuparnos de la transferencia del pensamiento, no de la lectura de éste. Explicar esto diciendo que se trata de una “lectura

de las contracciones musculares” es patentemente erróneo, mientras haya un solo caso en el que eso ocurra sin contacto personal. Y hay miles de esos casos. Puysegur habla sobre la prescindibilidad del contacto corporal. Al referirse a un campesino sonámbulo, dice: “Cuando se halla hipnotizado no es un campesino estúpido, que apenas sabe cómo contestar una pregunta; sin embargo, es un ser que escapa a toda descripción. No es necesario que yo le hable; pienso mis preguntas y él las entiende y contesta. Si alguien entra en la habitación, él lo ve; *si yo lo quiero*, él habla con esa persona y le dice lo que quiera decirle, y nada más”.²

La voluntad, el pensamiento y el sentimiento del magnetizador pueden ser transmitidos, pero hay diferencias individuales entre los sujetos. Algunos reciben solamente sentimientos; otros, pensamientos; y algunos, sentimientos y pensamientos. Por regla general, el hipnotizador es quien verdaderamente actúa en esta transferencia del pensamiento; sin embargo, también puede actuar una tercera persona, si se halla en contacto con el hipnotizador, de modo que lo que desee y piense sea ejecutado por el sujeto si éste toma la mano de aquél. La Sociedad de Investigaciones Psíquicas ha efectuado muchos experimentos sobre la transferencia de imágenes tanto reales como mentales (o sea, producidas por el pensamiento). El doctor Ochorowicz creía que una imagen que el hipnotizador piensa puede transferirse con más facilidad que aquélla que él realmente ve. Esto se debe, probablemente, a que pensar requiere un esfuerzo mayor, más fuerte concentración y, en consecuencia, produce ondas mentales más fuertes, las cuales causan una percepción más clara en el cerebro del sujeto. Este procedimiento es muy antiguo, y siempre fue atribuido a brujos y hechiceras, muchos de los cuales han sido ejecutados siendo inocentes... por obra de la gran ignorancia y superstición de aquella época. En este sentido, los aventajamos, aunque estamos igualmente alejados de la verdad, pues si alguien se atreviera a creer en la posibilidad de una “alucinación” o “fascinación” —como a veces se llama a esta arte mágica— se mofarían de él y lo ridiculizarían; sin embargo, esto se realiza en todas las sesiones de hipnotismo.

Entre las muchas leyendas relacionadas con las actividades

² Bertrand: *Le magnétisme en France*, p. 217.

de brujas y hechiceros, hay una sobre un hechicero español, la cual es instructiva, porque un profesor de Viena también la realizó durante una experiencia hipnótica. Creó la alucinación de una inundación, de modo que el sujeto primero subió a una silla, y después a un baúl, porque tenía miedo de ahogarse. En 1609, un individuo llamado Simón Trouve, en Corbeil, Francia, fue condenado a muerte porque podía hacer que la gente comiera imaginariamente. Los jóvenes estudiantes de medicina se divierten actualmente con estas cosas. La gente olvida que, hace treinta años, el “magnetizador” Hansen fue declarado un impostor porque produjo esas mismas alucinaciones en su sujeto.

El hipnotismo muestra que puede hacer que una persona olvide todo, incluso su propio nombre, vea cosas que realmente no existen, u odie o ame a alguien que el hipnotizador le sugiera; en pocas palabras, todas las cosas increíbles que podemos leer en los libros de la Edad Media y que han sido estigmatizados como superstición en este período que se denomina iluminado. Si entonces se las hubiera estudiado en lugar de negarlas lisa y llanamente, ahora habríamos avanzado mucho más en nuestros conocimientos sobre estos poderes misteriosos.

Los pensamientos, sentimientos y estados de ánimo son transmitidos, en estado hipnótico o sonambúlico, del médico al paciente, pero descubrimos que los sujetos hipnotizados tienen también la facultad de leer el carácter de cualquier persona con la que entran en contacto. Esta facultad representa un gran papel en la Mística cristiana; por ejemplo en la vida de los santos y en la Biblia. Es probable que todos tengamos esta facultad desarrollada en alguna proporción, sin saberlo, lo cual explicaría esa sensación, a veces inexplicable, de rechazo o atracción, que podemos advertir al encontrarnos con extraños.

El doctor Schmidt, al informar sobre la curación de la señora Marnitz (op. cit. página 78) dice de ella: “Muchos amigos acudieron a ver a esta notable paciente, y a algunos que daban muestras de hallarse en la mala senda, les formuló serias advertencias. Aparentemente, ella parecía conocer los secretos de sus corazones, y a uno de ellos le reprochó el que, desesperado, hubiera llegado a cometer un delito (de lo cual se arrepintió totalmente, confesando que era verdad)”.

La Biblia designa esta facultad como “discernimiento de los espíritus” y San Pablo dice que esta facultad es perfecta en el Otro Mundo. Jesús la poseía en notable proporción: “Porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre”. (*Juan II:25*).

La Biblia está llena de pasajes parecidos³. Ese testimonio lo hallamos también en las vidas de los santos. Se dijo de San Francisco Javier: “Conocía las almas de los hombres, sus pensamientos y sus pecados”⁴. No sólo los santos tenían este extraño don sino también los herejes e infieles; por eso, la Iglesia se hallaba ante un verdadero dilema porque, en un caso, tenía que atribuirlo a Dios, y en el otro, a los espíritus malignos. Tertuliano dice acerca de una sonámbula: “Ella ve y oye los secretos divinos; conoce lo que está oculto en el corazón del hombre y prescribe remedios”.⁵

No sólo en el sueño sonambúlico o hipnótico obtenemos la facultad de leer o transferir el pensamiento, sino también en el estado de vigilia. Un notable ejemplo se halla en las obras del poeta alemán Zschokke, cuya sinceridad es bien conocida, por lo cual debe excluirse toda duda. El mismo nos dice: “A veces me sucedía que, al escuchar la conversación de una persona totalmente desconocida para mí, la vida de esa persona o algunas escenas de su vida se presentaban ante mí, a los pocos minutos, de una manera muy clara y definida. Durante largo tiempo consideré que esas visiones pasajeras eran tonterías de mi imaginación. Un día, sólo para divertirme, le conté a mis parientes la historia secreta de una costurera que acababa de salir de nuestra casa. Jamás la había visto antes, pero todos quedaron asombrados de que yo supiera todas las cosas que les dije sobre ella... porque eran absolutamente ciertas. Entonces empecé a asombrarme yo mismo, presté más atención a aquellos ensueños míos y muy a menudo examiné si eran verdaderos, relatando a las personas correspondientes lo que yo sabía sobre ellas... ¡y en cada caso ellas me lo confirmaron!”

³ Marcos II: 8; Mateo IX:4.

⁴ Turellinus: *Vita Francisci Xavierii*, IV, 2.

⁵ Tertuliano: *De anima*, capítulo XXVI.

“Una vez, después de una larga caminata por el bosque, con dos amigos, entramos en la posada del pueblo de Valdshut. Cenamos en una gran mesa, en la que estaban ocupados todos los asientos, y muy pronto tuvo lugar una animada conversación. Varios jóvenes ridiculizaban los descubrimientos de Mesmer y Lavater, y tomaban a risa a los suizos en general; por esa razón, uno de mis amigos, que era suizo, se sintió un poco ofendido y me pidió que dijera algo, especialmente a un joven simpático que estaba sentado frente a mí y era el más jocosos de todos. Pregunté a ese joven si me contestaría con sinceridad si yo podía decirle cuál era el mayor secreto de su vida, aunque yo sabía tan poco de él como él de mí. Me prometió confesarlo, con tal de que yo dijese la verdad. Entonces le hablé sobre sus primeros años de formación y sus defectos y, finalmente, sobre un hurto de poca monta que había cometido en una habitación, que le describí, y le dije que el cofre con el dinero se hallaba en una mesa, a la derecha de la puerta. Mientras yo hablaba, todos guardaron un silencio mortal; el pobre muchacho quedó mudo de asombro, pero lo confesó todo, incluso aquel hurto, después de lo cual le estreché cordialmente la mano y me marché.”

No sabemos si este caso peculiar de Zschokke debería clasificarse como transferencia de pensamiento o si se trata de un ejemplo de clarividencia, facultad ésta de la que hablaremos después.

Las más grandes manifestaciones de transferencia del pensamiento son aquéllas en las que tiene lugar una comunicación normal entre dos personas, sin que hablen entre sí. Charpignon, en su *Fisiología del Magnetismo*, cita esos casos en la página 349, y el doctor Barth dice:⁶ “Cierta vez tuve una verdadera conversación con un paciente, sin hablar con él. Formé claramente mis pensamientos, como si los pronunciara con palabras, y mi paciente los respondía tan correctamente como si me los hubiera oído pronunciar... Sin duda, hay sonámbulos que conversan entre sí, incluso estando lejos uno del otro. Esta facultad es muy rara, pero sé con seguridad que existe y muchos magnetizadores confirmarán esta afirmación”.

El Príncipe Colubrants, a la sazón embajador del Rey Murat

⁶ *Lebensmagnetismus*, p. 88.

de Nápoles, era famoso por ser uno de los más grandes lectores del pensamiento. Dícese de él que respondía toda pregunta que se le formulase mentalmente, no sólo de manera correcta sino también con bellos versos. La señora Guyon, célebre mística y amiga de Fenelón, dice en su *Autobiografía*, que conversaba durante horas con su confesor, el Padre Lacombe, sin decir una sola palabra. “Dios quiso permitirme saber que el hombre puede hablar y comprender, ya en esta vida, el lenguaje de los ángeles.”

Puede observarse a menudo, si se presta la atención necesaria, la transferencia del pensamiento entre amigos y parientes. Schopenhauer está tan firmemente convencido de esto, que aconseja a todos los que tengan que guardar un secreto que no hablen con quien no deba saberlo, porque puede tener lugar, contra nuestra voluntad, la transferencia del pensamiento. “Existe una suerte de comunicación que no es protegida por la taciturnidad ni por el disimulo”. Explica este fenómeno como contagio del pensamiento; no se trata de una verdadera lectura de los pensamientos de la otra persona, sino de una absorción pasiva de aquéllos... y esto no puede explicarse mejor. La transferencia debe tener lugar por medio de vibraciones, las cuales se conectan con el pensamiento y se difunden por medio del éter; del mismo modo se transmiten las vibraciones simpáticas entre dos personas. Esto explica por qué sólo ellas son conscientes de sus mutuos pensamientos. Goethe tenía razón al formular la observación de que la transferencia del pensamiento era muy común entre los amantes. Con éstos es más común, porque establecen mejor conexión entre sí, al pensar frecuentemente uno en el otro.

La sonámbula del doctor Lutzburg brinda una excelente explicación acerca del proceso de la transferencia del pensamiento. Debo añadir que los sonámbulos suelen ser clarividentes cuando se hallan en trance. Ella da esta descripción:

“Entonces, si usted piensa, el fluido magnético circula libremente entre usted y yo, e influye sobre mi cerebro como si yo misma estuviera pensando. Entonces es como si yo pudiera leer en un libro lo que deseara. Si usted quiere algo, el fluido magnético lleva su voluntad por mis nervios y fibras y lo introduce en mi cerebro; desde éste, avanza como un rayo por todo mi cuerpo

y afecta los músculos y nervios, de acuerdo con su voluntad. Entonces, yo actúo de manera normal, o sea, como si se tratara de mi propia voluntad. Tengo la sensación de estar en total libertad para decir, sin impedimentos ni consideraciones, lo que yo veo y siento.”⁷

Sin duda, la transferencia del pensamiento puede ser más eficaz si la acompaña una fuerte voluntad, pero en las experiencias sonambúlicas descubrimos que esto no siempre es necesario, y que los sonámbulos son incluso capaces de leer los hechos en la mente del “mesmerizador”, de los cuales son enteramente inconscientes en ese momento, porque el sonámbulo los ha olvidado. El profesor Gregory manifiesta que los sonámbulos solían decirle cosas que habían ocurrido mucho tiempo atrás, y que las podían recordar solamente después de gran esfuerzo. Esto llega a demostrar que nuestras experiencias se hallan almacenadas en el alma, aun cuando el cerebro haya perdido todos sus vestigios, y que la consciencia no es la causa de nuestro pensamiento, sino una compañía de éste, lo cual no es absolutamente necesario. Somos capaces de pensar sin ser conscientes de ello y, por lo tanto, nuestros pensamientos pueden transmitirse sin nuestra voluntad ni nuestra consciencia. Es importante saber esto, puesto que nuestro pensamiento es capaz de influir sobre la humanidad para bien o para mal, ya sea que lo sepamos o no.

Otra facultad maravillosa es la que permite comprender idiomas extraños, absolutamente desconocidos por los sonámbulos cuando se hallan en su estado normal. Como se sabe, esta facultad fue atribuida a los Apóstoles y a muchos de los primeros cristianos, al igual que a Apolonio de Tiana. En la Edad Media, se consideraba que era una señal de obsesión cuando las brujas ignorantes entendían el latín, el griego o el hebreo; el hecho de que siempre respondieran en su lengua natal, no hacía sospechar que sólo podría tratarse de una transferencia del pensamiento de los exorcistas eruditos hacia las pobres brujas, y no la supuesta obsesión por parte de un espíritu maligno. Hoy en día sabemos esto, gracias a los muchos experimentos efectuados con el sonambulismo y el hipnotismo, y también sabemos que miles

⁷ *Journal d'un magnetiseur*, p. 5.

de vidas inocentes fueron destruidas a causa de nuestra ignorancia y de la superstición que de ella resulta.

La explicación de la transferencia del pensamiento deja sin efecto todas esas historias de prodigios y hechicerías, y hace que sea imposible una confusión de fenómenos similares pero realmente muy diferentes. Durante siglos, la transferencia del pensamiento, respecto de lenguas extrañas, fue confundida con la comprensión de esas lenguas. Lo asombroso es que a nadie se le ocurriera tratar de experimentar, lo cual resolvería fácilmente la cuestión: o sea, formular una pregunta a un sonámbulo, en una lengua que el “mesmerizador” desconozca. Se trata del pensamiento, que el paciente entiende, no de la lengua; y si el “mesmerizador” no puede formar sus pensamientos, éstos no pueden ser transmitidos y, en consecuencia, no se los entiende. Sin embargo, ¿qué es lo que hace posible la transmisión? Sabemos que nuestro pensamiento se halla conectado con cambios moleculares de nuestro cerebro, y que pone en circulación determinada fuerza, la cual debe ser capaz de producir determinados efectos a una distancia dada. Observamos esta misma fuerza en el sonambulismo, pues en éste hallamos condiciones muy favorables para la transmisión del pensamiento. Sin duda, se trata de lo que llamamos “fuerza magnética”, de la cual sabemos lo siguiente: 1) que se halla en el organismo humano; 2) que puede ser transmitida y 3) que puede ser modificada de acuerdo con el estado psíquico del agente. Solamente una teoría que incluya estas tres condiciones es capaz de explicar el misterio de la transferencia del pensamiento. Esta teoría es la del “Magnetismo Animal”, la del “Od” de Reichenbach o la del “Akasha” de los hindúes. No es imposible que ulteriores estudios y observaciones nos permitan obtener una explicación exactamente científica de todo el proceso. Hasta que ello ocurra, tenemos que apoyarnos en los hechos, los cuales son bastante numerosos. Si contamos con ellos y nos valemos de ellos, pueden resolverse muchos enigmas de la antigüedad y de la Edad Media. Por supuesto, quienes no conozcan los hechos modernos de la transmisión del pensamiento sólo serán capaces de negar los informes antiguos. Plinio ha dicho a esas personas (*Historia natural*, VII, capítulo 1°): “Así como se dictamina que muchas cosas son imposibles, antes de que ellas

ocurran, de igual manera creemos que muchas cosas, ocurridas hace siglos, no pudieron haber sucedido, porque no las hemos visto ni entendido. Sin embargo, he aquí la máxima necesidad”.

Vemos cómo los sentidos se desarrollan cada vez más en los procesos biológicos; esto significa que responden a estímulos cada vez más débiles. ¿Por qué no podríamos concebir que, en los lectores del pensamiento de la actualidad, el hombre del futuro anticipa la proyección de su propia sombra? ¿Es imposible que el hombre futuro pueda diagnosticar correctamente el carácter de todos aquéllos con los que se encuentra, leyendo sus pensamientos secretos, mientras ahora sólo experimentamos una imprecisa sensación de atracción o rechazo? En el Antiguo y en el Nuevo Testamento se da cuenta de bastantes casos de esta índole: no es necesario rechazarlos, pues hallamos casos parecidos, en gran cantidad de experimentos de la psicología moderna. Platón indica, en su *Teateto*, Capítulo XII, que es posible una pedagogía sin palabras, y que es útil en muchos casos. Esto también se ha intentado, y con éxito, aunque la ciencia moderna le ha dado otro nombre: sugestión. Es muy importante que la transferencia del pensamiento se establezca como un hecho más allá de cualquier duda. En primer lugar, el hombre tiene que saber que él es capaz y siempre puede influir sobre los demás con sus propios pensamientos.

Los transmite a los otros, casi siempre de manera inconsciente, y puede producir en muchas mentes los mismos sentimientos de odio o amor que él alberga en su propia mente. En consecuencia, él es, en algún sentido, responsable de la felicidad o la aflicción que reina en el mundo, y no tiene derecho a quejarse cuando el sufrimiento de los demás rebota sobre él. Si todos fuéramos suficientemente fuertes como para desterrar nuestros pensamientos malos y perversos, y los reemplazáramos con pensamientos buenos y amorosos, el aspecto de lo que nos rodea podría modificarse y, con el tiempo, todo el mundo podría cambiar. La paz y el amor reinarían por doquier, en lugar de la guerra y el odio, como ocurre ahora, cuando todos, si es que no temen a todos los demás, al menos no les tienen confianza. Y todo esto sucede, en parte, porque no pensamos en el Otro Mundo; ya no creemos que somos seres espirituales, pertene-

cientes a un mundo superior, y que no sólo somos viajeros temporales, por así decirlo, en este mundo de materia densa en cuyas marañas nos perdemos por completo. Si sólo nos consagráramos durante una fracción de nuestro tiempo, a estudiar y observar los poderes mágicos que residen en el alma, pronto nos convenceríamos de que estamos conectados con el denominado mundo invisible; que en sueños y en vigilia estamos actuando siempre en, a través y con la materia más sutil, la cual es necesaria para los fenómenos que siempre han desconcertado a la ciencia, y que no pueden entenderse a menos que consideremos que el hombre es un ser de dos aspectos: uno es físico y actúa en nuestro mundo material; otro es metafísico y actúa en ambos mundos. He aquí lo que entonces demostraríamos.

Capítulo III

EL MAGNETISMO Y EL SISTEMA NERVIOSO

por *Alexander Wilder*

1. EL MAGNETISMO COMO SANACIÓN. SU HISTORIA

Las primeras referencias documentales al arte de curar siempre asignaron importancia a la mano como instrumento de sanación, y esto ha sido pasado por alto, en gran medida, por los facultativos y autores de épocas posteriores. Esas referencias las encontramos en todas las regiones del mundo antiguo, que en realidad lo es porque su historia es antiquísima. Celso, consumado escritor romano, trata este tema en una parte de su gran obra titulada *Sobre las artes*, escrita alrededor de la era cristiana. En su tratado *De re medica*, en el que se ocupa de la vocación médica, presenta la siguiente clasificación, tal como existía en la época de Herófilo y Erasístrato (el primero, “asclepíade”, o sea, médico-sacerdote, y el segundo, nieto de Aristóteles), quienes fundaron las cátedras de medicina en las mundialmente famosas escuelas de Alejandría.

“En esa época —dice— la medicina se dividía en tres partes: la primera curaba mediante dieta; la segunda, mediante medicinas; y la tercera, mediante manipulaciones. A la primera la denominaban *diaitekê* (o régimen); a la segunda, *pharmakeutikê* (o administración de los remedios); y a la tercera, *cheirurgikê* (u operación mediante la mano). Esto último no desecha las medicinas y un régimen adecuado, aunque la parte principal se realiza con la mano. Y el efecto de esto es el más evidente de todas las partes de la medicina. Esta rama, aunque es la más

antigua, fue más cultivada por Hipócrates que por sus predecesores. Con posterioridad, al separarse de las otras partes, empezó a tener sus profesores especiales y se la mejoró considerablemente en Egipto, al igual que en otras partes, particularmente por parte de Filoxenas.”

Por esta cita, se advertirá que el arte quirúrgico, que ahora se conoce abreviadamente como cirugía, fue en sus orígenes el arte y la técnica de curar con la mano. Manuel Swedenborg explica esto diciendo que el contacto significa comunicación, transferencia y recepción, porque es realmente esto. Ponemos en acción nuestras energías interiores, mediante la mano y el contacto, y de esta manera las comunicamos a otra persona o las compartimos en común con ella. El trabajo lo realiza la voluntad. Cuando había pronunciado su famoso Sermón del Monte y bajó al llano —supongo que de Jezreel o de Esdralón— se le acercó un leproso diciéndole: “Señor, si tú lo quieres, puedes limpiarme”. Entonces, Jesús extendió su mano y lo tocó, diciendo: “Lo quiero; sé limpio”. Y aquel leproso quedó limpio de inmediato. Asimismo, al llegar a la casa en la que la suegra de Pedro estaba en cama porque tenía fiebre, Jesús la tocó con su mano y la fiebre de ella desapareció. Cuando lo invitaron a la casa de Jairo, quien era un jefe de la sinagoga, el hombre le dijo: “Mi hija está muriéndose, pero ven, pon tu mano sobre ella y vivirá”. Efectivamente, al llegar, se apiñaban en el lugar flautistas y plañideras pagas, y todos entonaban cantos fúnebres. Jesús ordenó que guardaran silencio de inmediato, porque la niña no estaba muerta sino dormida. La réplica de ellos fue una risa desdeñosa e incrédula, ante lo cual les ordenó que abandonasen la habitación. Entonces, Jesús la tomó de la mano y le dijo: “*Talitha kumi*” (“Joven, levántate”).

En la leyenda de Naaman, el sirio, se cuenta que aquel personaje estaba enojado porque el profeta Eliseo no acudía a verle. “Pensé” —dijo— “que él acudiría y se pondría a invocar el nombre del Señor su Dios, y pasaría su mano donde hay lepra”.

Había una ceremonia sacerdotal de carácter similar, la cual consistía en la imposición de manos. El sacerdote ponía sus manos sobre la cabeza de la víctima. Se decía que Josué rebotaba espíritu de sabiduría porque Moisés le había impuesto las manos.

Pablo insiste en que él también impartía virtud mediante la imposición de sus manos. No se trataba de una ceremonia ni de un rito religioso, sino del otorgamiento de energía. Uno de los textos discutidos, que corresponde al Evangelio según Marcos, declara lo siguiente: “Estas señales seguirán a quienes crean: ...pondrán sus manos sobre los enfermos y éstos se curarán”. Esta no era una nueva promesa o garantía. Se trataba de algo más antiguo que la historia. Durante el reinado de Ramsés XII —de la vigésima dinastía de Egipto— le visitó una embajada de parte de su suegro, el rey de Baktán. Lo que deseaban era que un escriba del orden sacerdotal fuera a ver a la hija menor de aquel monarca, la cual estaba imposibilitada de moverse. El rey egipcio convocó de inmediato a los sacerdotes y eruditos y les exigió que le presentaran “un hombre inteligente, de buen corazón y hábil con sus dedos”. Seleccionaron a ese hombre, quien regresó con la embajada, en un viaje que duró diecisiete meses. La princesa se restableció. Los jeroglíficos egipcios muestran varias figuras en las que se ponen las manos sobre los enfermos.

En consecuencia, el peculiar método quirúrgico de Hipócrates tiene abundantes antecedentes. Hacía mucho tiempo que Egipto, Siria y el Asia Menor lo habían empleado. Hay que recalcar que Hipócrates era lo que, en la actualidad, de un modo algo ostentoso, se denomina sanador magnético. Puesto que también se lo denomina el Padre de la Medicina, es conveniente indagar quién fue. Perteneció a la casa o familia de los sacerdotes, en el templo de Asclepios, y por esta razón se le llama más popularmente Esculapio. Nació hacia el año 460 antes de nuestra era, y estudió la filosofía del fuego, de Heráclito. Al morir su padre, viajó muchísimo y, finalmente, se radicó en Tesalia; vivió allí hasta los ochenta y cinco años de edad o, como dicen otros, hasta los noventa, hasta los cien o hasta los ciento nueve años.

Fue en Tesalia donde Grecia empezó a desarrollarse. El país tenía el aspecto de un fondo lacustre que se desaguaba por la hendidura de una de las montañas del Este. Se hallaba separado de Macedonia por el Monte Olimpo, en el que habitaban los dioses helenos del régimen posterior. Lo rodeaban, por otros lados, otras cadenas montañosas. El río Peneo fluía a través de

Tesalia y tenía numerosas corrientes a las que era posible llegar por medio de galeras. Los fenicios fueron los primeros en navegar esa región, introduciendo muchas de sus costumbres. Fue primeramente una república de estados confederados. Uno de éstos, que se hallaba entre el Monte Osa y el Mar Egeo, tenía el nombre de Magnesia, y a sus habitantes se los llamaba magnetos. Homero dice que los hijos de Esculapio fueron los que allí reinaron. He aquí una tradición acerca del origen de los “asclepiades”, o sea, los médicos-sacerdotes de la antigua Grecia.

Asclepios (o Esculapio) no fue, sin embargo, un dios griego sino que los helenos lo adoptaron y nacionalizaron. Su origen fue semita o etíope. Su nombre es hebreo o fenicio y significa “señor del fuego”. Por eso, descubrimos que tiene muchísimos nombres: Adar-Maloch, “el rey del fuego”, Boal-Harman, “el señor del fuego del altar”, o Esman, “el calor vital”. No estoy muy seguro de si Asclepios o Apolo fue la divinidad genuina de los filisteos: Baal-Zebul, “el Señor Supremo o el Señor de todos”, a quien después se apodó Beelzebub, “príncipe de los demonios”. Llamábase Fuego Eterno al elemento ígneo del cual él era el rey. Según la leyenda, el Ser Supremo habitaba en ese Fuego. “El Señor te habló en medio del fuego”, dice el autor del Deuteronomio. Este fuego era, propiamente dicho, un principio vital puro. Cuando Moisés vio la sagrada zarza ardiente, ésta no se consumió. Los fundadores del culto del Fuego lo consideraban un principio que sólo podía conocerse en lo más recóndito del pensamiento posible. No se trataba de nuestro fuego común y vulgar, y tampoco del fuego material más puro, sino de un fuego oculto, misterioso y sobrenatural; una mente verdadera, capaz de percibir y la única posible, que contenía todas las cosas y el alma de todas éstas; o sea, la luz absoluta e inmortal. El fuego visible es sólo una sombra o un emblema de aquél. Este era el Ser Supremo de los persas y de sus pueblos vecinos.

Las agujas de las iglesias, las cúpulas de los templos, las torres redondas y las pirámides sólo representan la llama ahusada que apunta hacia el cielo. La serpiente, que es de caprichoso desplazamiento, representaba la llama viva, la vida y la sabiduría supremas y, por eso, era el símbolo favorito de la religión. Era Asclepios (Esculapio), el dios del fuego, de la vida y de la

salud. Todo templo de Esculapio tenía su propia serpiente, y ésta era, por doquier, el emblema del conocimiento y del arte de curar. El filósofo Heráclito había enseñado que este fuego divino daba forma y vida a todas las cosas, y por eso Hipócrates fue su discípulo. Los “asclepiades”, médicos-sacerdotes de Grecia, eran sacerdotes del dios del fuego, e Hipócrates era uno de ellos.

Dondequiera que Asclepios (Esculapio) tuviera un santuario, le inventaban una tradición o un escrito sagrado que diera razón de ello. Fuera de Grecia, era idéntico a Hermes, el dios del saber, Cadmos, el inventor de las letras, y a los dioses sanadores. Era una serpiente salida del huevo de un cuervo; era otro Baco sacado, siendo un embrión, del cuerpo ardiente de su madre; era un ser originario de Epidauro, Mesenia y Tesalia. Un conjunto de biógrafos lo reconoce como pupilo y discípulo del Centauro Quirón y, por este motivo, fue primeramente un gran médico y, después, el patrono divino de la medicina. Están aquellos que imaginan que éste es un fragmento de la historia. Tal vez sea historia, pero no en ese sentido.

La torre, o *taur*, como los sirios la llamaban, era la columna o pirámide consagrada al dios del fuego. Era común reservar las cimas de las montañas para erigir templos sagrados, y se consideraba un sacrilegio talar los árboles de esos sitios, salvo para construir altares. Tales recintos eran los primitivos templos. Ellos eran las cumbres o cimas y, por esa razón, cada roca era un *taur*, y a las cuevas existentes en las rocas se las consideraba sagradas. Tesalia, en medio de altas montañas, tenía muchísimas torres de esta clase, y podemos añadir que también poseía multitud de dioses y sacerdotes.

Ya dije que los fenicios visitaban frecuentemente Tesalia. Ellos denominaron *cohen* al sacerdote, igual que los judíos. *Kohn*, *kahn* y *coan* son la misma palabra. Por eso, los sacerdotes de Tesalia eran *kohen-taurs*: sacerdotes de las cimas de las colinas, *ken-taurs*. En los jeroglíficos se los representaba como mitad hombres y mitad caballos. Fonéticamente era algo así como un caballo—esto significaba el sonido *hippo*— y el hombre, *kentaur* (centauro). *Hippos* era un nombre de *Kybelê* o la Gran Madre, cuyos ritos eran celebrados en aquellas regiones, y a los sacerdotes de Tesalia se los conocía como *Hippi*, en el relato de Hércules. Píndaro

nos dice que los centauros eran de la estirpe de los *Hippoï* de Magnesia.

Si se me ha seguido hasta aquí con atención, el relato está muy bien entretreído. En Magnesia se hallaba la famosa piedra imán, la cual se movía como si tuviera vida. Esa clase de piedra era conservada en los templos, como emblema o imagen de la Gran Madre, señalando su gran sensibilidad respecto de los seres vivientes. Los escritores o místicos ignorantes llamaban “yegua” a esa clase de piedra, y los *Hippoï* o sacerdotes de Magnesia, quienes reverenciaban a la piedra-imán como la gran progenitora o la gran matriz de todas las cosas vivas, nos legaron una palabra, “magnetismo”, la cual deriva de los magnetos o habitantes de esta provincia de Magnesia. Avancemos más en esto. Los centauros eran los sacerdotes o descendientes de estos sacerdotes de Magnesia. Su jefe más famoso se llamaba Quirón: el mismo que, según se decía, había criado e instruido a Asclepios (Esculapio).

¿Por qué se llamaba Quirón? Cada nombre tiene un significado y una razón. *Jeir* significa “mano”, y *Jeiron* (castellanizado Quirón) es la personificación de la mano humana. Entonces, si Quirón es la personificación de la mano y Centauro no es otra cosa que un sacerdote que adoraba al imán como la Gran Madre, ¿se necesita mucho ingenio o un intelecto muy profundo para percibir que el arte de Asclepios (Esculapio) consistía en la curación mediante el magnetismo, y que Quirón, el jefe de los Centauros, era tan sólo la personificación de la manipulación, o sea, el arte “quirúrgico” del que Celso nos habla?

Recuérdese que los principales dioses griegos provienen de Tesalia. Recuérdese que Tesalia fue la que enseñó a Grecia el concepto de república confederada: las ciencias y las artes que Grecia poseía provenían de aquella región. Su población era la más rica de toda Grecia. En realidad, el nombre *Hellás*, que pasó a ser la designación de todo el país, fue tomado de una provincia de Tesalia, gobernada por Aquiles.

Otro nombre de los sacerdotes de la Gran Madre era *Daktiles*. Eran poseedores de todas las artes conocidas: inventaron las letras, exorcizaron la enfermedad, descubrieron y trabajaron los metales e inventaron la música; en pocas palabras, fue-

ron magos y hechiceros. Según las leyendas, ellos eran cinco en total, y después, diez: cinco varones y cinco mujeres. Además, este número aumentó. Pero, ¿qué podemos decir acerca de aquel nombre? *Daktylos* significa “dedo”. Lo primero que se nos ocurre es que los dedos —los diez dedos— son mágicos y todopoderosos. “Este es el dedo de los Dioses”, dijeron los Magos al Faraón cuando Moisés los venció. Los dedos son los instrumentos de la mano, para hacer todas las cosas. Por esta razón, los dedos de las manos derecha e izquierda representan al sacerdocio o a la clase erudita. ¿Hasta dónde se llegará con esto? Una leyenda dice que cada uno de los sacerdotes de Creta tenía un hijo y, por lo tanto, eran diez, y a todos se los llamaba *Daktyles*.

Sería fácil demostrar que cada dios importante, adorado en el Panteón griego, era la personificación de un imán, y cada sacerdote un magnetizador... al menos, los sacerdotes de la antigüedad. Se recordará que se decía que Heracles (Hércules) había destruido a los Centauros, y que fue Asclepios quien los sucedió.

Mencionaré una clase más: la de los *Telchines* (o *Teljines*). El relato y la cantidad son los mismos. Había cinco de ellos; eran poderosos hechiceros, hijos de Poseidón, quienes controlaban la Naturaleza y los elementos. También trabajaban los metales. Ellos fueron quienes forjaron la guadaña de Cronos o, mejor dicho, su bumerán; fabricaron el collar de Hermione y criaron al infante Zeus. Su nombre deriva de la palabra *thelgô*, que significa aliviar, hechizar o llevar a cabo con las manos, como por arte de magia.

No hay duda alguna de que el magnetismo de la piedra-imán y el del ser humano era algo que se conocía y practicaba en la antigüedad. También los mesalianos parecen haber asociado ambas cosas, tal como ocurre en la actualidad. Asimismo, se conocía lo que Reichenbach denomina “fuerza ódica”. Algunos veían que los rayos salían de los dedos, los ojos y otras partes del cuerpo. También se contaba con el *rabdos*, o cetro mágico, que hacía dormir o despertar. Cada dios tenía su cetro. Descubrimos que se menciona un *rabdos*, el cual fue exhibido ante Aristóteles; con él hicieron que un niño se durmiera profundamente y le permitieron tener una visión. El profeta Elías mandó con su báculo

a su siervo Gehazi, para que lo pusiera sobre el rostro del hijo de la sunamita y lo resucitara. No lo logró; entonces, fue el profeta quien estableció el contacto personal y tuvo éxito.

Volvemos al método antiguo, cuando restablecemos al magnetismo animal en el sitio que le corresponde en la terapéutica. Entonces, aplicamos lo de Asclepios y su poder divino: el verdadero arte y ciencia de Hipócrates, y el medio sagrado dinamizado por la fe, lo cual ocupa tantos pasajes del Nuevo Testamento. No estamos hablando de ensoñaciones fantásticas. Reconocemos que la enfermedad es efecto y manifestación de debilidad y agotamiento de la energía vital; y, al entender esto así, procuramos restablecer esa energía impartándole un influjo que, en alguna medida, suplirá la pérdida o merma. Entonces, solemos buscar el fuego generador de vida y lo empleamos para mantenerla. Lo que hay que averiguar es hasta dónde podemos aproximarnos a ese ideal.

2. EL MAGNETISMO ANIMAL

Du Potet define al magnetismo animal como la influencia oculta que los cuerpos orgánicos ejercen entre sí a distancia. Me rehúso a aceptar esta definición, porque es oscura y no apoyo tampoco la premisa de la distancia. La explicación del Diccionario Webster se halla tal vez más próxima que cualquier otra a lo que comúnmente se sabe. “Se dice que un supuesto agente de naturaleza peculiar y misteriosa tiene una poderosa influencia sobre el paciente cuando se activa mediante el contacto con (o por) la voluntad del operador.” En cuanto a “Mesmerismo”, dice: “El arte de inducir un estado extraordinario o anormal del sistema nervioso, en el cual el actor afirma controlar las acciones y comunicarse directamente con la mente del receptor”.

“Los supuestos agentes” son cosas curiosas. Uno de ellos es el principio de atracción, propio de la piedra-imán. Otro es la electricidad. Otro es el actinismo o acción química de las radiaciones luminosas. La afinidad química es también un supuesto agente. Luego, también podemos clasificar, dentro de la misma categoría, a la potencia dinámica que impulsó a cierto joven a emprender un

viaje de algo más de diecinueve kilómetros una vez por semana para visitar a una muchacha de la que de alguna manera se había prendado. Estas cosas “que se suponen” son los elementos activos de los caballos de fuerza y del vapor.

En 1784, Luis XVI, de Francia, dispuso que una comisión estudiara el tema del magnetismo animal, designando para ello a cuatro médicos y cinco científicos. Ninguno de ellos estuvo dispuesto a aceptar una prueba que contrariara su propio prejuicio, y la conclusión que legitimaron, producto de lo que ellos denominaron investigación, fue que el supuesto descubrimiento de Mesmer era una impostura.

En realidad, Mesmer ya había tenido una experiencia un tanto parecida. De nacionalidad alemana, era un médico culto que se había diplomado en Viena, en el año 1766. Había propuesto esta doctrina de las fuerzas ocultas en la tesis presentada a sus profesores en aquella Universidad. Creía que el magnetismo animal mejoraría los efectos de los medicamentos y permitiría que el médico juzgase con certeza respecto de las enfermedades y su cura, perfeccionado así, por fin, el arte de curar. Sin embargo, aquel profeta no mereció honor alguno en su país natal. El Padre Hill, sacerdote jesuita —quien a la sazón era profesor de astronomía en Viena— tergiversó las ideas de Mesmer y lo que logró fue desacreditar enteramente el tema. Si el descubrimiento hubiera tenido lugar en Italia un siglo y medio antes, sin duda Mesmer habría terminado en la hoguera. Tal como estaban las cosas, Mesmer sólo cosechó el oprobio, que es el principal premio que gana quien inventa o descubre una idea beneficiosa.

Lo que Mesmer enseñaba consistía concretamente en esto: existe una influencia mutua entre los cuerpos celestes, la Tierra y todos los cuerpos vivos. Hay un fluido (o éter) de sutileza incomparable, el cual se difunde por doquier y es capaz de recibir, propagar y comunicar las impresiones del movimiento, mediante las cuales esta influencia se transmite. Esta acción recíproca opera de acuerdo con determinadas leyes desconocidas anteriores. En el cuerpo humano existen y se manifiestan propiedades análogas a las del imán, las cuales pertenecen a la estructura nerviosa, y hacen que el cuerpo sea sensible a la influencia de los cuerpos celestes y a la acción recíproca, a gran distancia, sin el auxilio ni

la intermediación de un cuerpo. El imán mineral es también susceptible a ello y, de esto, es dable inferir que el magnetismo y la electricidad artificial, en las enfermedades, sólo se debe al magnetismo animal. Mesmer infería entonces que este principio magnético es capaz de curar de inmediato las enfermedades nerviosas, y después de más tiempo, otros trastornos. En consecuencia, propuso una nueva "Teoría de las Enfermedades", la cual explicaría la utilidad universal del nuevo agente.

El resultado natural de esto fue que Mesmer y su doctrina fueron condenados *in absentia*. Bailly, un científico de cierta fama y un fanático en lo suyo, redactó el informe y se esmeró en hacerlo circular por toda Francia. Detesto la intolerancia religiosa que condenó a ser quemados vivos a Giordano Bruno y a Miguel Servet; sin embargo, jamás encontré que la intolerancia de los incrédulos fuera menos intensa o no la igualase en amplitud. Observemos el Magnetismo Animal juzgado y condenado por los representantes de la Ciencia. ¡Hasta nuestro Franklin sumó su voz a ese veredicto! Guillotin, cuyo nombre alcanzó fama más temible que casi cualquier otro, fue uno de los que ayudó a que se condenase a la nueva ciencia, a una muerte rápida.

Los franceses escépticos no tuvieron un éxito mejor, al aplastar al magnetismo animal, que el que lograron en su parecido empeño por aplastar a Dios y eliminarlo del Universo. De Jussieu, integrante de la Academia Francesa, tuvo el coraje de hablar por el otro bando. Insistió en que la acción peculiar, atribuida al fluido universal o éter, que los otros habían declarado que no se hallaba demostrada, pertenecía también al calor animal. Por consiguiente, De Jussieu se expresó en favor del magnetismo animal, alegando que merced a más tiempo y experiencia, se lo entendería mejor y que todo médico tenía derecho a utilizar los métodos que juzgase provechosos en el tratamiento de la enfermedad.

Pasaron cuarenta años. El Sol de los Borbones declinó y volvió a resplandecer. La nueva generación de médicos empezó a pensar en construir un sepulcro para aquel hombre a quienes sus padres desearon matar. La estatua de Morton, en Boston, no es la única erigida a ese hombre, como uno de los benefactores del mundo.

Si bien los médicos de la Academia Real se dedicaban a demostrar que el mesmerismo era una superchería, el Marqués de Puy-

segur y otros se hallaban trabajando exitosamente con el mesmerismo y aprendiendo más cosas de las que los hombres habían jamás imaginado. En 1825, se solicitó formalmente a la Academia que designase una nueva comisión para que estudiase el asunto. La razón que se alegaba contenía estas enfáticas palabras: “Porque ninguna decisión es absoluta e irrevocable en la Ciencia; porque las disposiciones de orden moral, emanadas de quienes anteriormente integraron la comisión, fueron las responsables de hacer que los experimentos fracasasen por completo”. Esta vez designaron hombres de la talla de Magendie, La Motte, Hasson y Leroux, quienes estudiaron la cuestión durante cinco años. El informe fue redactado por Hasson. En aquella amplia exposición encontramos que el magnetismo era un tema tan antiguo como el mundo; que las personas sensibles eran influidas por él y que no siempre era necesario que fuesen conscientes de que se actuaba de ese modo sobre ellas. Determinados efectos parecían depender sólo del magnetismo, y no se reproducían sin él. Algunos se perturbaban, y otros se tranquilizaban. Se desarrollaban nuevas facultades, como por ejemplo, la clarividencia, la intuición y la presciencia; asimismo, cambios fisiológicos, como por ejemplo la insensibilidad, un aumento considerable y súbito de la fuerza, y también, parálisis. En conclusión, los integrantes de la comisión declararon: “La Academia debería estimular los estudios sobre el Magnetismo, como una rama muy curiosa de la Psicología y de la Historia Natural”.

Double y Magendie no firmaron este informe. No habían presenciado los experimentos. Los integrantes de la Academia actuaron como si fueran ajenos a todo. Quienes anteriormente creían, se convencieron más, y quienes no habían creído, siguieron negándose a aceptar las pruebas. Sin embargo, la influencia de dichas personas dejó de ser una traba para el tema del magnetismo animal.

No es preciso que nos internemos más en la historia. He demostrado que el magnetismo animal es antiguo, incluye a Esculapio e Hipócrates y sus respectivas escuelas, y también a los Apóstoles. Se lo practicaba en todos los santuarios y constituía una destacada característica del bien conocido arte de curar. Sólo les estaba prohibido intentar su uso a quienes no fueran sacerdotes o

iniciados. Por esta razón, se acusó así de sacrílego a Jesús porque sanaba, mediante la imposición de manos: “Es un mago que ha hecho todas estas cosas mediante un arte clandestino; realmente, ha tomado de los templos egipcios los nombres de los ángeles poderosos y les ha robado sus antiguas costumbres y doctrinas secretas”. Se recordará que el mismo Hipócrates fue un sacerdote iniciado, que había hecho voto de silencio, tal como lo han hecho siempre todos los sacerdotes. El enseñaba que había dos diferentes partes o grados en la práctica de la medicina: la común, que consistía en el uso de remedios vegetales, y la secreta, que sólo podría ser aprendida y ejercida por individuos especiales que se hubieran consagrado a los oficios religiosos. Hipócrates describía a la clarividencia como perteneciente a este arte secreto. El filósofo Pitágoras, que también era un sacerdote iniciado, enseñaba la medicina como un secreto, y empleaba el magnetismo como método principal. En Judea y Egipto, había una comunidad religiosa secreta, y quienes la integraban se llamaban esenios o terapeutas, o sea, sanadores; éstos recurrían a plegarias, salmodias y manipulaciones, para el tratamiento de la enfermedad, y esto también con éxito.

Los fenómenos propios del magnetismo animal consisten en la sedación de los nervios, el sueño, el sonambulismo, la clarividencia y la presciencia. También suceden fenómenos contrarios: gran nerviosismo, convulsiones, baile de San Vito, epilepsia y catalepsia. Estos hechos comprueban que el método se halla principalmente asociado con el sistema nervioso. En los textos especializados se nos dice que el medio fisiológico es el fluido nervioso. He oído decir que “el fluido neurovital que el cerebro segrega, es de naturaleza galvánica y que lo fabrica la electricidad que introducimos en los pulmones cada vez que respiramos”. Hay tanta chuchería en estas palabras que, casi no debería haberlas citado.

El método moral o psíquico se emplea, primeramente, teniendo en cuenta al magnetizador y su paciente. Debe haber cierta confianza, afecto o buena disposición para que se establezca esa relación especial. Esto permite que las auras de ambos se fusionen y combinen sin rechazos ni trastornos. Así se induce la peculiar sensación de tranquilidad. A continuación, se halla el método intelectual o cerebral. Debe permitirse que el paciente exteriorice

su modo de ser psíquico o emotivo, y que desactive su voluntad. Por otra parte, el operador debe estar seguro de su peculiar energía y decidido en su propósito de influir con ella sobre el otro. Los resultados dependerán, en gran medida, de la perfección de estas condiciones. A menudo, estas operaciones deben repetirse.

Este experimento no debería consentirse jamás en los casos en los que haya rechazo moral o constitucional; tampoco un individuo de carácter excepcional debería imponerse sobre otro. Tenemos bastantes cuestiones de esta clase en los denominados enamoramientos de la vida diaria. Una persona que ha sido magnetizada no es, por lo general, un vehículo psíquico parecido a cualquier otro. Su voluntad y su intelecto se hallan debilitados o subordinados, hasta que siente, piensa y obra según se le impulsa a que lo haga. Es difícil que, quien nunca fue magnetizado, crea o incluso entienda esto; entonces, ese desdichado individuo corre un peligro mortal.

El magnetismo animal como medio terapéutico, afecta principalmente al sistema ganglionar. Hasta cierto punto —que no puedo determinar—suple la falta de vitalidad y recarga a una persona o, al menos, provee una reserva superior de energía. Muchas personas generan más fuerza específica que la requerida por sus necesidades corporales, y ellos son los más adecuados —cuando las otras condiciones son de igual carácter— para magnetizar a aquéllos que tienen una falta de reservas. Las afecciones conocidas como parálisis, mal de San Vito, epilepsia y algunas formas de locura, son especialmente dóciles con el tratamiento magnético. Todas las enfermedades de carácter nervioso ceden con facilidad, y otras lo hacen con más lentitud. Puede ser aplicado localmente en los casos de neuralgia, reumatismo, tumefacciones, ulceraciones y lesiones locales. La zona del epigastrio debería ser, en otros casos, el centro de la magnetización.

Todo trastorno que el magnetismo es capaz de curar, puede también agravarse cuando éste es aplicado indebidamente, y entiendo que, asimismo, puede producirlo y transmitirlo. Se dice que fue Naamán el Sirio quien contagió su lepra a Gehazi. La tuberculosis se transmite hereditariamente y de un amigo a otro. Marido y mujer son propensos a compartir sus mutuas afecciones: al menos, sus estados físicos y psíquicos. Los niños que comparten el

lecho con los adultos tienen aspecto de viejos y contraen estados anormales de salud, mientras que los adultos roban a los infantes la energía que éstos necesitan para desarrollarse. En mayor o menor medida, todos somos vigorizados o arruinados por quienes nos rodean. Las personas sensibles que tienen por compañía a seres repugnantes, literalmente se marchitan, si es que, de esta manera, no resultan muertas.

3. EL MAGNETISMO ANIMAL APLICADO

Ya hemos explicado, en el capítulo anterior, qué debe entenderse por magnetismo animal. Se trata de un agente o de un medio, o tal vez, de una función, mediante la cual los seres vivos intercambian sus condiciones vitales y, además, los seres humanos se afectan recíprocamente con sus estados mentales y con lo que su mente se propone. No dudo de que, en la Magia antigua de los egipcios y asirios, se conocía el secreto arte de curar, cultivado por las escuelas de Esculapio e Hipócrates, la Piedra Filosofal de los alquimistas y el Elixir de la Vida atribuido a los rosacruces. Paracelso les dio un nombre, Van Helmont lo enseñó y Manuel Swedenborg, quien se automagnetizaba, lo desarrolló hasta convertirlo en los curiosos fenómenos de la clarividencia. Cuando Mesmer lo propuso, el mundo lo acusó de charlatanismo, pero ahora hemos llegado al punto siguiente de declarar que no es nada nuevo. Todos nosotros hemos creído en esto; algunos, como si fuera el gran poder de Dios; y otros, como si se tratara de los malabares de Simón el Mago.

En realidad, dejó de formar parte de los conocimientos humanos porque la Iglesia lo proscribió. En los primeros siglos del Cristianismo, por todas partes había individuos que trataban las dolencias imponiendo las manos y magnetizando. Tertuliano, quien vivió en el siglo II, aconsejaba que “todo individuo que se llame cristiano y no sea capaz de expulsar los demonios y curar a los enfermos, debería ser condenado a muerte por impostor”. Montano, Gregorio el Taumaturgo, Orígenes, Martín, Teófilo y los Padres de la Iglesia insistían en la misma prueba, se ofre-

cían para someterse a ella y, como se nos dice, practicaban real y exitosamente el magnetismo.

Sin embargo, a su debido tiempo, la Iglesia sucumbió ante una parecida disposición eclesiástica, tal como le había ocurrido anteriormente a diversas religiones paganas. Entonces, la Magia y el saber fueron denunciados como artes paganas, y se los denominó hechicería y brujería. Llegó a decirse que conocer bien la gramática no era propio de cristianos, y el Papa Gregorio el Grande rivaliza con Jack Cade en sus declaraciones contra una educación liberal. Fue en ese entonces cuando los laicos, que era la gente común y corriente, quedaron excluidos, y solamente el clero pasó a constituir la Iglesia. Un Concilio sancionó que cometían pecado mortal quienes, sin ser sacerdotes, tratasen a los enfermos mediante imposición de manos. Se declaró ilegal y se prohibió bajo pena de anatema y proscripción, que un laico intentase curar una dolencia mediante imposición de manos. Solamente los monjes y sacerdotes tenían derecho a ello. Este era el juramento hipocrático del Cristianismo, que ahora es imitado de manera tan pretenciosa por la escuela de medicina corriente.

Desde entonces, la Iglesia y los sectarios de la ciencia jamás vacilaron en erradicar mediante masacre, proscripción y toda forma de persecución, todos los esfuerzos de los individuos, tendientes a aprender y obedecer a la verdad, fuera de la autoridad de aquéllos. En esta misma época, el magnetismo terapéutico es el más seguro perturbador de la respetabilidad complaciente, tanto religiosa como médica.

Ahora trataremos, de manera sucinta, su aplicación. No conozco a nadie que no sea más o menos propenso a la influencia magnética, por difícil o incluso imposible que parezca influir sobre él. Tampoco creo que haya algún trastorno o estado morboso en el que no se la pueda emplear con provecho, si es que no exitosamente. Es muy cierta la predicción que aparece en el Evangelio según Marcos: “Y estas señales seguirán a los que creen: en mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieran cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán”. Esta afirmación, atribuida a Jesús, actualmente es rechazada en general como espuria y como si en realidad no fuera

cierta. Las curas que se acreditan a Jesús son explicadas como sobrenaturales, y luego se niega todo lo que sea sobrenatural.

Sin embargo, es un hecho curioso y significativo que ningún autor cristiano, durante los ciento cuarenta primeros años del Cristianismo, hace mención alguna de los milagros descritos en los tres Evangelios sinópticos. Por supuesto, puesto que el Evangelio según Juan no había sido aún compilado, no se hace referencia alguna al respecto, hasta mucho tiempo después, y Pablo tampoco cita jamás algo que se mencione en los Hechos de los Apóstoles. No obstante ello, dejamos estas cuestiones en manos de los hermeneutas y pasamos a considerar nuestro tema.

El mundo de la ciencia médica es un mar de dudas; pero el magnetismo es un mundo de hechos que se hallan unidos y muy armonizados en su totalidad. Se trata del arte y de la ciencia de la Naturaleza misma, inspirados por la Inteligencia Divina y producidos exitosamente mediante energía. El magnetismo es una fuerza o una energía que pertenece a todo cuerpo orgánico y que emana de todas las cosas. Puede aplicarse por doquier. Un infante dormido puede ser magnetizado, y lo mismo es factible que ocurra con un adulto que esté dormido. Los músculos se contraerán, el paciente tendrá convulsiones, la respiración será trabajosa y habrá un sueño más profundo o un despertar repentino. Si los pases magnéticos se efectúan durante un estado de ebriedad o durante un síncope, habrá, como resultado, fenómenos similares. Los animales también son susceptibles de ser magnetizados. Se ha experimentado exitosamente con perros, gatos y monos, y también con caballos.

Cuando los pases se efectúan sobre un individuo sano y bien despierto, se observan los siguientes resultados: hay un aumento de fuerza y frecuencia en las pulsaciones, el calor del cuerpo varía, los ojos se ponen brillantes y vidriosos, se acrecienta la sensibilidad y, a veces, hay transpiración abundante y gran pérdida de fuerza. En ocasiones, parálisis e incluso catalepsia.

Se afirma que no se puede influir sobre algunas personas, mediante pases magnéticos. Los individuos mismos negarán que fueron afectados; sin embargo, no lo creo. Hablan como quien bebió un vaso de licor y niega su efecto. De hecho, se ha ejercido influencia sobre ese individuo. Se hallará insomne o más pro-

fundamente dormido; su sensibilidad aumentará. Las secreciones de su cuerpo se modificarán y, a menudo, serán más abundantes. Se han puesto en evidencia: sífilis, eczema, y hasta sarampión y viruela.

Sin embargo, me desagradaría que se practique la magnetización con individuos, para convertirlos en un espectáculo. Hay algo que es sagrado en un ser humano. Es indigno ponerlo en la situación de que sea incapaz de controlar sus acciones y someterlo luego a experimentos vulgares. Esto no lo soporto, y tampoco soy muy tolerante al respecto.

El magnetismo es un poder desarrollado por la estructura nerviosa ganglionar. El aura se irradia en todas las direcciones, pero puede concentrarse en cualquier sitio hacia el cual la dirigamos. Cuando deseamos fervorosamente realizar algo que nos proponemos, dirigimos instantáneamente ese poder hacia eso y, a menudo, con éxito. La cura de una enfermedad mediante la oración —lo cual realmente sucede— se halla en consonancia con este principio. No digo que no haya fuerzas espirituales relativamente extrañas a nosotros, que no concurren a ello. En realidad, no sé de ningún deseo que tengamos, de ningún pensamiento que pensemos y de ningún acto que podamos realizar, que no sea el resultado de varios principios o fuerzas espirituales, y que no constituyen enteramente una parte de nosotros mismos.

El magnetismo es un agente de la Naturaleza. Armoniza con todas las fuerzas vitales que nos pertenecen. Por consiguiente, aumenta la acción curativa de la Naturaleza, que siempre tiende a restablecer el equilibrio en el juego de los diferentes órganos. Se trata del “más noble secreto” sugerido por Bulwer-Lytton, mediante el cual “El Calor o Principio Calórico, como lo llamamos, por el hecho de ser, como lo enseñara Heráclito, el principio primordial de la vida, puede convertirse en su renovador perpetuo”. Se supone que existe un agente de naturaleza sumamente sutil. Admito que ese agente no ha sido demostrado empíricamente. No por ello ha de considerarse que esto sea defectuoso. El físico moderno nos dice que la luz es una sensación producida por ondas del éter, pero jamás ha demostrado que ese éter existiera. Lo da por sentado; lo supone. Suponemos un éter, un aura o un fluido nervioso, sobre una base parecida suficien-

te, sabedores de que la mente humana es por demás competente para percibir y reconocer un hecho antes de que el experimento lo haya demostrado.

Este agente existe; es una parte de nuestro propio ser, y podemos percibirlo, casi enteramente o bien por completo, en función de nuestra sensibilidad física. Tenemos la sensación de que otra persona se acerca a nosotros, y si es agradable o no, en virtud de las emanaciones de ella y de cómo las percibimos. La vidente de Prevorst subsistía valiéndose de la fuerza de otros individuos, absorbiéndola a través de sus dedos y de las puntas de éstos. Ella decía que obtenía su vida totalmente del aire y de las emanaciones nerviosas de los demás, con lo cual ellos nada perdían. Es probable que esto haya sido cierto a menudo, pero el doctor Kernes señala que muchas personas se quejaban de que perdían fuerza cuando habían estado largo tiempo cerca de ella, y sentían que sus miembros se contraían y temblaban. Asimismo, algunos eran afectados con debilidad en los ojos y en el estómago, a tal punto que se desmayaban. Lo que ella llamaba *nervengeist*, o “inquilino de los nervios”, era el principio vital que unía al alma y al cuerpo con todo el Universo.

Todos poseen tanto fluido nervioso como el que necesitan para existir, pero no siempre el suficiente para comunicarlo a los demás. El hombre está en condiciones de ponerlo de manifiesto mediante su voluntad. Debe manejar su salud y su fuerza, mantener tranquila su mente y no pensar en otra cosa que en beneficiar al paciente. La corriente magnética no sale en forma de corriente sino, en mayor o menor medida, de manera ondulada, según sea la habilidad del individuo para determinarla.

El magnetismo nunca debería ser intentado en aquellos casos en los cuales no exista una adecuada relación o simpatía entre dos personas. El contacto de dos auras psíquicas de individuos que se rechazan mutuamente es de tendencia destructiva e incluso asesina. Cuando suframos eso, deberíamos apartarnos cuidadosa y deliberadamente de la persona nociva; y en caso de que seamos nosotros quienes tendamos a ser los que causen el daño, deberíamos impedir que nuestros pensamientos se encaucen hacia otros individuos. Todos los trastornos nerviosos —desde la histeria hasta la manía aguda, la catalepsia y la parálisis—

pueden ocurrir debido a que se descuidaron estas precauciones; e incluso puede haber una instigación al crimen. El aparato digestivo se deteriorará inevitablemente, es probable que se produzca un derrame biliar y que existan muchas otras anormalidades glandulares.

Hemos dicho que el magnetismo será beneficioso en todo estado morbozo. Aliviará el dolor incluso donde la enfermedad es incurable. Corregirá todas las secreciones. La transpiración se normalizará, las secreciones se ablandarán y sanarán, y la circulación de la sangre será libre y normal. Impedirá paroxismos y, a menudo, los detendrá. Mitigará la fiebre y la inflamación. Fomentará la curación de las úlceras y ablandará las tumoraciones duras. El doctor Alba Curtiss dijo que curó un cáncer de mama mediante pases magnéticos, y le creo. Herodoto nos dice que Demokêdês, un médico que había estudiado en la Escuela de Krotona, curó un tumor de pecho de la Reina Atosa, de Persia, pero lamentablemente omite decirnos cómo lo hizo. Sólo puedo decir que él había aprendido de su gran maestro, Pitágoras, el secreto de los pases magnéticos.

En las afecciones escrofulosas y linfáticas, en la dilatación de glándulas y otras dolencias parecidas, la magnetización debe ser incansablemente persistente, y esto debe durar meses. También es necesario ser moderado en las comidas; la alimentación excesiva y el ayuno prolongado retardan cualquier cura. En esos casos, lo mejor es magnetizar durante una hora, cada diez horas.

En las enfermedades eruptivas, como el sarampión, la escarlatina y la viruela, la magnetización debe dirigirse sobre toda la superficie, pero no prolongarla más de diez o veinte minutos por sesión. No interferirá con tratamiento médico alguno.

Puede ser inmensamente beneficiosa en los casos de inflamación del cerebro. La magnetización tenderá a impedir que los fluidos se trasladen a una zona determinada. Haga largos pases hacia los pies, siempre por el centro; ponga una mano en la cabeza; friccione suavemente la zona inferior de la frente, y termine con pases hacia abajo, a lo largo de las piernas.

Vale la pena intentar una cura en los casos de parálisis, afasia, rigidez de los miembros y convulsiones. Estas son curas muy difíciles, pero ocasionalmente alguien se sanará. Asimismo, otro tan-

to puede decirse respecto de la apoplejía y de diferentes grados de congestión cerebral.

En los casos de trastornos del aparato digestivo, como por ejemplo, diarreas, disentería o cólera, la fricción magnética reducirá los espasmos y retortijones, y prevendrá su ulterior evolución fatal. Hay que pasar suave y frecuentemente la mano sobre la superficie del abdomen y atender al paciente, hasta que mejore. A menudo, en los intervalos del dolor, el paciente se dormirá.

No enumeraré los nombres de la fiebre remitente e intermitente. Lo único que debe preocupar al magnetizador es la intensidad de la enfermedad y la parte que se halla principalmente afectada. La fuerza de recuperación está a punto de agotarse, y el trastorno general del organismo no brinda una buena oportunidad para distinguir los efectos producidos por la magnetización. No obstante ello, el operador no debe perder las esperanzas. Si es capaz de corregir la actividad de un órgano, entonces calmará poco a poco el desorden general. La fuerza vital que se imparta restablecerá la del paciente beneficiosamente, y este último expulsará mayores cantidades de material y emanaciones que estén viciados. De ahí que cada vez que el operador perciba en sí mismo una sensación de fatiga, debería restablecer su fuerza, sin demora, saliendo al aire libre, no sea que absorba en su propio cuerpo las emanaciones nocivas. Cuando se magnetice a esos pacientes, la corriente debería llevarse a lo largo de todo el cuerpo, desde la cabeza hacia los pies.

El cólera se manifiesta, en muchos aspectos, notablemente análogo a la fiebre, y especialmente a la tifoidea y a la fiebre amarilla. El doctor Foissac da cuenta de varios casos de recuperación mediante magnetismo, en los que también se administraron los remedios recetados por los facultativos. En el primero, un médico sufría todos los dolores propios del cólera. Fue magnetizado y su intenso sufrimiento se alivió en todas las partes tocadas por la mano. El segundo fue de cólera asiático. Se administraron remedios y se empleó el magnetismo. Fueron masajeados los miembros y el magnetizador sopló sobre la zona cardíaca. Todo el peligro desapareció después de unas horas, y el médico a cargo declaró que el paciente estaba convaleciendo.

Se lo magnetizó diariamente hasta que la recuperación fue absoluta. El tercer paciente fue una niña de once años. Se emplearon sanguijuelas, hielo y excitantes externos. El pulso era apenas perceptible; la piel estaba fría como el hielo y de color azulado; vomitaba sin cesar y sufría una sed insaciable. El doctor Foissac le impuso las manos y le efectuó una ligera fricción sobre la zona del corazón y del estómago. En un lapso de doce horas, las extremidades empezaron a calentarse, los vómitos cesaron y la circulación se restableció. Al anoecer, apareció una tos espasmódica, la cual cedió con nuevos pases, y después de esto la niña recuperó su salud casi inmediatamente. La acción magnética debe dirigirse, en esta afección, principalmente hacia el estómago y los intestinos, y continuarse durante largo tiempo.

El dolor agudo se alivia con rapidez en caso de reumatismo. Sin embargo, el dolor aumenta a veces, pero en esos casos sólo es pasajero e indica que la dolencia se está transmutando. Este es un síntoma favorable. Los síntomas reaparecen en los casos hereditarios, pero si usted tiene bastante suerte como para influir sobre ellos, cederán más rápidamente ante el magnetismo. El operador ha de aplicar magnetización general durante cinco a diez minutos, y después dirigir las puntas de sus dedos hacia los nervios o la articulación que se hallen afectados, y pasar las manos lentamente hacia abajo, como si estuviera arrastrando algo hacia las extremidades. Después de esto, por lo general hay que reiniciar la magnetización. Este tratamiento es aplicable al reumatismo, agudo o crónico, de músculos y articulaciones. En las afecciones crónicas, hay que esforzarse para acrecentar la vitalidad, y después producir las crisis magnéticas. Debe reproducirse la forma aguda de la enfermedad. Magnetice al paciente, durante una semana o más, sin empeñarse en producir efectos ni hacer caso si aparece alguno. Después de esto, dirija principalmente su esfuerzo hacia la zona enferma, si es suficientemente evidente, o hacia la región que usted supone que está enferma. Debe generarse calor, e incluso dolor, sin escrúpulos, salvo que el sufrimiento sea demasiado agudo, lo cual no es frecuente. Después, empéñese solamente en mantener el ímpetu que ya dio, y siempre que el trastorno pase a un órgano importante, haga lo que pueda para vigorizar ese órgano, mientras

prosigue con los esfuerzos anteriores. De este modo, han desaparecido las hinchazones blancas y las dilataciones de las glándulas, y ha sido curada la parálisis de los miembros e incluso la de los nervios ópticos.

Permítaseme hacer aquí una observación: la energía magnética y la fuerza de recuperación del paciente son diferentes de la electricidad, del galvanismo y demás. Son principios asociados con la inteligencia, y marchan juntos hacia el mismo fin.

Hay enfermedades incurables, por supuesto. No obstante, no lo son todas las que consideramos como tales. A veces, la energía natural se aletargó y hay que despertarla. Pueden haberse empleado remedios que fatigaron al organismo, a punto tal que es lento para responder cuando se lo convoca nuevamente. En ese caso, lo adecuado es esforzarse en aumentar la energía vital. Esto acrecentará la fuerza de recuperación y, al final, si la afección es realmente curable, facilitará las operaciones. El paciente aprenderá a desear que usted llegue, y ante cualquier demora, se abatirá.

Du Potet pone como ejemplo las siguientes enfermedades que uno no debe intentar curar:

1. Grandes tumores. El magnetismo tal vez pueda, en ciertos casos, actuar sobre ellos reduciendo su tamaño, pero Du Potet considera que esto es peligroso y agrava el estado del paciente, al poner en circulación una superabundante materia irritable.

2. La acción magnética no es capaz de reducir ni expulsar los cálculos de vejiga. Lo mismo ocurre con cuerpos extraños introducidos en los órganos. Para estos casos, el magnetismo no ofrece esperanzas.

3. Puntos negros en la córnea y cataratas. Es más bien dable esperar que se paralíen los nervios ópticos.

4. Las extremidades que se hallan contraídas desde la infancia y no se desarrollaron junto con el resto del cuerpo.

5. La idiotez congénita.

6. Todo achaque causado por deformación física.

Hay otras enfermedades; los operadores inteligentes tendrán suficiente capacidad como para distinguirlas. Puede influirse favorablemente sobre la tisis al comienzo, pero después de la

segunda etapa, el magnetismo parece resultar nocivo. No hay organismo que retenga la energía impartida, y por esta razón destruye en lugar de restablecer. Unos pocos pases suaves pueden aliviar los síntomas molestos, pero incluso en esto yo tendría mis dudas. La enfermedad es infecciosa y contagiosa, y a menudo se transmite por contacto personal. Los esposos se contagian entre sí, el infante la contrae de la madre, y los amigos cercanos corren mutuo peligro.

Son imperiosas las condiciones tendientes a tener éxito con las enfermedades crónicas. El operador ha de ser perseverante y abnegado, y el paciente debe hallarse tranquilo y en estado de pasividad. No hay que estar mirando la hora. El operador no debe agotar su energía física con arduos trabajos o manualidades. Debe ser abstemio, moderado con la carne y las bebidas alcohólicas. Ha de evitar todo exceso y ser continente. Debe conservar cuidadosamente la energía magnética, en especial cuando se siente muy seguro de ella. En la medida en que el paciente sea más sensible, el operador empleará menos energía. El lapso más largo que durará una sesión no debe superar los treinta o sesenta minutos. Debe tener intervalos de descanso. No hay que hacer que el enfermo se encolerice ni frustrar sus deseos. El operador tiene que confiar plenamente en su propia capacidad; el temor detendrá la corriente de energía magnética. Permanecerá inmutable ante el dolor, los lamentos, la nerviosidad o incluso el sufrimiento del paciente. Debe esmerarse en no hablar mucho. Si habla mucho, con seguridad malgasta su energía.

El magnetizador debe ser médico y saber medicina. Así, posee y crea mayor confianza en sí mismo; está más dispuesto a dirigir sabiamente su esfuerzo y a entender los síntomas misteriosos o alarmantes, y es más inteligente en todos los aspectos.

4. EL SISTEMA NERVIOSO

Después de haber establecido el hecho de que el hombre, a pesar de lo mucho de animal que tiene, puede ser algo más, puede permitírse nos afirmar, de una vez por todas, que ningún animal es, en cualquier sentido legítimo, un hombre rudimentario.

Dejemos que quienes hablan, o más bien parlotean acerca de que la humanidad evolucionó o descendió de esta o de aquella especie animal, observen a sus supuestos progenitores y les tributen filial reverencia, puesto que son propiamente los más animales. Pero insistimos en que retiren sus manos de nuestro árbol genealógico.

“La Ley de la Evolución”, dice Agassiz, “hasta donde entendemos su funcionamiento, es la que controla el desarrollo y mantiene los especímenes dentro de ciclos de crecimiento señalados, los cuales giran perennemente sobre sí mismos; en determinados intervalos, ellos retornan al mismo punto de partida y repiten la misma trayectoria, a lo largo de fases sucesivas. Nunca se ha sabido que estos ciclos oscilaran o se mezclaran; en realidad, las únicas diferencias que se conocen entre individuos de la misma raza son monstruosidades o peculiaridades pertenecientes al sexo, y esto último es tan perdurable y permanente como el espécimen mismo.”

“Toda criatura viva se plasma en un huevo y crece de acuerdo con un patrón o modo de desarrollo que es común a su tipo, y estas formas embrionales son solamente cuatro. Se trata de los radiados, los moluscos, los articulados y los vertebrados.”

Fue Oken quien enseñó, hace tres cuartos de siglo, que el reino animal con toda su diversidad es sólo la presentación minuciosa de cómo es el organismo humano. Según él, había descubierto que los infusorios eran la materia primordial dispersa y diseminada por doquier, cuyo conjunto constituye el hombre. Los vertebrados representan la carne, los huesos, los músculos, los nervios y los sentidos en variadas combinaciones; los peces son animales con espinas; los reptiles, animales con músculos; las aves, animales con nervios; y los mamíferos, animales dotados de sentidos. Los articulados representaban los sistemas respiratorio y circulatorio; los moluscos, el sistema reproductivo; y los radiados, el digestivo. Todos estos elementos dispersos, propios de la vida orgánica, que cumplen distintos fines en los animales superiores, se reúnen en una combinación estructural en el ser vivo de más alto nivel. Esta teoría, tan romántica y atractiva, tuvo sus días de esplendor y se acabó. La última teoría se parece algo a ésta y creo que aguarda ser sepultada con quien la

ideó, en la Abadía de Westminster; en la actualidad, se halla en la capilla ardiente.

No existe prueba alguna de que haya habido una transición entre el hombre y los animales. La metamorfosis, que parece imitar la transmutación de las especies, no hace nada de esta índole. Se trata, sencillamente, de un proceso evolutivo que se mueve en ciclos regulares, retornando siempre al mismo punto de partida y conduciendo siempre hacia el mismo final. Tales son las generaciones alternadas de los animales inferiores y las metamorfosis de los superiores, como ocurre con las mariposas y demás insectos, y en ciertos reptiles, ranas, sapos, salamandras y otros por el estilo. Determinados órganos son perceptibles en una fase de la existencia y desaparecen en una sucesiva. Hasta los vertebrados superiores —incluido el hombre— respiran mediante órganos parecidos a branquias, en la primera parte de su vida. Esas branquias desaparecen y dan lugar a los pulmones, solamente en una fase posterior de su existencia. Todas las metamorfosis tienen la constancia e invariabilidad de otros modos de crecimiento embrional y nunca se ha sabido que conduzcan hacia alguna transición de una especie a otra.

No se ha sabido que las cualidades adquiridas, que se conservaron a lo largo de sucesivas generaciones, induzcan la producción de nuevas especies. En realidad, el hecho consiste en que, cuando un individuo de una raza experimentó una extremada variación en su tipo, entonces degenera y deja de reproducirse; esas variaciones se extinguen como monstruosidades o retornan a su tipo original. Las dotes más nobles son excepcionales y raras veces se heredan; surgen como creaciones, y desaparecen con su época y su generación. No nos es dable esperar que criemos y perpetuemos una raza de Shakespeares, Dantes, Goethes, Platones o incluso Mahomas. En la larga sucesión de eras, entre la aparición y la desaparición de especies, la extinción de una especie y la llegada de otra —desde los primeros períodos geológicos—, los especímenes primitivos se han mantenido inmutables. ¿Cómo hicieron su ingreso estos especímenes? ¿Cómo las especies que sucesivamente los representaron se reemplazaron unas a otras? Estas son preguntas para las que la ciencia no tiene respuesta. Por suerte para nosotros, no es cuestión

nuestra el que tengamos que especular sobre esta materia.

La estructura nerviosa concierne principalmente a quien estudia biología y a quien se propone investigar y conocer al hombre. No somos aficionados que encaran estos temas por el mero gusto que nos proporcionan, sino científicos que estamos en busca de una información más profunda. En consecuencia, nos empeñaremos en considerar los hechos y analogías que nos permitan conocer y entender mejor todo esto.

En el animal vertebrado, durante el período embrional de su existencia, se forma un surco, el cual se convierte en una cavidad que es ocupada por el cerebro y la médula, y un receptáculo en el que se hallan los órganos de la digestión, la circulación y la reproducción. Entre esas dos formas de estructura, surge a lo largo del dorso, debajo del tuétano, un cordón sólido, de sustancia más condensada, el cual llega a convertirse en el espinazo. Un investigador ruso, llamado Kowalevsky, descubrió en los ascidiáceos o almejas de manto cartilaginoso, lo que él supuso que era ese espinazo incipiente. Quienes en cuanto a ciencia son meros aficionados se aferraron a este hecho para mostrar que existía una probable transición biológica de un molusco a un vertebrado, para llegar a la conclusión de que también los animales superiores y el hombre tienen como origen ese ilustre linaje.

La cuestión tuvo un destino desafortunado. Von Baer, famosísimo profesor de embriología, escribió un folleto demostrando que aquel cordón de células de los ascidiáceos no se trataba, en absoluto, de un espinazo rudimentario. No se desplaza para nada por el dorso, sino por el otro lado del cuerpo. Este es un sitio más bien extraño para un espinazo, algo así como si el peto fuera ubicado en la espalda del soldado. Pudo resguardarlo admirablemente en su primera incursión militar, si esta consistió en una retirada.

En resumen, el espinazo que remata en cabeza debe contar con una base apropiada. No es menester que quienes sean afectados a esto, sigan con su cantilena de diversas criaturas indescriptibles, sino que se contenten con considerar que esa estructura es una forma peculiar e incidental de las razas dotadas de ella y creadas o generadas por un principio psíquico, desde la más alta —en tiempo, grado y oportunidad— tal como podemos

determinarlo. No es preciso que nos fastidie la idea de posibles actos creadores reiterados para cada especie. Todo avance cognoscitivo es el resultado de pensamientos que se repiten a su debido tiempo. ¿Por qué los hechos naturales que ocurren fuera de nosotros no pueden ser estrictamente análogos a los procesos que tienen lugar dentro de nosotros? En realidad, esto no es ajeno a lo científico. No veo razón para imaginar que al mundo se le dio cuerda y se lo puso en marcha como un reloj del que su creador no se preocupó más. En lugar de esto, creo que existe una fuerza biológica común, la cual se comunica, un momento tras otro, a cada parte, y que emana de una voluntad capaz de crearlo todo.

Este sistema nervioso del cual hemos oído hablar tanto, no resulta muy fácil de entender. Dependemos de su armonía y salud para todo lo que hace que la vida valga la pena de ser vivida. Difícilmente encontremos un gruñón, alguien que esté convencido de que todo anda mal, y tenga que decir una palabra peyorativa respecto de todo el mundo y todas las cosas, que no esté mal en esa porción de su estructura física. Este hecho es tan corriente, que muchas personas, cuando oyen decir que tal o cual individuo es de temperamento inquieto, entienden de inmediato que sufre un trastorno nervioso. Por lo tanto, se verá que, para empezar, necesitamos definiciones.

¿Qué es un sistema? Escuchamos que esa palabra se utiliza hasta el cansancio. Llamamos sistema al cuerpo; dan ese nombre a nuestra forma de gobierno y a la ubicación de los astros alrededor del Sol, e incluso oí que se aplicaba a peculiares métodos de la práctica médica. Antes de manejarnos con esa palabra, sepamos qué significa realmente. Según la terminología griega, descubro que se la define como el orden que existe en un arte o en una ciencia, mediante el cual las partes se dispersan y regulan con la debida concordancia y correspondencia. El término difícilmente se aplica a lo que carece de armonía y mutua correspondencia. Sin embargo, en una época posterior, cuando la lengua griega no se usaba con mucho sentido crítico y corrección, la palabra se aplicó más indiscriminadamente y, como consecuencia de ello, pasó a designarse con ella a la práctica médica. Según el buen uso ático, sería absurdo aplicarla de este modo.

Procedemos a considerar el eje cerebroespinal. El doctor J. Hughes Bennett lo clasifica sucintamente así: “Debe entenderse como cerebro propiamente dicho, la parte del encéfalo que constituye los lóbulos cerebrales, situada por encima y fuera del cuerpo caloso, y como médula espinal, todas las partes ubicadas debajo de esta gran comisura, las cuales consisten en cuerpos estriados, tálamo óptico, tubérculos cuadrigéminos, cerebelo, puente de Varoli, médula oblongada y médula espinal. De este modo, tenemos una porción craneal y vertebral de la médula espinal”.

Se ha señalado que las diversas razas animales tienen una construcción análoga, en todas las formas del sistema nervioso. Se usó este hecho para argumentar que el ser humano evolucionó a partir de otras razas, pero eso sólo demuestra que el ideal humano, el ideal de la humanidad, existe por doquier en la Naturaleza, dando muestras de que hay un solo principio en todo, el cual lo trasciende todo: la Mente Infinita.

De hecho, la evolución está siempre circunscripta y es siempre circular. Nunca va más allá. Por más baja que esté cualquier estructura rudimentaria viva —ya se trate de un ave, un animal o un hombre— nunca evoluciona más allá de su principio interior innato. La célula o el embrión de una raza, aunque en apariencia sea exactamente similar a la célula o al embrión de otra, jamás evoluciona hasta convertirse en la otra. A lo largo de toda nuestra historia, todas las formas y especímenes han sido los mismos.

Ahora indicaremos cómo evolucionó la estructura nerviosa del hombre. El inicio de toda cosa viviente es un huevo. Este consiste, en cada hembra, en una célula o vesícula, compuesta por sustancia nerviosa o albúmina que, aparentemente, se diferencia de otras células del cuerpo por el hecho de que, en condiciones favorables, puede llegar a ser un individuo vivo distinto. El período embrional comienza después de haber tenido lugar la fertilización y la concepción. La diminuta criatura respira de manera muy análoga a como lo hace un pez. Se trata de un ser que primero se nutre con sustancia zooespermática; luego, con la yema del huevo; y después, con la sangre materna. Cuando ese organismo rudimentario ya se halla suficientemente bien establecido, la membrana germinal se divide en dos capas: la

serosa y la mucosa. En la primera se desarrolla el aparato nervioso muscular. Una porción de esa zona se torna parcialmente transparente, y aparece en ella una línea tenue. Esto se denomina indicio original. Es más ancho y espeso en un extremo que en el otro. Surgen tres pliegues, uno de cada lado y, al encontrarse, se unen formando un pequeño tubo en el que aparece, en hilera, un núcleo de células que se conocen como médula dorsal. En los especímenes inferiores, el organismo no llega más allá de esta médula dorsal.

Se trata de algo análogo a un árbol. Por alguna curiosa razón, el árbol resulta ser un espécimen y un símbolo de carácter general y, tal vez, universal. Platón lo representó con sus raíces en la cabeza y sus ramas en el cuerpo. Nuestros antepasados dinamarqueses y noruegos también compararon a toda la humanidad, en conjunto, con el árbol *Ygdrasil*, cuyas raíces se hallaban en el mundo de los espíritus —por encima y alrededor de nosotros— y sus ramas cubrían toda la extensión de la Tierra. Nosotros mismos somos ramitas en el gran fresno del mundo. ¡Cuántas riñas y ambiciones humanas hacen crujir sus ramas! ¡Cuántas pasiones crean prodigiosos vendavales que lo sacuden!

La médula dorsal es el germen del futuro árbol humano. Un extremo es más espeso que el otro. Es la parte que oficia de encéfalo rudimentario, y en ella aparecen tres células llenas de energía, capaces de evolucionar hasta estructurarse de manera significativa. El epencéfalo es el comienzo de la médula oblongada, con el cuarto ventrículo como cavidad propia; el mesencéfalo constituye los tubérculos cuadrigéminos rudimentarios, con la cisura de Silvio como cavidad propia; y el dentencéfalo inicia el tálamo óptico, con el tercer ventrículo como cavidad propia. La sustancia nerviosa es un líquido transparente, pero finalmente adquiere más densidad. El embrión se encorva continuamente, llevando a una postura anterior a la segunda de estas estructuras cerebrales, o sea, al mesencéfalo. El ojo rudimentario empieza a aparecer como una sustancia que se proyecta hacia afuera. De manera parecida, los oídos rudimentarios emergen del epencéfalo, o sea, de la célula de la médula oblongada. De la parte anterior de la misma célula sale también un par de pequeños haces, los cuales se fusionan para empezar a estructurar el cerebelo.

A continuación, la médula dorsal da lugar a la forma más perfecta, es decir, la médula espinal, la cual se divide en cuatro ramales. Luego, la médula oblongada se achata en la parte superior, y las membranas se dividen, formando un intervalo entre ellas. Este es el cuarto ventrículo.

Ahora aparece una célula doble, el prosencéfalo, o sea, los hemisferios rudimentarios del cerebro. Puesto que el proceso de desarrollo continúa, esta estructura se agranda más que los tubérculos cuadrigéminos y, al avanzar más allá, hacen que esos cuerpos retrocedan hasta quedar detrás de aquéllos. Así es como al más viejo se lo pone al servicio del más joven. El cerebro venidero se subordina al resto.

En resumen, el sistema cerebroespinal se construye de esta manera: se desarrolla una serie de células o vesículas sobre la médula espinal rudimentaria. Con el tiempo, forman la médula oblongada, el cerebelo, los tubérculos cuadrigéminos, el tálamo óptico, los cuerpos estriados, los ganglios olfativos y, al frente de todos, pero destinados a recubrir las porciones anteriores, los hemisferios.

En el orden inferior de los animales vertebrados, sólo aparecen el espinazo, la médula y los comienzos de los ganglios sensorios. En las razas superiores, existe un cerebelo sobre la médula, y los hemisferios cerebrales sobre los ganglios sensorios. Los peces tienen cerebelo, tubérculos cuadrigéminos, hemisferios cerebrales y ganglios olfativos. Los reptiles tienen un órgano cerebral más grande, y las aves cuentan con uno más perfecto aún: más o menos, como el de una criaturita en el tercer mes de su vida fetal. Los marsupiales de Australia se encuentran alrededor de esta etapa. De lo que estamos tratando es de la región frontal del cerebro. Durante el cuarto y el quinto mes de vida intrauterina, se desarrollan los lóbulos medios, y mucho después, los lóbulos posteriores, desde la parte trasera de los lóbulos medios. El tipo original de evolución es el cerebro de tres lóbulos; con él cuentan los carnívoros y los cuadrumanos.

Nuestra siguiente tarea consiste en demostrar algo y exponer un argumento en favor del género humano. La médula espinal se halla ubicada en la mitad del canal vertebral. Es de forma cilíndrica y más ancha en los costados que en el resto. Su exterior es

blanco, pero cuando la cortamos transversalmente descubrimos dos conjuntos de sustancia gris (en forma de media luna en cada sección), las cuales se hallan conectadas por un istmo. Está conectada arriba con el cerebro, y termina debajo con el hueso palomo (o coxis). Ya no se halla regularmente en vida fetal, cuando se extiende hasta el sacro, mientras que en la vida adulta, sólo ocupa dos terceras partes del canal. Se dice que termina hacia la primera de las vértebras lumbares. No llena el canal vertebral sino que se halla como si estuviera suspendida en él. El resto del espacio es ocupado por las raíces de los nervios, ligamentos, revestimientos de la médula, vasos sanguíneos y un líquido.

La médula espinal está rodeada por tres membranas continuas con las de la cabeza: la duramadre, la aracnoides y la piamadre. Esta última abraza muy estrechamente a la médula que la comprime; si le efectuamos una incisión, brota la sustancia blanca.

Desde la columna vertebral se elevan treinta y tres pares de nervios; cada uno de ellos tiene dos raíces: una motora y la otra sensoria. Las raíces anteriores emergen de los surcos anteriores de la médula, y las posteriores de los surcos en los que emerge la materia gris. Esta última es la más grande y tiene más raicillas. También tienen un ganglio en el foramen intervertebral. Las raíces se fusionan más allá del ganglio y forman un solo tronco, el cual atraviesa el foramen y se divide en dos ramas, la anterior y la posterior, correspondientes a las partes anterior y posterior del cuerpo. Sin embargo, no hay regla sin excepción. El primer nervio cervical suele no tener ganglios, y la raíz posterior es más pequeña que la anterior.

He aquí una lista de los nervios de la columna vertebral: ocho cervicales, doce dorsales, cinco lumbares y seis sacros. Los nervios cervicales se desplazan hacia su lugar de destino, de manera transversal, los dorsales lo hacen oblicuamente, y los lumbares y sacros, verticalmente. Los nervios sacros constituyen el hueso palomo o coxis.

La parte blanca de la columna vertebral constituye, en parte, las fibras nerviosas de la columna vertebral, y en parte, las de las comisuras. Solía pensarse que cada una de ellas continuaba ininterrumpidamente hasta el cerebro. Esa opinión es

otra, actualmente. Si las fibras nerviosas continuasen de esa manera, el efecto sería que la médula se engrosaría al acercarse al cráneo, lo cual no ocurre. Es más grande, pero sólo incidentalmente. Esto sucede en los sitios en los que son necesarias muchas raíces nerviosas, pero la médula es más chica en las otras partes. Advertimos un agrandamiento en los sitios en los que las fibras se extienden hacia brazos y piernas. Incluso entonces, la materia gris o la materia vesicular se agranda, al igual que las fibras.

En consecuencia, consideramos que las fibras que, desde el cuerpo, se introducen en la médula espinal, sólo continúan un corto trecho, y luego se unen con las células grises ganglionares. En resumen, cada fibra centrípeta y centrífuga se une con su célula, formando un arco nervioso. La médula espinal es una cantidad innumerable de estos arcos.

Esto hace que pasemos a considerar las funciones de esa médula. Sin duda, como lo demuestran sus secciones, las fibras anteriores son motoras, y las posteriores, sensorias.

La médula espinal transmite impresiones desde lo que circunda al cuerpo hacia el cerebro, o hacia esa persona que, en el cerebro, es la que reconoce las impresiones. También permite que el cerebro o la personalidad ponga en actividad los nervios motores. Si se la divide, hace que todas las sensaciones y movimientos tengan lugar debajo de donde se la dividió. Sin embargo, una parte separada posee fuerza automática. No está muerta.

La sustancia gris o vesicular de la médula es la que, aparentemente, realiza la labor principal de transmitir las influencias. Sin embargo, puesto que la sustancia fibrosa se halla conectada con la otra, también posee una función similar.

La médula espinal no sólo permite que los influjos se desplacen a lo largo sino también transversalmente. Si se la corta por la mitad de un lado, y luego se hace lo propio un poquito del otro lado, la impresión se transmitirá a través de la parte así tratada, aunque sólo la materia gris se halle suficientemente intacta como para transmitirla.

Brown-Sequard parece haber demostrado que las impresiones sensorias que llegan a la médula se trasladan en distintas

direcciones; unas hacia arriba y otras hacia abajo, pero dirigiéndose ambas por distintos conductos, hasta penetrar finalmente en la materia gris y, por ella, llegar al cerebro. Cuando las impresiones se producen en un lado del cuerpo, se trasladan al lado contrario de la médula. El entrecruzamiento tiene lugar en el sitio o cerca del sitio por donde entran en la médula; sin embargo, algunas lo hacen a poca distancia una de la otra. Una parálisis de la sensibilidad en un lado de la médula espinal actúa sobre el otro lado del cuerpo.

5. LOS SISTEMAS SIMPÁTICO Y CEREBROESPINAL

Son variados las denominaciones con las que se conoce al sistema nervioso simpático. Se lo llama “simpático” por la peculiar acción común de todas sus partes y su relación con el aspecto emocional de nuestro ser. También se le da el nombre común de “ganglionar”, por la peculiaridad de su estructura. Está compuesto por ganglios nerviosos, unidos entre sí a veces por cordones nerviosos y, en otras ocasiones, por conjuntos de nervios que son sólo una prolongación de la sustancia nerviosa. Un autor, llamado Solly, usa el término “sistema ciclo-ganglionar”, basándose para ello en que se parece, en su estructura anatómica, al sistema nervioso de los especímenes ciclo-ganglionados o de los moluscos. Otro nombre es “triesplácnico”, denominado así porque tiene tres grandes divisiones correspondientes a las diversas cavidades del cuerpo humano: el cráneo, el tórax y el abdomen. También se lo llamó “intercostal”, porque el gran escenario de su desarrollo se halla dentro de las costillas. Draper, filósofo y fisiólogo, a su vez propuso un nombre que nunca fue adoptado.

A los fines prácticos, lo denominaré indistintamente “simpático” o “ganglionar”. Al mismo tiempo, soy un gran admirador de la designación que Solly propone —“ciclo-ganglionar”— porque expresa con mucha claridad lo que es característico de esta parte del cuerpo físico.

A modo de explicación histológica, debería explicar que la palabra “ganglio” significa “tumefacción” o “tumor”, y que los cirujanos la emplean a veces con ese significado. Lo observamos

con bastante frecuencia en las muñecas de las personas. En fisiología, se la usa para significar conjuntos o grupos de sustancia nerviosa, parecidos a vesículas o ampollitas, y constituidas por células o moléculas fisiológicas. Se supone que son centros nerviosos y que generan o producen fuerza. Hay numerosos e importantes ganglios en el sistema cerebroespinal; el sensorio forma parte de ellas, y la materia gris del encéfalo es ganglionar. Sin embargo, los ganglios constituyen, en el sistema simpático, algo peculiarmente característico. Se trata de un sistema de ganglios, ordenados en relación con ordenamientos y procesos específicos, y todos conectados con un centro común. Haremos bien en subrayar esta cuestión, pues es esencial para entender claramente todo lo que viene después.

El plexo solar es el centro del sistema ganglionar. El término “plexo” se aplica a un sistema entretejido de fibras o vasos; y los nervios simpáticos se caracterizan tanto por su innumerable cantidad de plexos como por los incontables ganglios que existen en cada zona del cuerpo. Todd y Berner, tomando su iniciativa de los antiguos, denominan al plexo solar “el Sol del sistema simpático abdominal”. Solly lo describe como un círculo “ganglioforme” que envuelve el eje celíaco. Esta es una arteria que sale de la aorta, inmediatamente debajo del diafragma. De este círculo “ganglioforme” salen ramificaciones en todas las direcciones, como si fuesen los rayos que emanan de un centro. Emite distintos filamentos que, bajo esta denominación de los plexos, acompañan al plexo gástrico, hepático, esplénico, suprarrenal, renal, mesentérico superior, espermático y mesentérico inferior. Todos éstos derivan del plexo solar.

La principal división del plexo solar es el gran esplácnico. Este surge de la parte superior trasera y atraviesa inmediatamente el diafragma en el lado externo de cada pierna, asciende por el frente de la columna vertebral, dentro del mediastino posterior o continuación del plexo. Finalmente se divide en cinco ramificaciones, las cuales se proyectan separadamente hacia los ganglios sexto, séptimo, octavo, noveno y décimo dorsal. Si examinamos una abertura del nervio simpático, percibiremos que los nervios ganglionares se conectan con los nervios espinales, a todo lo largo de la médula. Hay unos cincuenta pares de gan-

glios simpáticos que se extienden a todo lo largo de la columna vertebral; cada uno de ellos, ya sea cervical, dorsal o lumbar, proyecta ramificaciones que se comunican con los nervios espinales individuales, uniendo así al simpático con el sistema cerebrospinal. El organismo dentro de la pelvis y las extremidades inferiores del cuerpo son abastecidos por el plexo hipogástrico y los ganglios sacros.

Sin embargo, la cabeza y el cerebro se abastecen más directamente. Una rama de los ganglios cervicales superiores entra en el canal carótido, junto con la arteria carótida interna, y se divide en dos ramas, las cuales circundan varias veces la arteria, comunicándose entre sí y constituyendo el plexo carótido. Este plexo es el centro de comunicación entre todos los ganglios del cráneo. También se comunica con la rama mayor de los nervios cerebrales y distribuye filamentos a cada rama de la arteria carótida interna, los cuales los acompañan en su trayecto.

Por cuanto el nervio neumogástrico se distribuye hacia los pulmones, el estómago y el corazón, forma una comunicación con los nervios orgánicos, al igual que con el ganglio solar mismo. A medida que se extiende desde ese ganglio hacia la médula oblongada, tenemos buenas razones para inferir que esta relación tiene mucho que ver con el sistema de la columna vertebral. El nervio frénico se forma mediante la unión de filamentos que provienen de los nervios cervical y simpático y, por lo tanto, cumplen funciones análogas.

Como ya lo dijimos, existe una unión similar entre los nervios del cerebro y el ganglio simpático, dentro del cráneo. El tercer nervio se halla conectado con el ganglio oftálmico; el sexto, con el ganglio cervical superior; el quinto, con el esfeno-palantino y los otros ganglios, y así a través de esta categoría.

El tejido nervioso que constituye el sistema ganglionar es distinto del correspondiente al sistema cerebrospinal. Ambos consisten, en parte, en una sustancia gris, y en parte, en una sustancia blanca; ambos son abastecidos por la membrana fibrosa denominada neurilema. Sin embargo, las sustancias gris y blanca del sistema ganglionar se hallan inextricablemente entretnejidas en todas partes; la sustancia blanca es homogénea, contiene poca materia oleaginosa, pero es un tanto fibrosa. Las

sustancias gris y blanca del sistema cerebrospinal se hallan siempre separadas, y la gris sólo se encuentra en las partes centrales del sistema; la sustancia blanca es fibrosa, contiene mucha sustancia oleaginosa, pero carece de fibrina.

El volumen del sistema ganglionar es casi inimaginable. Se halla tan diminutamente ramificado que es imposible pinchar algún sitio de él con la punta de un alfiler sin lesionar y destruir muchas de estas pequeñas ramificaciones. Son tan pequeñas que, en muchos casos, resultan invisibles. Igual que el tejido parenquimatoso, se halla entretelado con cada parte del organismo y constituye, según Davey, una gran parte del volumen y del peso de todo el cuerpo.

Solly duda de que todos los animales se hallen dotados de esta peculiar estructura. Es posible percibir los filamentos nerviosos de los radiados, y Anderson dice acerca de ellos, que están formados por “una serie de glóbulos nerviosos, ordenados longitudinalmente”. Solly describe así el organismo de una estrella de mar: “Todos sus ganglios son de iguales dimensiones; ninguno predomina en tamaño sobre el otro ni difiere del resto en su función; no existe una concentración de la fuerza, y todos se proyectan por igual”. Esta descripción muestra que, en los animales, existe el sistema ganglionar. Los moluscos ponen de manifiesto un ganglio solar análogo a similares ganglios existentes en el hombre. Dicho ganglio proyecta filamentos hacia los ojos. El caracol y la babosa muestran con mayor claridad cómo este organismo y esta concentración de la fuerza se hallan en la cabeza, y que este ganglio es análogo a la médula oblongada. Es probable que, acto seguido, debamos señalar que existe un nexo con la familia de los moluscos.

Fue por ello que Anderson se empeñó en estudiar a fondo la embriología humana y cuán semejantes son los seres humanos, en sus etapas de crecimiento fetal, con los diversos animales. Dice: “Ya he reseñado que el primer óvulo humano aparecía antes de cualquier embrión, y he señalado la analogía que existe entre ese óvulo y la semilla de las plantas, los infusorios inferiores, las mónadas, etcétera. También he hablado del embrión primitivo propiamente dicho, describiéndolo como una masa diminuta, esférica y homogénea, en la que se suponía que el siste-

ma nervioso era molecular, como en los acris, gastrópodos y entozoarios. A medida que el embrión se desarrolla, aparecen los filamentos nerviosos, los cuales, como los concibiéramos en los radiados, se forman mediante una serie de glóbulos ordenados longitudinalmente; estos nervios —sin duda, simpáticos— se forman entonces antes de la médula espinal y del cerebro, y también antes de que se comuniquen con esos dos órganos. Teidemann considera que este fenómeno se expresa mejor con la ley general de organización planteada por Serres, la cual dice que el desarrollo del sistema nervioso avanza desde la circunferencia hacia el centro. Esto se halla también muy de acuerdo con su desarrollo según las leyes de la anatomía filosófica, planteada por Carus. Ahora bien, al reflexionar sobre el estado del sistema nervioso de los animales ya descritos, hallamos que los filamentos existen en muchos de ellos, sin que se aproximen para nada al carácter de la médula espinal; se trata de un mero sistema ganglionar. Sin embargo, cuando llegamos a los articulados, observamos un orden longitudinal de ganglios muy aproximados, que forman un doble cordón nervioso, el cual se extiende a lo largo de la superficie ventral del animal, en cuyo extremo superior, en el aspecto dorsal, se desarrolla un ganglio cerebral. Esto es sumamente interesante, por el estado similarmente rudimentario de partes parecidas que existen en el embrión humano, el cerebro y la médula espinal, cuyos primeros rudimentos visibles —según Tiedemann— aparecen entre el quinto y el sexto mes, bajo la forma de un líquido vesicular blanquecino, que se halla contenido en un canal o tubo membranoso, en el tronco, cuyo destino es la cabeza, formando allí una cavidad o bolsa. En la séptima semana, la médula espinal es grande y espesa, y los rudimentos de las dos columnas laterales se ponen de manifiesto bajo la forma de una clara raya pulposa: se trata de una raya nerviosa, muy parecida a lo que describí en los ascáridos. En el extremo superior, da forma o se halla contigua a una masa de sustancia medular, cuya parte más desarrollada puede considerarse análoga al ganglio cerebral de los articulados y moluscos gasterópodos, el cual representa los lóbulos ópticos de los vertebrados inferiores, los tubérculos cuadrigéminos de los mamíferos”.

Está de moda que muchos filósofos mediocres ubiquen así nuestros orígenes, para señalar la probable evolución de los seres humanos a partir de distintos animales. Sin embargo, por alguna razón, ningún embrión humano, cuyo desarrollo parcial se haya interrumpido por aborto u otro accidente, jamás sobrevive como uno de esos animales inferiores. Vemos a muchos individuos inferiores que se parecen bastante a los animales, pero siguen caminando con dos piernas.

El doctor Carpenter es muy claro y categórico, al remontar cada forma viviente a una célula original; declara que todos los tejidos se desarrollan por medio de células. Dice que se hallan en actividad allí donde no puede descubrirse tejido nervioso alguno. Sin embargo, Anderson denomina a esta célula o molécula prístina “glóbulo nervioso”, asiento u origen de la “sensibilidad nerviosa”.

Aquí se me ocurre que, si la célula o molécula prístina, que vive y se desarrolla, es un glóbulo nervioso, entonces también lo es el óvulo que constituye el inicio de toda forma viviente. La química de los animales muestra que la secreción espermática de los machos es de una sustancia parecida a la sustancia nerviosa. Aparentemente, la estructura nerviosa fue el rudimento del resto, y si esta hipótesis es cierta, entonces todo nuestro cuerpo, ya se trate de una membrana, un vaso, un músculo o un tejido, es sólo el resultado o el producto del sistema nervioso o de otra forma de sustancia nerviosa. Existe una analogía que sirve de apoyo a esta conjetura, la cual coincide estrictamente con la unidad que caracteriza a cada porción de la Creación. Cuando instintivamente todo lo que pertenece a nuestras emociones y afectos lo referimos a la región frénica del cuerpo, nos remontamos a los principios originales. Lo interior de nuestro ser comienza con un afecto; lo exterior, con una peculiar estructura nerviosa, la cual, como ninguna otra parte del cuerpo, es el órgano del afecto.

La segunda división, general y superior, del sistema nervioso se denomina comúnmente sistema cerebroespinal o eje cerebroespinal. Está compuesto por la médula espinal, los nervios del cerebro y los ganglios. Hay dos clases de estructura nerviosa: la fibrosa y la molecular o vesicular. Los emplazamientos de esta última son diversos; la primera da la impresión de conectar

entre sí los nervios vesiculares o ganglionares; los centros ganglionares y nerviosos —como se acostumbra denominarlos— reciben las impresiones y dan origen a los movimientos. El cerebro mismo sirve para registrar las impresiones de las circunstancias externas y da origen a los procesos intelectivos.

En consecuencia, a esta altura, la mente y el físico se encuentran. La posición de cada cosa viva en la escala del ser depende directamente del grado de desarrollo de su sistema nervioso. Es muy significativo, en este asunto, que cualquiera que sea la posición que físicamente se asigne a un animal, o incluso a un ser humano, nuestra medición final la efectuaremos metafísicamente. Determinamos que la elevación y la perfección del sistema nervioso son las que activan y ponen en funcionamiento a la mente y a las sensaciones y, a continuación, evaluamos a la persona o a la criatura por el modo de ser que se halla más allá del organismo físico. Ninguno de nosotros prescinde de la metafísica ni de la verdad psicológica.

Draper, quien parece ser el más filosófico de nuestros autores dedicados a la fisiología, es quizá casi presuntuoso al abogar por esta última. Dios geometriza, dijo Platón. Dios materializa siempre, afirma Draper, y añade: “Estoy persuadido de que el único camino que conduce hacia la verdad en la filosofía de la mente es mediante un estudio del mecanismo nervioso. A pesar de cuanto puedan decir en contrario los filósofos especulativos, el avance de la metafísica es mediante el estudio de la fisiología”. No estoy dispuesto a aceptar esta afirmación, pues raras veces es bueno reservarnos lo que opinamos respecto de cualquier persona o doctrina de adversarios o rivales. Tuve la suerte de haber tomado contacto con muchas personas que aparentemente sostenían que sus propios conceptos, ideas e inspiraciones eran tal vez superiores a todos los demás conocimientos y experiencias. Mi línea de conducta general consiste en aceptar sus dichos sin entrar en controversias o discusiones, salvo que esas personas se empeñen en emplear sus pretensiones como justificación para ejercer dominio sobre mí. Entonces, suelo descharlos como meros pretenciosos. Pero en los casos en los que pueda abstenerme de ello, no habrá quien se encargue de defenderme.

Aunque difícilmente estoy dispuesto a aceptar la autoridad del profesor Draper en cuanto a lo que él expresa, mi modo de proceder fue igual en todos los casos. Lo que él dice acerca de los viejos filósofos se parece a esas manifestaciones de menoscabo, propias de otras personas, y constituye una mera negación y crítica de lo que él no conoce. No haremos caso de esto, pues sabemos que, así como la Biblia sobrevive a todos los escépticos, de igual modo los filósofos pervivirán. Si bien dejo constancia de mis salvedades respecto de Draper y de todos los que piensan de esa manera, no obstante ello me propongo sacar de sus métodos todo el provecho posible.

Es un hecho histórico que muchos de nuestros filósofos y naturalistas más capaces se iniciaron como médicos. A menudo es discutible si quien estudia medicina es probable que llegue a ser un buen médico. Todos los conocimientos que los libros y las facultades puedan dar no capacitarán para ello. Lo más íntimo del propio ser es lo que constituirá a la persona y, en ese sentido, el enorme peso de la ciencia no logrará servirle de ayuda. Sin embargo, el conocimiento que así se adquiere es, incluso entonces, una ventaja invalorable. Entonces, la persona se halla mejor preparada para cualquier estudio o labor que esté dispuesta a emprender. Se es más hombre o más mujer —si se me permite decirlo— por lo que uno aprendió, y se es menos hombre o menos mujer, por todo lo que uno ignora.

Volvamos ahora al mecanismo de los nervios. Se divide en dos sistemas: el cerebrospinal y el simpático. Estos se dividen, a su vez, en el fibroso y el vesicular. Las fibras del sistema simpático son muy distintas de las del cerebrospinal. En este último son tubos revestidos o envueltos con un neurilema y contienen una sustancia semilíquida y traslúcida. Un examen más detenido mediante microscopio, nos muestra una médula o tuétano blanco, contiguo a esa envoltura, la cual lleva el nombre de quien la descubrió, o sea, sustancia blanca de Schwann. Dentro de ella hay una sustancia grisácea, a la que suele considerarse como el eje del cilindro nervioso.

Ese eje se forma en primer término, durante la vida prenatal; y después, la sustancia blanca se plasma alrededor de él. No hay razón para dudar de que las dos sustancias tienen funcio-

nes distintas y difieren entre sí en cuanto a polaridad y revestimiento. El neurilema es una estructura en la que abunda el nitrógeno; la sustancia blanca es, en mayor o menor medida, un hidrocarbano o una materia oleaginosa; y se supone que la sustancia grisácea del interior es nitrogenada. La materia del neurilema tiene cierto parecido con el tejido elástico, y el eje cilíndrico es proteínico.

El ácido acético o una fuerte solución alcalina disolverán el neurilema; sin embargo, no es afectado por los álcalis diluyentes ni por la ebullición. El eje cilíndrico no se disolverá en ácido hidroclicórico y sólo se disolverá, con dificultad, en ácido acético y en una solución de nitro. Sin embargo, el alcohol coagulará la sustancia nerviosa dentro del neurilema, especialmente la sustancia blanca. En este estado, es sumamente destructible. El nervio así afectado puede retomar la actividad normal hasta que la circulación haya quitado el coágulo, reemplazándolo con sustancia nueva. Las fiebres e inflamaciones actúan de manera análoga.

Las fibras del sistema simpático son más pequeñas que las demás, y su tamaño es sólo la mitad de ellas, más o menos. No muestran una estructura distinta y dividida ni con un eje cilíndrico gris ni sustancia blanca, sino que contienen numerosos corpúsculos y células nucleicas. Esto muestra que no cesan de conservar su carácter ganglionar. Puesto que las células generan fuerza, se advertirá que las fibras simpáticas mantienen todo el tiempo el suministro de energía vital. Un nervio consiste en una gran cantidad de fibras. Cada una se halla envuelta en su propia cobertura, y todas tienen, además, un neurilema común. Cada fibra se halla unida con las demás, por medio de tejidos fibrosos o conjuntivos. Algunas fibras pertenecen al sistema cerebroespinal, y otras, al sistema simpático.

La sustancia nerviosa vesicular está constituida por células que se nuclean, las cuales contienen sustancia granular y molecular, entremezclada con gránulos pigmentados. Estas células suelen contener un "nucléolo" en cada núcleo, y los núcleos se hallan a menudo ausentes en los vertebrados. Las vesículas pertenecen a los centros ganglionares o nerviosos. Sus muchas formas superan toda eventual denominación: semejan esferas o bien tienen figuras ovaladas o con cola, y apéndices llenos de gránulo-

los; se comunican con similares apéndices provenientes de otras células o conservan su continuidad con los ejes cilíndricos de las ramificaciones nerviosas. En consecuencia, percibimos que el interior grisáceo de las ramificaciones nerviosas es una continuación de la sustancia similar existente en los ganglios nerviosos. Las vesículas ganglionares tienen abundante aceite fosforado, y se conjetura que la oxidación de ese aceite condiciona el funcionamiento de aquéllas.

La función de las ramificaciones nerviosas consiste en ser conductos de las impresiones. Las impresiones que afectan a los extremos externos se transmiten a los centros ganglionares, y las influencias que se originan en los centros son conducidas por los troncos nerviosos, en dirección a las zonas del cuerpo por las que se distribuyen. Por lo dicho, percibimos que hay dos conjuntos de fibras: una es centrípeta, y la otra, centrífuga. Es habitual denominarlas fibras del motor centrífugo y del sensorio centrípeto.

No hay anastomosis (conexión) entre los conductos nerviosos. Cada uno tiene su propia función, no puede hacerla recaer en otro ni cumplir lo que otro deba hacer. El nervio centrípeto o sensorio nunca pueden cumplir la función del centrífugo. De igual manera, en los nervios sensorios especiales, el óptico no puede transmitir las impresiones sonoras ni el auditivo, las luminosas. Los nervios sensorios comunes no son afectados por unos ni por otros. Sin embargo, ¡es fácil comprender la absurda expresión de Bottom en *El sueño de una noche de verano!*: “Ni el ojo del hombre ha oído, ni el oído del hombre ha visto, ni la mano del hombre ha sido capaz de gustar, ni su lengua de concebir, ni su corazón de dar cuenta de lo que fue mi sueño”.

Muchas han sido las especulaciones y suposiciones en torno de lo que la corriente nerviosa era realmente. Se la llamó electricidad, sin que la experimentación pruebe esto en absoluto. La corriente nerviosa no se desplaza con una velocidad tan aproximada a la de la electricidad por un conductor metálico. Helmholtz realizó numerosos experimentos, los cuales aparentemente indicaron que la corriente se desplazaba, en un cerdo, aproximadamente entre los 1,829 y 2,438 metros por segundo, y en un hombre, 65,960 metros por segundo. Existe gran analogía entre la estructura de

un nervio y un cable eléctrico. El eje cilíndrico está rodeado por una sustancia blanca aislante, y ésta, a su vez, por la envoltura. Sin embargo, los experimentos han sido imperfectos. Se actuó sobre el nervio en su conjunto, sin intentar separar el eje cilíndrico y examinarlo solo. Empero, si se hubiera cortado un tronco nervioso, poniendo un trozo de metal entre ambas secciones, se habría descubierto que el influjo nervioso se detiene y no pasa.

La condición física de la cual depende la actividad nerviosa, consiste en el suministro de la sangre arterial. Sin embargo, las fibras no alojan vasos capilares. Ambos corren parejos en los haces nerviosos, y aparentemente eso es todo. ¿Existe polaridad entre ellos? Esto es más que probable. Sin embargo, los centros ganglionares o nerviosos tienen una provisión más abundante. Basta con que se interrumpa la circulación de la sangre para que los ganglios sucumban rápidamente, mientras que las fibras sobrevivirán durante un tiempo considerable. Esto hace que muchos supongan que la vida se halla realmente en la sangre, pero nosotros rechazamos esto. La sangre sirve de apoyo y contiene el alimento o la materia que nutre, vigoriza y repara las estructuras; en resumen, corrigiendo la traducción de las palabras de Moisés: "La sangre da vida a la carne". Por supuesto, como lo sabe toda persona familiarizada con la lengua hebrea, "carne" significa toda la estructura corporal.

Los centros nerviosos o ganglios son los que sirven para recibir impresiones y originar influjos. Están constituidos por vesículas, gránulos, materia molecular y ramificaciones nerviosas. Es necesario que conozcamos claramente sus funciones. Si examinamos su anatomía, percibimos que su peculiar influencia pasa por cada vesícula y penetra en la fibra nerviosa, atraviesa el eje cilíndrico y se aísla ahí con la sustancia oleaginosa blanca, denominada "de Schwann", que lo rodea. Sin embargo, cuando la impresión se traslada desde el extremo de la fibra hacia la vesícula, hay muchas vías de escape. Muchas de estas vesículas tienen numerosos trayectos o extensiones, cada uno con su propia fibra nerviosa, a través de la cual la impresión puede transmitirse y difundirse a otra parte. Además, por cuanto la vesícula está compuesta por materia granular, es capaz de esparcir la influencia en otras direcciones.

Capítulo IV

EL PODER DE SANACIÓN

por *James Leith Macbeth Bain*

1. LA PALABRA DE PODER

Es imposible calcular el servicio de sanación que podemos prestar con la Palabra de Poder. Sin embargo, si hemos de prestarlo, debe tratarse de una Palabra de Poder propia del alma que la pronuncia y del momento en que se la pronuncia. Ahora bien, el alma recibirá siempre su propia Palabra de Poder si es capaz de escuchar la voz de su Divinidad. Con seguridad, mientras aguarde pacientemente en su propio Dios vivo, esa alma recibirá, de ese conocimiento y esa sabiduría eternamente presentes, cercanos, pero infinitos, la Palabra que precisamente necesita para esa ocasión.

La consciencia espiritual se eleva o vigoriza mediante el uso de la Palabra de Poder, y las fuerzas del alma personal se combinan y unen para servir. No puedo decir de cuánta ayuda ha sido para mí el uso de la Palabra de Poder. Por esta razón, cuando repito la frase “Dios es bueno”, o sencillamente digo: “Dios, Dios, Dios”, es como si yo estrechara algo vivo y muy querido entre mis brazos y, al mismo tiempo, estuviera absorbiendo su dulzura en mi alma y mi carne. Entonces, todo mi ser se estremece jubiloso y extasiado, y la alegría que siento es verdaderamente inefable.

Ahora bien, estas palabras, aunque tienen muchos modos de expresarse, son esencialmente una sola, y esa palabra es Dios. Por lo tanto, concretamente, puede ser cualquier palabra, poseedora de un sonido sagrado, la cual llega a nosotros en ese

momento y pronuncia la nota y la modalidad presentes y reales de la fuerza de Dios en nosotros, que es nuestra virtud actual.

Algunas expresiones que nos han servido muy eficazmente son las siguientes: "Sólo existe Dios" y "Dios es bueno", "Amor", "Sabiduría", "Fuerza", "Paciencia", "Cálmate", "Resiste", "El me bendice", "El restaura mi alma", "Bendición, Bendición, Bendición", "Cristo, mi Sanador", "Cristo, mi Salvador", "Cristo, mi Redentor", "El Santo Nombre", "Dios"... Lo repito, no puedo decir cuánto me ha ayudado el uso de estas Palabras. En verdad, he comprobado su Poder de Vida.

Sin embargo, lo que esas Palabras han sido para mí es sólo una muy débil referencia al enorme servicio que me prestaron, pues ya hace muchos años que las uso para servir a muchos seres que las necesitan en los mundos visibles e invisibles. En un escrito mío, digo cómo empleé estas palabras para servir a desencarnados entre las ruinas de casas antiguas, en los páramos, colinas y cañadas de las tierras altas de mi Escocia natal y en otros sitios. Además, uso la Palabra en todo tiempo y circunstancia. Por lo demás, últimamente he viajado mucho, desde mi hogar en Londres, ida y vuelta, en trenes atestados de trabajadores, a las seis de la mañana y a las seis de la tarde. Y cuando estoy sentado con esos queridos obreros, compañeros en la Vida, empleo la Palabra para bendecir sus fatigadas almas y sus débiles y rendidos cuerpos. Exhalo la Palabra sobre todos ellos: "Dios es bueno", y con mucha frecuencia percibo, con total claridad, un cambio gradual en sus expresiones, y la tensión y la dureza de sus rostros da paso a una suave relajación de los nervios y músculos faciales.

Puedo asegurar que éste es un trabajo interesantísimo, capaz de hacer que los viajes sumamente tediosos se acorten y se vuelvan muy placenteros, y de esta manera sean de ayuda para cualquier persona que viaje con uno, y para que preste siempre este servicio a más de un ser a quien conozcamos, porque después de un instante de silencio, basta con mirar alrededor para que sepamos de inmediato a quiénes o a quién podemos servir mejor de este modo. Y doy fe de que es sumamente interesante observar el progresivo efecto de ese tratamiento. La persona lo pondrá de manifiesto con un suspiro de alivio, una mirada de renovada es-

peranza y jovialidad, o con un aire de nuevo coraje para afrontar la lucha. Otra persona mostrará ese efecto quedándose tranquilamente dormida o cerrando sosegadamente sus inquietos y fatigados ojos para darles reposo. Otro individuo mostrará ese efecto de una manera más positiva. Si usted le presta atención, tal vez descubra que él, de modo más bien impreciso, advierte que uno se halla de alguna manera, bien predispuesto hacia él. Esto es lo que él interpreta, en su consciencia, acerca del hecho oculto — seguramente conocido en lo más íntimo de su ser— de que uno le está enviando la fuerza del amor y le está ayudando. Sin embargo, el efecto suele ser mucho mejor en aquellas circunstancias en las que las personas no saben lo que uno está pensando de ellas y, por esta razón, me esmero en evitar despertar en ellas esta sospecha, incluso con una mirada. Esto se debe a que estas fatigadas víctimas de sus propios afanes, son naturalmente —en realidad, anormalmente— muy suspicaces, por obra de las condiciones totalmente inhumanas en que transcurre su anómala existencia.

Este tratamiento superpersonal afecta a cada alma, en proporción a la ubicación actual de esa alma. Y en caso de que el sanador sea suficientemente perceptivo como para escuchar la voz interior, entonces recibirá siempre, del Genio Sagrado, la Palabra de Poder más adecuada para que la use con aquella persona a la que está tratando; la insuflará en esa alma durante el tratamiento, para que mejore mental o físicamente.

Podemos cumplir este servicio en cualquier sitio en el que nos encontremos. Por esta razón, mientras por la mañana aguardamos nuestro coche en Mansion House, podemos pronunciar la Palabra para quienes manejan las finanzas y el comercio, cuya sede está allí, o incluso recitar el Evangelio de nuestro Cristo a los genios de la Vieja Señora de Threadneedle Street, diciéndoles: “Sólo Dios existe”. Efectivamente, envió la Palabra —”Dios, Dios, Dios”— en medio de ellos, dentro de sus zonas vitales, y sé que allí realizará su gran obra de redención, emancipación y transmutación, y que, al cumplirse su tiempo, su reino se convertirá en el reino de nuestro Dios e incluso de nuestro Cristo y su justicia. Mientras prestaba el mismo servicio, yo recorrí la calle Throgmorton y la de Saint Paul, y puedo asegurar que ¡se lo necesita tanto en esta última como en la primera!

La Palabra de Poder puede usarse de múltiples maneras como método de sanación. Así, por ejemplo, podemos dirigirnos a nuestra Divinidad interior, incluso a nuestro Yo verdadero, cuando procuramos curar a los demás o a nuestra propia persona y, por lo tanto, debemos decir: “¡Oh Santo Ser, tú eres mi salud, y en esto no hay enfermedad!”. O podemos usar la Palabra que llega a nosotros desde lo profundo de la Consciencia Divina, como por ejemplo: “Bendito sea el Santo Nombre” y, mediante el uso reiterado de esta Palabra, el Poder vendrá desde nuestro Yo Supremo; o, si preferimos expresar esto así, los Poderes de Dios formarán parte de nuestra alma y, de este modo, realizarán la gran obra de la mano sanadora del Cristo.

No puede dudarse de que, en nuestra época, cuando la prostración nerviosa es tan corriente, el valor de la autosugestión, como forma de afirmar lo Bueno, se pone de manifiesto más que cualquier otra cosa, porque estos trastornos y otros parecidos, —los cuales tienen su origen en la mente— deben ser tratados mentalmente para que resulten eficaces, o sea, para que sean eliminados. Y cuando advertimos que ese estado representa una amenaza para nuestra tranquilidad, no podemos hacer nada mejor que afirmarle a nuestra propia alma que todo está bien, y que no puede ser afectada y mucho menos, dañada por poder negativo alguno. Así es como nosotros —usted y yo, que somos verdadera y esencialmente Divinos— podemos tratar nuestra alma o mente, tal como podemos tratar nuestro cuerpo, una vez que nos dimos cuenta, de una vez por todas, que la psiquis o el alma, no es personalmente más divina, libre de pecado y santa que nuestro propio cuerpo de carne.

Si efectuamos este tratamiento hasta triunfar, entonces descubriremos que estos períodos de trastorno han sido, en realidad, de acumulación de fuerzas. Descubriremos que de toda esta tormenta y fatiga y de todas estas angustias y agonías del alma, ha emanado una nueva fuerza de voluntad. En verdad, hemos ganado un bien espiritual, y nuestro carácter es más fuerte y apto para servir a la Vida que antes de experimentar ese tormento. El servicio que se presta a la Cruz es verdaderamente maravilloso, en cuanto potencia benéfica. El orden que la vida adquiere es verdaderamente prodigioso en cuanto a belleza.

Asimismo, cuando nos sentimos deprimidos, abúlicos o físicamente abrumados —¿quién no se ha sentido así?— he aquí una Palabra adecuada para tratar con ella a nuestra débil personalidad: “Oh Cristo, te amo. Bendice a todas las almas. Amor, Amor, Amor”. La razón de esto es que, si decimos esto repetidas veces, sentiremos, a su debido tiempo, el influjo del Poder del Amor, y surgirá el sagrado Poder de nuestro ser para dar la bienvenida a nuestro Salvador.

Esta es la Palabra de Poder que se usa para abrir el alma a fin de que reciba la Vida que es superior a su estado actual de conciencia, al igual que para elevarla hacia lo mejor, a lo que ella es capaz de aspirar. Y no olvidemos que, cuando nos sentimos totalmente enfermos de cuerpo y mente, y todo el cielo de nuestra vida parece cerrarse a nuestra visión, y desde ningún punto de vista natural podemos esperar nada bueno, entonces es el momento para que nuestra Divinidad esencial triunfe por medio de una fe viva en nuestro Dios vivo y siempre presente, porque nosotros, como espíritu o voluntad viva podremos entonces decir a nuestra alma perturbada: “Todo está bien, y todo estará bien. No temas. No te perturbes. Este nerviosismo, esta depresión y esta apatía pasarán seguramente, igual que tantas otras cosas”. Así será si, en esa ocasión, capeamos la tormenta valiéndonos para ello de la tranquila fortaleza de nuestra fe viva en el seguro orden de Dios, y mediante cada uno de esos triunfos obtenemos renovadas fuerzas para afrontar y vencer toda negatividad. Entonces, cada uno de esos logros de nuestra propia fuerza es un logro para el alma de la humanidad, y ¡solamente esto es lo que importa a todo hombre y mujer de verdad!

2. LA SANACIÓN MEDIANTE EL PODER DE LOS OPUESTOS

Nuestra sanación depende siempre de que recibamos lo que necesitamos para que nuestra vida sea plena. Esto último consiste en nuestra salud, y la logramos cuando se nos proporciona un elemento sin el cual se nos impide —o así lo pensamos o suponemos— vivir con plenitud cuando estamos enfermos o sufrimos un malestar.

Por ello, en el caso de que una enfermedad haya sido producida por prolongadas estridencias sonoras, formas groseras, feos colores o pensamientos desagradables, se la puede curar mediante sonidos, formas o colores que sean bellos, o con pensamientos placenteros. Asimismo, si surge un malestar —por ejemplo, el que se manifiesta como desasosiego, lo cual ocurre con frecuencia, o debido a un silencio excesivo o demasiado prolongado— sólo se lo puede curar recurriendo a los sonidos, y esto, para algunos oídos delicados, es no sólo valiosísimo sino también absolutamente indispensable.

Y esto es así en toda la gama de los santos servicios que en la vida se prestan, dentro de lo que humanamente poseemos, lo cual es grande y absolutamente perfecto. Cualquier afección cuya causa sea el calor excesivo, se cura mediante frío. Cualquier malestar ocasionado por excesos en las comidas, sólo puede curarse con ayuno. Cualquier enfermedad cuyo origen sea el excesivo trabajo, sólo puede cesar si se descansa. Cualquier trastorno causado por el ocio —lo cual es más común que todo lo anterior— sólo puede curarse mediante trabajo. Aquellas personas enfermas por el horrible y mortal tono grisáceo de nuestros grandes centros urbanos, sólo pueden curarse merced al suave y vivo verdor de la bella campiña.

Quienes están enfermos por el tedio y la desolación del descampado, pueden curarse mejor viviendo en ciudades populosas. Necesitan esa atracción que es propia de la muchedumbre y que no encontrarán en el yermo.

Aquellos individuos cuyos delicado sistema nervioso está muy tenso a causa de las fuertes y veloces vibraciones, propias del aire puro y de la luminosidad de la alta montaña, pueden curarse mejor cuando respiran el aire más denso de las llanuras o del mar.

El cerebro que sufre agotamiento por excesiva concentración en el trabajo, puede a menudo curarse con algo que divierta la vista y el oído de la persona, o incluso con el bullicioso regocijo propio de un ser de carne y hueso.

Y el ser humano excesivamente riguroso, cuya vitalidad nerviosa y corporal se halla sometida a una gran tensión por su desinteresado anhelo de servir, puede recuperar el delicado equi-

librio de la salud, visitando algún sitio en el que haya una diversión inocente, aunque propia del mundo. Todo, sin excepción, ha de hallarse donde corresponde, cumpliendo el debido servicio a la Vida. Esta es la Voluntad de Dios, la cual es buena. Y los cambios de ambiente y mentalidad tienen por objeto servir a esta santísima Bondadosa Voluntad para que disfrutemos plenamente nuestra vida actual.

Cualquier afección que sea producto de excesiva soledad, habitualmente por demasiado aislamiento —y no podemos decir cuántos trastornos nerviosos y mentales tienen esta causa!— sólo es posible curarla sirviendo a la comunidad, comulgando fraternalmente en el santo Amor de Cristo, cuya bendición llega a nosotros relacionándonos socialmente con nuestros semejantes y sirviéndoles, pues esos servicios que les prestamos son, en verdad, los santos ritos y las ceremonias sagradas de la Iglesia del Dios Vivo entre los hombres.

Cualquier dolencia que surja por excesiva introspección o contemplación espiritual o estética, sólo puede eliminarse ocupando la mente y el cuerpo —sí, tanto las manos como la cabeza— incluso en aquellos asuntos más externos y totalmente mundanos que aparentemente son simples trivialidades de nuestra vida.

Cualquier trastorno mental, generado o fomentado porque tomamos todo muy en serio o por el modo con que vemos la vida en general, podemos eliminarlo mejor, utilizando las rápidas vibraciones de la luz, la alegría o la mera creatividad.

Y cualquier trastorno nervioso o mental, generado por la constante compañía de alguien que nos aburre y deprime, o acentuado por una impaciencia persistente, prolongada o crónica —y he sabido de muchísimos trastornos cuya causa es ésa— sólo puede remediarse, o sea, sólo puede dejar de existir, mediante el Sagrado Poder de Cristo, con la suave musicalidad y la naturalidad entusiasta y vivaz de una voz fresca, dulce y vital. ¡Cuántos lectores saben muy bien lo que quiero decir! ¡Con cuánta frecuencia han podido comprobar que es verdad lo que digo!

Por lo ya expresado, puede colegirse que, en el trascendental y sagrado servicio de sanación, no debemos pasar por alto la importancia muy concreta de lo que nos rodea.

Si la sanación se realiza apelando a lo contrario o a lo complementario, entonces, como sanadores hemos de procurar que la persona que, por ejemplo, sufra de digestión lenta o difícil, no viva con quienes tienen problemas estomacales sino que disfrute la compañía —y respire el mismo aire hogareño— en caso de que todo esto sea posible de quienes tienen un estómago fuerte.

Lo mismo puede decirse sobre toda clase de trastornos físicos, psíquicos y mentales. No obstante ello, quienes padezcan debilidad nerviosa deberían vivir con personas cuyos nervios sean sanos, o sea, con las que posean un sistema nervioso en buen estado, fuerte y bien equilibrado, y no deberían convivir, dentro de lo posible, con quienes tienen el mismo trastorno y tampoco con aquellos individuos menos evolucionados, cuyo sistema nervioso se halle más bien en el plano animal y cuya sensibilidad ausente o débil suele confundirse con imperturbabilidad o sangre fría.

Con estas aclaraciones, el amable lector podrá advertir cuán poco sanos son nuestros generalizados tratamientos actuales para quienes padecen debilidad mental o trastornos de igual carácter. En realidad, no está de más decir que, si eso se hiciera deliberadamente, resultaría difícil idear un plan más contrario a un cuerpo sano, una mente sensitiva y un alma pura que esta mezcolanza que con ellos se hace, obligándolos a soportar compañías totalmente destructivas, dolorosas y, en consecuencia, perjudiciales. Oramos para que todavía se nos permita servir, tal como quisiéramos, en esta causa que consideramos sumamente necesaria.

3. EL CRISTO DE LA MANO SANADORA

La sanación no existe para nosotros, independientemente del Gran Amor o del Espíritu Crístico, que constituye la proximidad personal propiamente dicha o la presencia viva de Dios en nosotros y para nosotros, en un grado tal que podamos asimilar la sustancia divina y nutrirnos con ella.

Poco importa si este poder es reconocido o no en función de la

mística cristiana, o recibe la denominación que es cara para nosotros desde nuestra niñez.

El poder de bendición o sanación permanece siempre en el Sagrado Ser de nuestro gran cosmos humano, solar y universal, a quien denominamos el Cristo de las Edades de nuestra Raza, quien es también el Ser Sagrado de nuestros pequeños cosmos, humanos y personales, e incluso el *Christós* de suave y dulce resplandor. El es el Cristo o el Gran Espíritu del Amor, que opera en la existencia, aunque se trate de una sanación muy rudimentaria —como la que tiene lugar entre los mismos salvajes— o aunque se encauce por los suaves instintos de estos seres inferiores de nuestra Tierra, quienes pueden realmente curar mediante una devoción amorosa, dulce y desinteresada, o en los planos meramente físicos y magnéticos de nuestra consciencia, declarando o profesando, en sus prácticas, total independencia respecto de cualquier concepto espiritual o cristiano.

Esto se debe a que nuestro Cristo es el Ser Sagrado, sumamente compasivo, que se manifiesta verdaderamente tanto en Gautama como en Jesús de Nazaret y, por medio de cada alma dueña de un Amor desinteresado, se expresa ahora con sus bendiciones e incluso como el Cristo del corazón, quien satisface todas nuestras necesidades, como el Todopoderoso, el Dios Eterno, el Padre-Madre eternamente bendito, el Redentor y el Sanador. Y al cuerpo de sanación lo denominamos Cuerpo Crístico, porque corresponde al orden o plano de la existencia en el que es posible el crisma, la unción o el bautismo del poder de lo excelso que poseemos. En consecuencia, está dotado del poder de lo más elevado de nuestro ser, o sea, se halla ungido por el Espíritu Santo que es nuestra bienaventuranza. Todo lo que ahora estoy manifestando debe relacionarse estrechamente, en mayor o menor medida, con algo que es significativo: la doctrina y la práctica de los múltiples servicios que el Cristo de la Mano Sanadora presta hasta en las más simples necesidades de nuestra vida diaria. Sin embargo, debido a que este tema es tan vasto y rico, todo lo que he escrito y hablado sobre este tema importante me parece tan sólo el balbuceo de un infante.

Creo que el Cristo Salvador de nuestra época está trabajando en y por medio de este gran Movimiento de Sanación que

tiene lugar en múltiples escuelas. Cada una de ellas tiene su propia denominación, y su objetivo es salvarnos de las experiencias horribles de quienes nos precedieron. Ellos buscaron los conocimientos y poderes ocultos, no para servir a la Vida en las almas humanas ni a los hermanos que padecían necesidad. Lo hicieron para servirse ellos mismos, para conseguir una riqueza vulgar o para satisfacer su natural deseo de poder y dominar con éste a sus hermanos. Ahora mismo estamos iniciando un período de nuestra evolución en el que los poderes ocultos, físicos o denominados mágicos, serán muy comunes y corrientes, o se habrán generalizado. Se los usará para elevarnos hacia el Cielo o hacernos regresar a nuestros antiguos infiernos; esto dependerá enteramente de cómo empleemos tales poderes.

Ahora bien, yo sé, en lo más íntimo de mi corazón, que no tendremos que experimentar esas calamidades. Sé que no recorreremos el camino de nuestros antepasados, porque algo aprendimos con la experiencia de ellos. Lo que ellos supieron se halla en nosotros, pues nadie puede sufrir en vano ni permutar su alegría sin conseguir nada a cambio. Sea como fuere, como muchos afirman, ellos son nosotros y nosotros somos ellos, y por ser esto así, no tenemos necesidad de volver a aprender sus lecciones, las cuales bien pueden pervivir en aquéllos de nosotros que no alcanzaron una certidumbre personal en el campo especulativo o teórico donde, con seguridad, aquélla tiene un uso concreto que nadie niega.

Esto es lo que realmente sabemos: que en todas partes se está poniendo de manifiesto muy vivo interés en esta gran labor de sanación espiritual, y que los poderes del mundo invisible están impulsando a que entren en su servicio, todos los hombres y mujeres que, aún de manera débil y vacilante, sienten el toque de su fuego sagrado. En verdad, nuestro Cristo ha surgido sobre nosotros y está usando el cuerpo total de la humanidad sensible —desencarnada y encarnada— para que preste un bendito servicio altruista. Percibimos una señal en todo esto, un signo más seguro aún que el de Acuario, que es el de nuestro Día presente y venidero de Luz Nueva, cuyo advenimiento es anhelado por tantos corazones amorosos.

Es realmente satisfactorio y muy estimulante descubrir que

la respuesta a este servicio surge con tanta libertad y pureza, entre otras comunidades religiosas, en la Iglesia de Inglaterra. Creo que esto obedece a una razón: dicha Iglesia mantuvo siempre entronizada y viva —al menos, en su credo— la doctrina de la Comunión de los Santos, desencarnados y encarnados, la cual es, lisa y llanamente, Espiritualismo Cristiano; pues hay un servicio de sanación y un servicio de las almas, un servicio de bendición y un servicio de oración, un servicio de profecía o prédica y un servicio de los múltiples dones espirituales; y todos ellos conciernen tanto a los vivos como a los muertos, es decir, no importa que ese servicio se preste a encarnados o desencarnados: se trata de servicios, y así se los lleva a cabo.

Estas son algunas funciones del gran servicio Crístico o Amoroso, el cual es el único “Católico” en los Cielos y la Tierra. Sin embargo, con seguridad, no resulta actualmente muy sensato imaginar que esas muy sagradas funciones sólo podrían ser cumplidas por quien, llámese sacerdote o no, se autodesigna y autotitula con derecho a prestar ese servicio. Es evidente que semejantes afirmaciones son una total necedad, porque su vehemencia corre siempre pareja con el grado de oscuridad e ignorancia en cuestiones espirituales, intolerancia y fanatismo de quien las pronuncia. Sin embargo, estas tinieblas seguramente se están disipando ahora, cuando estamos escribiendo estas líneas, porque hace mucho tiempo que hemos observado que sólo es necesaria la Luz Única para iluminar a esas criaturas de nuestro Cristo, a quienes deseamos muy fervorosamente servir con verdad y amor. Entonces, ellas comprenderán que esto es lo que enseñó el Cristo de los hombres, incluso el Cristo que ellos dicen que les pertenece, cuya Luz es siempre la misma, aun cuando, en nuestra mente, ella está llegando o surgiendo cada vez más hasta la consumación perfecta de nuestra paz.

“*Semper eadem*”: siempre la misma Luz. Efectivamente, esto es así. Pero lo es en Cristo: el mismo ayer, hoy y siempre, incluyendo al Cristo de cada era, y solamente en Cristo no existen las sombras del cambio ni la nocturna lobreguez de la duda.

Tal vez sea conveniente decir aquí que la publicación de mis obras, merced a los buenos oficios de la editorial de la Sociedad Teosófica no implica que yo acepte todo lo que esta institución

enseña. Digo esto a quienes tal vez ignoren que esto se halla totalmente de acuerdo con la absoluta libertad de pensamiento y opinión por la que dicha Sociedad aboga. Hace ya mucho tiempo que apoyo todo aquello que la Sociedad Teosófica profesa, y aunque no ingresé en ella personalmente, adhiero a ella con seguridad, y lo seguiré haciendo mientras la Institución continúe siendo una hermandad de místicos espirituales y servidora en nuestro tiempo, y para nuestra necesidad, de la Luz de las Edades de nuestra Humanidad, sin entregarse a vanos sofismas ni atarse con doctrinas que no fueron demostradas.

Realmente, ¿qué mente esclarecida podría discrepar con cualquiera de los profundos principios básicos de la Sociedad Teosófica, cuya Hermandad de amoroso servicio constituye su piedra fundamental? En verdad, he aquí la Piedra Crística, la Clave de la Vida.

Consideramos que, en esta Hermandad, es un privilegio servir a quienquiera que sea y de cualquier modo que podamos, sin considerar que nuestra personalidad sea de algún modo superior a la de cualquier integrante de la Hermandad, o mejor dicho, luego de aprender la dulce sabiduría humana del Espíritu Crístico, nos honramos en tener predilección unos por otros.

Este es seguramente el ideal de los hermanos y hermanas en el Amor Divino, y también lo es el mío. En consecuencia, se trata de un ideal hermoso y sensato, al que hemos de aspirar todos aquéllos que todavía no lo hemos alcanzado. Y esto es así porque solamente quienes somos hermanos sabemos que la imperfección y la indignidad de nuestra personalidad son, en esta Hermandad, manos que prestan un servicio. Si bien recomendamos que en el sanador haya perfección, no decimos que la poseemos. Sin embargo, procuramos alcanzar el ideal mediante este servicio compasivo. De esta manera, la mano del amor, que nos vuelve compasivos, nos abre esa puerta de la vida que sólo nosotros podemos cerrar.

Lo que yo enseño es producto de múltiples experiencias prudentes y seguras, tanto personales como ajenas. Las he observado cuidadosamente, a fin de no ensalzar enseñanzas cuya legítima ubicación se halla todavía en el campo especulativo o, a lo sumo, hipotético o teórico, propio de un dogma o de una doctrina plasmada dentro del seno del catolicismo. Esto se debe a

que, cuando a cualquier doctrina la distinguimos como un dogma y, si en razón de que ahora se la entiende limitadamente según la experiencia, no merece esa distinción y le conferimos un poder injustificado, entonces, aunque nos llamemos “iluminados”, todavía estamos trabajando con nuestro viejo y astuto genio espiritual, el cual, valiéndose de trampas, ha hecho caer con su señuelo y sometido a la esclavitud a la fuerza de la Divinidad, destruyendo la sabiduría de los seres humanos.

¡En verdad, en nombre de la Luz Sagrada, no dejaremos a merced de los antiguos dogmáticos a ninguno de los hijos de esta Nueva Era, a quienes debemos servir con la Verdad, y para los cuales se nos convoca!

Nada puede resultar más interesante ni ser un objeto de estudio más bello y satisfactorio para quien estudie psicología, que los múltiples y sutiles modos con los que el sanador opera. Esto se debe a que esos modos pueden percibirse hasta en lo más sutil y ser observados en su totalidad en uno mismo, aun cuando estén operando en el propio cuerpo y en la propia alma. Sobre esto me explayo en este escrito, y lo hago lo mejor que puedo. Por su parte, quien estudie con seriedad las grandes enseñanzas teosóficas, las cuales son únicas y vitales, hallarán en la sanación espiritual el justo goce de sus conocimientos y la más perfecta expresión de la Vida que llegó hasta él por medio de este conocimiento vivo. Realmente, en la medida en que es nada más y nada menos que la expresión de la sabiduría efectiva y activa de Dios, o sea, la Palabra de Poder para bendecir, ella sola puede —como expresión plena o total de la inteligencia espiritual iluminada, existente en el alma inspirada— dar la paz de una satisfacción absoluta a la mente y al corazón humanos.

En primer lugar, debe ser satisfecho el intelecto o entendimiento. Después, poco a poco, el corazón se nutre con la verdad, y el alma la asimila, cobrando fuerza en su cuerpo, que es el que prestará el servicio. Y entonces sobreviene el gozoso anhelo de repartir bendiciones. Ese es siempre el orden de la vida. Y el detenido estudio de los diversos cuerpos, como vehículos o modalidades de energía en la unidad humana en conjunto, y el serio y persistente afán en procura de la purificación de aquéllos y un consiguiente aumento de la afectividad tienden seguramen-

te a preparar todo nuestro ser para que sea portador de Esto, que es sagrado, como el justo goce de todas nuestros ejercicios y disciplinas en los planos mental, psíquico y físico de nuestro ser. Tener Esto, que es sagrado, es ser capaz de conferir Vida e incluso de divinizar al hombre.

Lo que he procurado es inducir a todos los místicos, teósofos y espiritualistas por igual —pues entre ellos no hago diferencias— a que practiquen la sanación espiritual para que tengan una vida plena y conserven equilibradamente su salud. Todos los verdaderos filósofos, que viven sus convicciones, ya son sanadores, en la medida en que, por ser amantes de la sabiduría, son hombres y mujeres espirituales, tanto en su corazón como en su mente y, en consecuencia, en cuanto a los poderes de la Gran *Sophía*.

Afirmo que no podemos ser místicos fieles y fervorosos si no somos sanadores. Sin embargo, hay personas que buscan lo esotérico, por mero placer intelectual, practican el ocultismo con fines materialistas o ejercen la mediumnidad porque están a la caza de fenómenos. Es muy probable que todos ellos tengan propósitos egoístas, aunque de algún modo sirvan a la vida material.

Quienes se dedican, con este modo de pensar, a investigar los procesos ocultos de los mundos invisibles, corren siempre el peligro de enfrascarse tanto en esta búsqueda —que es una de las más fascinantes— que llegan a descuidar por completo otros hechos realmente sagrados que reclaman su atención, lo cual, incluso en ocasiones, aunque esto ocurre raras veces, llega a afectar por un tiempo su equilibrio mental o psíquico.

Ahora bien, para conservar el equilibrio o restablecer la salud es menester que esos aplicados investigadores ejerciten el aspecto de su carácter que, por enfrascarse en una búsqueda de carácter personal, están a la sazón descuidando. Se trata del aspecto desinteresado o altruista de su carácter, pues no hay nada que se parezca a la actividad callada, sencilla y humilde de la voluntad del Espíritu que evita que enloquezcamos o nos envanezcamos u obsesionemos por cualquier idea o búsqueda. La salud, con todas las alegrías dulces, puras y sencillas que ella implica, es la señal segura de una vida verdaderamente es-

piritual. No estaremos perfectamente sanos hasta que poseamos esta inocencia del corazón, tan propia de los niños.

He procurado guiar a grupos internos de artistas místicos para que se dediquen a esta muy sagrada práctica y expresen con plenitud, fidelidad y belleza el elevadísimo idealismo de sus doctrinas y aspiraciones espirituales o desinteresadas, pues éstas también pueden degenerar y convertirse en pura retórica, transformando la inútil veneración de bellos ídolos en el estéril sentimentalismo del diletante.

He procurado enseñar a los médicos sobre los que pude tener alguna influencia, la ciencia del Cristo Sanador e, incluso, el conocimiento y poder del verdadero arte de curar, librándolos, de esta manera, de las cadenas propias de una terapia materialista y seudocientífica.

He procurado inducir a las Iglesias Ortodoxas para que se consagren a esta práctica muy sagrada y Crística, para que sepan realmente que el Cristo, a quien profesan amor y obedecen, es una fuerza muy presente en ellas: viva, activa, que vela siempre por sus hijos, e incluso sobre la consciencia espiritual de nuestra época. He procurado que comprendan que El es ahora tan eficaz en la persona de sus siervos visibles e invisibles como lo fue cuando, por medio del propio Jesús y de otros siervos de su voluntad bendita, curó toda clase de enfermedades físicas y psíquicas. Todas las limitadoras diferencias de jerarquía, casta, credo o sexo deben desaparecer en este sagrado servicio de sanación. Quien tome parte en él es hermano mío en el Amor, y toda mujer es hermana mía en Dios. No son pocos los que tienen derecho a esto, y muchos, igual que yo, los conocen por sus nombres de pila, tal como unos a otros nos conocemos en Cristo.

En este escrito me refiero preferentemente a la sanación de trastornos psíquicos y mentales porque son los que más afectan a los seres más puros, y porque he visto muchos de estos casos.

Esto es así porque lo que en el carácter de esas personas es pura fuerza (la cual debería expresarse en la vida con plenitud y riqueza), cuando el sanador la usa para bien de las almas y la encauza deliberadamente en una dirección que no corresponde, o la transmuta mentalmente en circunstancias desdichadas, entonces esa fuerza obra regresivamente y es más eficaz para

dañarse o dañar a los demás, e incluso para perjudicar a quienes uno debería servir más y mejor. En lo que atañe a esos trastornos, la mera lectura de fragmentos de este escrito prestará un servicio a la salud. El movimiento de sanación (al que nos hemos referido) expresa de manera clara y total una opinión seria y muy moderna acerca de las relaciones personales. Considera y declara que la Vida es generada y existe, o sea, se manifiesta de manera cada vez más abundante en la hermandad, cuando para ello combina altruísticamente los elementos humanos.

Por ello, debe existir contacto y comunión con los otras almas hermanas, a fin de que haya salud psíquica. Debe haber un contacto con los otros sistemas nerviosos y con las otras mentes, para que el cerebro o el sistema nervioso, y la mentalidad, sigan estando sanos. Esto es así porque, en todos los planos de nuestra vida, si uno persiste en aislarse, a su debido tiempo esto significa la muerte de los centros vitales, por extenuación y estancamiento.

Ahora bien, la fuerza curativa que se genera es un producto natural de la voluntad que se tiene para ello. Y el goce total y maduro de la Vida Crística del alma consiste en esta fuerza creadora y este anhelo de hacer el bien. Y por ser así, pertenece a la esencia misma de la vida total o integral, y forma parte de nuestro ideal humano. En consecuencia, el actual movimiento de sanación es promesa segura del advenimiento del Día del Hijo del Hombre, quien ya se cierne sobre nosotros.

Estimado lector: ¿cree usted que me limitaré a ocuparme de la sanación o de mostrar a la gente cómo ha de curar su cuerpo? En verdad, no cumplo este servicio de Vida solamente por este motivo. Lo que me propongo es algo mucho más importante que eso. De lo que estaré en busca, declarada e incansablemente, es de algo más importante y difícil que esos trastornos; no abogo por eso, sino que desde hace mucho tiempo procuro la sanación de quienes, en este mundo, se aman desmedidamente, se afanan locamente y sufren un frenesí animal, o peor, infernal, que los obsesiona. Hay que compadecerse de esos seres. Lo digo lisa y llanamente, hermano lector: sólo quienes tienen este modo de pensar pertenecen a la jerarquía de la Nueva Vida, a la Hermandad de los Sanadores.

La sanación es, por sobre toda las cosas, el servicio de la Gran Compasión, en la medida en que el amor no es motivado por las flaquezas o debilidades sino por la belleza o la virtud de quien es objeto de ese amor. Esto es lo que diferencia, de manera enorme y singular, al Alma poseedora de la Gran Compasión. Ama al pecador por sus pecados. Ama para sanar, limpiar y salvar. Por esta sola razón, puede salvar del pecado y del infierno, de la muerte y de la tumba, porque, como lo dijo la Sagrada Sabiduría de la Compasión Infinita, el Amor Crístico de las Eras de nuestra Humanidad: “No son los sanos quienes necesitan un médico, sino los enfermos. No busco a los justos, sino a los pecadores, para que se acerquen a las dulces aguas del Amor purificador”. Efectivamente, el Sanador es el Salvador, al igual que el dador de Vida y, en consecuencia, el Sagrado Ser Bendito ama al pecador y lo colma de bendiciones.

La doctrina del Cristo Sanador abarca a todos, pues consiste en compartir absolutamente todos nuestros bienes en estos muy sagrados planos de nuestro carácter. Sabemos que dicho estado —único y muy recóndito— se concretará, a su debido tiempo, de manera total, hasta alcanzar los planos más externos de todo nuestro cuerpo: el social y político, y el personal, nacional y racial. Todos los que tienen ojos para ver podrán observar que todos los acontecimientos actuales están instando a la Humanidad entera a que se encauce hacia esa consumación.

Nuestro Evangelio de Vida no es realmente para uno solo ni para pocos, sino para todos. Es bueno el barco que, en nuestro Cielo, Cristo construyó con sus propias manos vigorosas, para una humanidad triunfante e inmortal. Ese barco es bueno para transportar a las criaturas de nuestra Tierra y hacer que atravesasen estas aguas turbulentas y estos tiempos de tinieblas y peligros que preceden a nuestro Día venidero. El barco es bueno porque fue construido tanto para pobres como para ricos. Nuestro carpintero construyó en su estructura una cómoda cabina tanto para los pobretones como para los ricachones. Allí no hay ricos ni pobres. Y, por cuanto Cristo fue quien verdaderamente fabricó ese barco, no puede hundirse, porque ningún poder del infierno puede hacerle mella. Mejor dicho, las criaturas inmortales del Nuevo Día somos agradable compañía y, bien lo sabe-

mos, pertenecemos a la antiquísima hermandad de los apóstoles, profetas y mártires. Todos pertenecemos a este barco, somos su vivo maderamen, su tripulación y también su carga.

Estimado lector: le he brindado, en este escrito, algunas vislumbres de mi vida particular, porque el testimonio de muchas personas con las que tuve contacto me prestó un valiosísimo servicio para los hijos de la Gran Gnosis; Cristo, el Genio de la Gnosis Unica o del Conocimiento de Dios, nos ordena no sólo que apacentemos sus ovejas, sino también sus corderos...

Al ofrecer un escrito como éste, cada tanto habrá repeticiones o enseñanzas que se entremezclen, pues la Verdad tiene tantos aspectos como nuestros puntos de vista, y todo el tiempo estamos contemplando la misma colina de Dios. Muchísimos son los modos con los que la Verdad se manifiesta y comprende. Sin embargo, por cualquier sendero que escalemos la sagrada colina de la salud de Dios, debe conducirnos hacia un solo sitio sagrado, el cual se halla en lo alto y es la morada de nuestro Dios vivo. Todos llegaremos a ella a su debido tiempo; allí todos nos encontraremos y conoceremos.

4. ALGUNOS CASOS DE SANACIÓN

Si procuráramos conocer en profundidad en qué se funda la disciplinada labor de renunciar a los ansiosos apremios de nuestros apetitos, veríamos que, por el hecho de que las distintas partes de nuestro cuerpo están sujetas a la voluntad de nuestro espíritu, las ponemos en orden mediante aquel procedimiento, lo cual equivale a decir que aquietamos su aspecto animal. Por medio del Espíritu Santo y en el Espíritu Santo se opera el restablecimiento de nuestro cuerpo. Sólo entonces el Espíritu puede cumplir su función verdadera y única, la cual consiste en controlar todas las facultades de la mente, del alma y de la carne. Una vez que nuestra mente se convirtió en la Mente Divina, entonces realmente está en orden, pues cuando el abundante poder del Espíritu Santo se halla en nosotros, dirige correctamente todo en nosotros. Entonces, reinan la armonía y el orden donde

sólo imperaba la anarquía con sus frutos de enfermedad, dolor y muerte. A la sazón, absolutamente todo está bien y la vida es buena.

Este es el momento en el que, de manera consciente o inconsciente, debemos cumplir las condiciones antes mencionadas, en la medida en que nos sea posible dentro de nuestras circunstancias y obligaciones actuales; de lo contrario, ni la divinización de nuestros pensamientos ni actitud espiritual o mental alguna serán de provecho para la salud de nuestro cuerpo. Ahora bien, para explicar esto de manera más completa, tomemos este ejemplo: si persistimos en situaciones que son insalubres en su aspecto moral, psíquico o físico —o incluso lo hacemos para cumplir un deber aparente, después de que la voz de Dios nos lo advirtió y la escuchamos— entonces deberemos sufrir por ello. Si persistimos en nuestra tristeza, aflicción o desesperación, cuando hemos comprobado claramente que, con esa actitud, desintegraremos con seguridad nuestras fuerzas psíquicas y físicas, entonces deberemos cumplir el castigo por haber pecado deliberadamente contra la ley del Cristo de nuestra alma, e incluso contra nuestra propia razón.

Lo que aquí digo tiene como base múltiples experiencias, pues por haber sido por demás fiel a mi anhelo de cumplir con todos mis deberes, he insistido, año tras año, en cometer este grandísimo error contra el Sagrado Genio de mi cuerpo. El resultado fue que, a pesar de todos mis pensamientos espirituales, aquello me produjo, una y otra vez, los más crueles sufrimientos mentales y muchos trastornos nerviosos. Por así decirlo, permanecí, durante largo tiempo, bajo una ducha continua de aguas oscuras. Yo me había tendido en este baño de aflicción, a pesar de que la mano de mi Genio me había abierto la puerta y señalado claramente el camino de mi liberación. Tan grande había sido la tensión experimentada por mi sistema nervioso que con frecuencia me sentí dolorosamente destruido. Si yo hubiera seguido insistiendo en mi porfiado error, mi sistema nervioso se habría paralizado, y sabemos que este hecho no sería producto de la voluntad de Dios.

Nosotros no somos los que construimos esta casa de Dios

Ahora bien, comenté todo esto acerca de la salud del cuerpo y de su estado físico, porque creo que en verdad es necesario para la curación y salud de nuestra alma y también de nuestro cuerpo. Sin embargo, a lo largo de estos comentarios, quisiera que resonara la gran nota espiritual. En todo lo que hagamos en favor de la salud total de este cuerpo, no debemos olvidar que, ya se trate de la limpieza y preparación, o de la construcción y del adorno de la casa, Dios se halla en nosotros, nos impregna y nos pertenece, y es quien opera y deberá operar siempre, si ha de realizarse esta gran obra.

Todos sabemos de personas que no pueden descansar en paz durante el día ni durante la noche, porque están deseando limpiar y preparar debidamente esta casa que es su cuerpo. El tema absorbente de esos individuos no sólo consiste en alimentarse y vestirse, sino también en que deben realizar todos los días toda clase de ejercicios físicos y baños, de carácter interno y externo. Así es como no se dan tiempo para que la Gran Paz llegue a ellos, debido a que están pensando con tanta vehemencia en el cumplimiento de toda esa enorme tarea.

Estas personas me hacen acordar siempre de esa ama de casa que es buena, pero muy inquieta y, en consecuencia, muy afanosa e incapaz de dejar de fregar y cepillar, barrer, lavar y frotar todos los artefactos de su hogar hasta que descubre que casi gastó los pisos de tanto fregarlos, cepilló hasta pelar sus preciosas alfombras y ¡de tanto frotar, borró hasta las facciones de sus estatuillas! Sin embargo, así como nos apiadamos de esa querida mujer, que es buena, formal y concienzuda (y hacemos lo propio con todos aquéllos que tienen que vivir con ella en su casa), de igual modo nos apiadamos de nuestro prójimo, por su error de juicio.

No obstante ello, la experiencia enseñará a ambos, tarde o temprano, que es realmente inútil madrugar y ocuparse hasta muy tarde de lo que es pasajero. Entonces, ambos llegarán a saber que existe un método correcto para administrar todo el

hogar: se trata del método de Dios, el cual es, con seguridad, agradable y tranquilo.

Algunos casos de sanación

Ahora podría hacer referencia a muchos hechos interesantísimos en los que la curación fue efectuada por sanadores conocidos míos, quienes me los contaron; otras sanaciones las realicé yo mismo. Aunque esto me abruma y no condice con mi modo de ser, lo haré.

Estos casos son tantos, que sin duda me resultará difícil seleccionarlos ahora. Durante los años en que viajé en compañía de mis buenos hermanos y hermanas, cumpliendo este sagrado servicio de Vida, nunca pude ni intenté llevar registros de esas bellísimas sanaciones. Lo que oigo en una ciudad, difícilmente lo recuerdo en la que sigue. Amigo lector: usted comprenderá esto fácilmente al observar que mis oídos están abiertos para toda palabra entusiasta de casi todos los hermanos de la Tierra, dentro de la fraternidad del Gran Cristo de la Mano Sanadora. Sin embargo, ha de aceptar esto: que los muchísimos testimonios tienen como origen el Poder de Sanación del Cristo, el cual se desarrolló en muchas almas dulces y humildes: ¡en muchísimos hombres y mujeres a quienes jamás se les ocurrió que llegarían a regocijarse con este enorme y sagrado servicio de Vida!

Entre esas personas, no son pocas las que ahora poseen los poderes de sanación que yo llamo supernormales; escribí muchísimo sobre estos últimos y, en una de mis obras, describí las sanaciones realizadas por mi esposa.

Un hermano de Glasgow me cuenta cómo, mediante la imposición de su mano, hizo que del cuerpo del paciente se descargasen el ácido úrico y otras sustancias nocivas, como si fueran agua. Otro hermano, famoso capitán de un vapor, en Glasgow, me refiere cómo curó con su mano muchos casos de parálisis y afecciones similares. Una hermana sanadora, de Falkirk —localidad que, por ser rica en mineral de hierro, ha producido muchos “sanadores-magnetizadores”— me describió una de sus sanaciones, de las que puedo dar algunos pormenores porque, contrariando

mi costumbre, tomé nota de ello en esa ocasión. Creo que éste es el único caso en el que hice esto durante los últimos años.

“El hijito de mi hermana estaba muy enfermo; se le habían hinchado los ganglios y temíamos por su vida. Al ver al nenito allí tendido, sentí el impulso de imponer mis manos sobre esa hinchazón. Tuve que hacerlo sin tocarla. Entonces, mis manos empezaron a hincharse cada vez más, “hasta que parecían bollos”, y mi hermana dijo: “Mira cómo se están hinchando las manos”. Y a medida que se hinchaban, los ganglios se fueron reduciendo poco a poco, hasta que la hinchazón desapareció, y en seguida, el niño se restableció totalmente.”

De la mano de aquella señora había fluído una fuerza parecida a la que describí en uno de mis escritos, y podría seguir hablando de los sanadores de muchas ciudades de nuestro país, pero subsiste la dificultad a la que ya hice referencia: los casos son tantos que me resulta difícil seleccionarlos.

Basta entonces decir que la mayoría de esa gente está cumpliendo este sagrado ministerio, valiéndose para ello de su propio magnetismo, o sea, usando sus manos y su contacto personal. Estas palabras de homenaje van dirigidas a todos y cada uno de los sanadores: que Dios los bendiga y auxilie en sus buenas obras. Ellos trabajan en lo que yo prácticamente cesé de trabajar, pero, lejos de desmerecer su labor, considero que el servicio que prestan es una dulce tarea con la que yo también me regocijé mientras ese poder estuvo a mi alcance. Esto se debe a que la sanación ingresó ya, en mi caso particular, en el campo del pensamiento o del deseo, en el cual no es necesario el contacto personal o, al menos físico, en el cual sólo actúa el sanador más íntimo, en la medida en que uno sea consciente de ello. Esto me ha ocurrido durante los últimos años, de modo que cesé por completo de tener en cuenta los casos de curaciones atribuidas a mi intervención. Puedo asegurar que procuro que no se documenten mis sanaciones; si por mí fuera, preferiría que no se conservara registro alguno. Una vez que realicé la labor y que ésta se cumplió con buena voluntad y acierto, ¡asunto terminado! En lo que a mí respecta, afirmo que mi tarea concluyó.

Esto fue exactamente lo que sentí al respecto durante los años que pasaron. Sin embargo, a fin de favorecer a quienes necesi-

tan una información más minuciosa y completa sobre cómo usar ese poder —y son muchos los que la desean muchísimo y me solicitaron encarecidamente esos conocimientos— les describiré ahora unos pocos casos típicos que considero notables porque fueron debidamente comprobados y también porque son los mejores ejemplos que estoy en condiciones de dar acerca de cómo se produce la sanación.

Caso n° 1

Después de realizar muchos trabajos en el Sur, regresé a la casa de mi madre en procura de un reparador descanso. Menciono este hecho para mostrar que el poder de sanación no depende de nuestro estado físico.

Esa misma tarde, mi hermana me dijo: —Tendríamos que visitar a la pobre Katie Christian. Está muy enferma.

Aquella muchacha había sido una sirvienta de mi madre, y la trajeron de vuelta a su hogar, desde el Hospital de Liverpool, en el que había sido sometida a una operación muy difícil, con escasa o ninguna esperanza de recuperación. Puesto que me sentía muy cansado, contesté: —¡Oh, no! No le serviría de nada en las condiciones en las que estoy.

Sin embargo, mi hermana me instó tanto, que finalmente fui. Encontré ese pobre cuerpo en un estado deplorable. La muchacha estaba tendida en un camastro, en una cocina mal ventilada. No sólo su rostro tenía la palidez de la muerte sino que los comentarios y miradas de sus amigos indicaban claramente que había poca o ninguna esperanza de que se restableciese.

No obstante ello, tan pronto la observé, supe que podría hacer algo para que se curase. Me acerqué, me senté a su lado y, sosteniéndole una mano, apoyé mi otra mano sobre su plexo solar, exactamente sobre la boca del estómago. Vi que estaba leyendo la Biblia y me di cuenta de que podría hablarle con un lenguaje de ese carácter. También supe que, además de ser mujer —lo cual, desde luego, la predisponía naturalmente a poseer un punto de vista místico acerca de la existencia— se trataba de una persona religiosa.

Entonces le dije: —Katie, sabes que Cristo, que está en ti, es tu sanador. Sabes que Cristo, que está en ti, desea sanarte. Además, sabes que Cristo también está en mí, y que Cristo, que está en mí, desea sanarte. Por esta razón, cuando sostengo de esta manera tu mano y pongo así mi otra mano sobre tu cuerpo, es mi Cristo quien está trabajando con tu Cristo para sanar tu cuerpo.

Percibí que ella captó debidamente este concepto, de modo que continué: —Tu Cristo Sanador está siempre contigo, Katie; no se aleja de ti de noche ni de día. Puedes hablar con tu Cristo Sanador y decirle en todo momento: “¡Oh Cristo, sé que Tú estás sanando mi cuerpo!”

Entonces le dije que prometiera que así ella afianzaría, día y noche, el poder sanador de su propio Cristo, y lo prometió.

Le receté una dieta muy liviana para que se curase y nutriese; consistía en agua de cebada y huevos crudos; esto reemplazaría a las patatas fritas con las que, según advertí, aquella pobre gente la estaba alimentando. Volví a visitarla durante cuatro días. El resultado fue maravilloso. Antes de dejar de verla, ella podía levantarse y caminar lentamente por la casa. Le dije, antes de despedirme: —Katie, recuerda ahora que, aunque yo me voy, Tu sanador no se va. Cristo, tu Sanador, habita en ti, y tienes que hablar con El en todo momento.

Hacia esa época, tuve que viajar hacia la Escuela Vegetariana de Verano, sita en Rhôs-on-Sea, para quedarme allí quince días. Cuando volví, encontré a Katie sana y bonita. Toda la piel de su cuerpo se había renovado. Su cuerpo había recuperado su natural grosor, y sus mejillas estaban sanas y tersas como las de un niño. Ya buscaba trabajo, y pronto lo encontró en su bella Isla de Man. Ha vivido allí desde entonces; ya pasaron tres años, está sana y actualmente goza de la vida. De hecho, según las últimas noticias que tuve de ella, había viajado a Nueva Zelanda y allá se había casado.

Caso n° 2

Una señora amiga, de alta posición social —actualmente vive

en Londres— había sufrido una afección bronquial durante años, la cual la obligaba a pasar cada invierno en California. Sin embargo, la dolencia persistía. Por esta razón, vino a verme a la sede de la Alianza Espiritual, de Londres, al término de una plática mía sobre el Cristo Sanador, y me pidió que le impusiera las manos. Mantuve mi mano sobre su tórax durante unos tres minutos. Después de esto, la señora quedó curada, y lo sé porque estuve en estrecho contacto con ella durante largo tiempo, sin que se presentara el más leve síntoma de que aquella vieja dolencia se repitiera.

Caso n° 3

Hace poco tuve el interesantísimo caso de una niña que se curó con el poder de la palabra silenciosa. Era una criaturita de menos de dos años de edad, quien padecía fuertes convulsiones. Sus padres eran muy religiosos. Pregunté a la mamá si creía que Dios podía sanar a la niña, y me contestó muy seriamente: “Sí, lo creo”. Entonces le dije que en todo tiempo, al lado o lejos de su hijita, le expresase esto: “Eres nuestra hija de Dios y, por eso, estás bien y nada malo puede ocurrirte”. Aquella madre hizo lo que le dije. Visité diariamente a la niña para saber cómo andaban las cosas, hasta que observé que la paciente prácticamente se había curado de esas convulsiones. En realidad, la niña no hizo nada, puesto que este Tratamiento Crístico comenzó en el alma de su madre.

Caso n° 4

Describiré ahora este caso, porque será una demostración más de cómo la familia o los parientes del paciente suelen poseer, de manera totalmente inconsciente, los elementos necesarios de sanación, para que se recupere un ser querido.

Se trata de una mujer, con hijos ya adultos, que trabaja entusiastamente en la Sociedad Teosófica. Cuando la hermana de

ella me escribió —en oportunidad de mi anunciada visita a su Logia para dar una conferencia— me preguntó si quería yo visitar a su hermana, pues según venía observando, estaba tan enferma que no había esperanza alguna de recuperación. Y añadía: “Hemos llegado a pensar que, debido a su *karma*, no se restablecerá de su dolencia”. Lo que después ocurrió le demostró a esta buena mujer que no es conveniente hablar tan campechanamente de un hecho tan especial como el del *karma*, pues se trata de una doctrina demasiado importante como para que se la entienda superficialmente. En caso de que se la entienda de este modo, puede llegar a crear verdaderas cadenas que uno mismo forja y suelda en su propio ser, sujetando el alma en un infierno, de manera tan concreta como el dogma calvinista de la predeterminación.

Hice los arreglos correspondientes para estar por la noche en casa de aquella buena mujer, cuyo esposo era médico. Tan pronto terminó la reunión, fui con ella a la casa de su hermana. Esta yacía en su lecho, totalmente inerte. Tenía afectada la sangre, pero no recuerdo con exactitud cuál era la enfermedad. En verdad, me pregunto si alguna vez supe mucho, con carácter de diagnóstico, sobre cuál era su dolencia física. Sin duda, no es necesario ese conocimiento externo para que tenga lugar esta clase de sanación. El cuerpo de ella estaba tan rígido que apenas pude mover su cabeza y masajear muy suavemente los músculos de la base de su cráneo y de la nuca. Sin embargo, conocí cómo era esa alma, tan pronto entré en el dormitorio; había en ella delicadeza, espiritualidad y religiosidad muy elevada. Por ello, pude dialogar con su alma, pero hablé muy poco con su ser consciente o su intelecto.

En verdad, las escasas palabras que le dije al oído fueron como aquéllas que le había manifestado Katie Christian. Me limité a usar los términos que ella misma conocía como estudiosa de la Sabiduría Antigua por medio de las obras teosóficas, y le hablé de su Cristo Sanador, eternamente presente y poderoso, como el Sagrado Atman, la Inmanencia Divina, el Dios Omnipotente, su Salvador. Luego, puse una de mis manos sobre su frente, y la otra sobre su plexo solar, y le canté el Salmo XXIII, según una adaptación musical que me pertenece. Aparentemente, esto le

hizo mucho bien, pues la introdujo en la paz del Amor Eterno e incluso en su propio Cielo, hermoso y puro. Entonces, la dejé dormir plácidamente. A la mañana siguiente, durante el desayuno, mientras yo conversaba con mi anfitrión, acerca de la enferma, él me dijo, como médico y con total sinceridad, que no podía hacer nada más por ella y que me agradecería muchísimo si yo pudiera ayudarla de alguna manera. Sin embargo, me comentó que no creía para nada en estos métodos espirituales. Empero cuando, de pronto se levantó en medio de nuestra conversación, pude oír que hablaba por teléfono con su cuñado y se enteraba de que la paciente había dormido bien durante siete horas. Entonces, quedó pensativo.

—Bien —me dijo— esto es realmente notable, porque ella no había podido dormir normalmente desde hace mucho tiempo, y anoche sólo le inyectamos un placebo en lugar de morfina. En consecuencia, está usted en libertad para hacer con ella lo que considere adecuado, y en caso de que la cure, yo mismo certificaré eso.

—Gracias, estimado amigo —le contesté—, por sus generosas y benévolas palabras; nadie podría estar más agradecido que yo por esto. Sin embargo, no necesito ni deseo que usted certifique nada. Aprecio la libertad que me otorga. La acepto. Ahora actuaré como corresponde.

Dije esto y, tan pronto la esposa del médico estuvo lista, la acompañé para ver a la paciente.

Ahora comienza aquí la parte más importante de este bello caso. Descubrí que esta buena mujer tenía poderes de sanación, tanto magnéticos como espirituales, y que en cierta medida, también lo tenían el esposo de la paciente e igualmente sus dos hijos. Entonces, dispuse que ellos también formaran parte de ese servicio de sanación de la paciente, y les dije a la hermana y al esposo: —Cada uno de ustedes tiene que sostener una mano de la enferma, de esta manera, y poner la otra mano sobre el plexo solar de ella... así, queriendo y sintiendo que la energía de ustedes esté ingresando en el cuerpo de ella.

Luego, les dije lo mismo a los dos hijos, pues yo había advertido prontamente que estas dos parejas complementaban su magnetismo, y que de ese modo, la energía equilibraría convenientemente sus ricos elementos.

Puedo también decir aquí, que tuve que pedirles que despidieran a la enfermera diurna y la reemplazaran con la de la noche. La primera era una de esas mujeres quisquillosas, torpes, secas, antipáticas y maniáticas, despojadas de todos los encantos de la feminidad, y cuya sola presencia bastaría para matar a cualquier persona cuyo estado de salud fuera delicado. En cambio, pude observar que la enfermera de la noche, a quien yo había visto apenas, mientras ella desayunaba, era lo que debería ser toda enfermera: ¡una sanadora nata! ¡Cuánto tiene que aprender todavía la medicina e incluso el sentido común del hombre y de la mujer comunes y corrientes, pues cuando nos enteramos de que ese sabio médico había dejado el cuidado de la paciente desahuciada en manos de la otra enfermera, y que a los propios parientes de la enferma, quienes realmente la amaban, se lo mantenía totalmente alejados de su cabecera!

En resumen, ese día dejé muy esperanzada a aquella querida familia, con la que estuve en contacto más de una vez, personalmente y por correo, y supe que todo marchaba bien y tal como yo les dijera. Unas seis semanas después, recibí una carta de la esposa del médico, quien me decía: “No debe inquietarse más por la salud de mi querida hermana. Ahora está bien, y mañana viajamos a Colwyn Bay”.

Pocos meses más tarde, esta paciente debió viajar perentoriamente a Escocia en circunstancias muy difíciles y regresar después de cumplir un doloroso deber, sin que le sucediera nada malo.

Un año después de la fecha en que la visité, también en un día domingo, me alojé en su hospitalaria casa y ella fue mi anfitriona. Radiante de alegría, me dijo muy sinceramente, mientras servía mi plato: —Anoche se cumplió un año de aquella fecha en la que usted hizo su voluntad y me insufló lo bueno de su ser. Hoy haré precisamente mi voluntad con usted, y por eso le sirvo lo bueno que yo tengo.

Caso n° 5

El año pasado estuve en Dundee, y un día visité la casa de

James Cramond para probar el pan que su esposa acababa de preparar tal como se le había enseñado. Al entrar, observé que la pequeña Jeanie, la luz de ese hogar, tenía inflamados los ojos. La pequeña Jeanie es una de esas bellezas de cabello castaño rojizo, una verdadera alemanita de carne y hueso, cuya carita sonriente y espléndida había sido a menudo una bendición para mí. Sin embargo, en esa ocasión su sonrisa estaba ausente. La pequeñuela estaba muy afligida ¡porque habían untado sus bonitos ojos azules con un unguento grasoso y los habían vendado! En verdad, Jeanie no estaba de acuerdo con ese tratamiento, ¡y yo tampoco!

Por esa razón, le pedí a la mamá que le lavara bien los ojos. Luego, puse a la niña sobre mis rodillas y limpié sus ojos con mi saliva, usando para ello cada uno de mis diez dedos. Pronto se quedó dormida sobre mi pecho, con mi mano derecha sobre sus ojos... Y para contar un secreto, yo también dormí una linda siestita, pues estaba más bien fatigado tras visitar a distintas personas.

Permanecimos así dormidos durante unos veinte minutos. Creo que la sanación se produjo durante esa siestita, porque cuando despertamos, ¡los ojos de Jeanie estaban completamente sanos! Esa noche no hubo en Dundee una criaturita tan feliz como Jeanie.

Caso n° 6

Hace doce días, viajé desde Belfast hasta la casa de mi madre y allí descubrí que ella había sufrido una parálisis que le impedía hablar. El lector comprenderá cuál fue me impresión al ver que la santa madre de mi vida estaba tan enferma.

Sin embargo, tuve la estimulante palabra de mi propio Cristo, mientras sostenía su diestra con mi mano izquierda y ponía mi diestra sobre su cabeza. Dos días después estuvo en condiciones de caminar y hablar tan bien como siempre. Después, continué el tratamiento sujetándola en mis brazos, mientras ella estaba sentada sobre mis rodillas; entonces, yo tomaba su muñeca izquierda con mi diestra, y su muñeca derecha con mi izquierda.

Durante la semana pasada, estuvo paseando al aire libre conmigo todo el día, y ahora es una vez más “mi querida mamita”.

El poder de la presencia personal

Al notificar estos hechos, ya di cumplimiento a la ley que opera por medio de nosotros y de nuestro magnetismo. Sé que hice lo correcto, pues la totalidad de mi ser lo aprueba. Sin embargo, antes de marcharme de este plano, acopiaré más conocimientos para mis lectores y me referiré muy sucintamente al poder de la presencia personal para sanar y bendecir.

Con tanta frecuencia la gente me asombró al asegurarme que, por el mero hecho de haber estado en mi presencia, se habían curado de diversos trastornos físicos, psíquicos y espirituales, que me vi obligado a comprender y reconocer el poder de la presencia física de todos aquéllos que son verdadera y permanentemente conscientes de Dios, y de lo Bueno, Verdadero y Bello.

La primera vez que este hecho verdaderamente me impresionó fue con motivo de la experiencia que tuve en una sala de Londres, mientras pronunciaba una conferencia sobre “Los Poderes Curativos del Cristo Eterno”, ante un público selecto. Una señora permaneció sentada a unos dos metros de mí, mientras hablé. Al día siguiente recibí una carta de ella, en la que me decía que, durante la conferencia, había sentido y notado claramente que su cuerpo se estaba sanando de una bronquitis crónica que, durante años, le había impedido hablar. Al abandonar la sala, ella sintió que estaba totalmente curada de esa afección crónica y así lo certificó.

Debido a dicha experiencia, la señora mencionada creyó en la Sanación Crística y, por supuesto, la practicó y predicó. Habló muchas veces en público sobre este importante tema, y su voz jamás se quebrantó. Escribió también muchos opúsculos sobre esta significativa materia, los cuales fueron de gran utilidad para la Iglesia de Inglaterra, de la que es devota feligresa.

Desde entonces, he observado cómo funciona este poder, y lo que acabo de decir pasó a ser una experiencia corriente, en lo

que a mí respecta. Sin duda, este poder estaba operando en mí mucho antes de que yo le prestara atención.

Sin embargo, la presencia de quien ama a Dios no sólo es potente para sanar sino que también lo es para bendecir en general y, especialmente, de todos los modos posibles, para el sanador propiamente dicho. Observé, durante años, que si una persona posee dotes poéticas o musicales, por el mero hecho de sentarse en mi presencia ese don cobra impulso, se despierta o se enriquece, y aflora y puede disfrutarse de manera más total. Realmente, algunos de esos dones pude gozarlos de modo muy rico y abundante. Eso es lo que ocurre con el artista con quien tomo contacto, ya sea que su arte se relacione con la pintura, la música o la artesanía. Dispongo en mi ser de todos estos elementos, los cuales, desde mi niñez, pugnaron siempre por expresarse, por más que su florecimiento y su fructificación hayan soportado contrariedades.

Esto es lo que ocurre con las personas espirituales o religiosas que acuden a mí, porque mi modo de ser espiritual es suficientemente fuerte como para despertar y dar vida a esas dotes espirituales y religiosas que se hallan dormidas, pues sus cantos son de amor a Dios, su éxtasis abarca a todas las criaturas, y sus deseos consisten en realizar el Bien y servir a la Creación con el amor de Dios. Esta constante experiencia mía es tan interesante y rica en sugerencias para quien estudie hechos de carácter paranormal, oculto y espiritual, que ahora la brindo, y lo hago por esa razón; y al hacerlo, he servido a la Verdad.

A esta facultad la denominé el poder de la presencia personal, pues deseaba expresar muy claramente este hecho. Sin embargo, la presencia personal es tan verdadera en las palabras escritas o no escritas como en la proximidad física.

Por esta razón es que, por medio de mi palabra pronunciada en público o en privado, la misma facultad auxiliadora y sanadora ha sido comprobada por muchos, durante estos años en los que serví públicamente a los cuerpos y las almas.

Y lo que puedo garantizar como cierto por propia experiencia, también lo es por la experiencia de todos los hombres y mujeres que yo conozco. Damos gracias a Dios porque esto es así. Tomamos la mano del hermano y besamos la mano de la hermana en

Dios, sintiendo que así tomamos verdaderamente a Dios de la mano y tributamos nuestro homenaje a la Mano del Cristo sanador, nutricio y sustentador, al Padre y Madre de las Edades de nuestra Raza Humana.

5. EL CUERPO, LA SALUD Y LA ALIMENTACIÓN

Servir a la salud del cuerpo es un acto ciertamente sagrado, porque es sagrado saber cómo usar los elementos de nuestra Tierra para el bien de sus hijos. ¡Practicar esto es, en verdad, una sabiduría digna de ocupar un sitio en el Centro del Grial de la Vida! ¿O puede existir un servicio más dulce y sagrado que el de enseñar a la madre cómo alimentar adecuadamente el cuerpo de sus pequeñuelos? ¿Es que hay una labor más bella que la de decir al padre cómo puede utilizar mejor su lote de tierra para la obtención de alimentos que sean buenos para la vida de sus hijos? Efectivamente, no hay un servicio más sagrado que éste, y la Ciencia del Santo Cristo, Sanador y Nutricio, Salvador y Consolador, no deja de asignarle su lugar en la gran doctrina de la Economía de la Vida. Podemos decir, con certidumbre, que nuestra sabiduría no es mayor que el hecho de conocer a Dios en la Naturaleza, lo cual es algo puro y hermoso.

Efectivamente, es bueno o mejor dicho, necesario para la existencia, saber qué es conveniente o no comer y beber.

He expresado frecuentemente desde la tribuna cuál era mi convicción, cuando enseñaba a las madres a hornear un pan conveniente para la salud de sus hijos: que mi labor era, en igual medida, tanto sagrada como verdaderamente espiritual, como ocurre cuando, al expresar la Palabra de Vida, yo estaba partiendo el pan celestial para los pequeñuelos de la mesa de Cristo.

Sin embargo, fueron tantas las veces que me pidieron que diera por escrito lo que yo había anunciado y sugerido públicamente, acerca de mis hallazgos y experiencias en ese sentido, que ahora no puedo menos que acceder a ese anhelo generalizado.

En consecuencia, haré ahora lo que con tanta frecuencia concreté eficazmente, durante mi ministerio público, en favor de la

salud del cuerpo humano. Pasaré revista a los elementos que pueden utilizarse en una dieta diaria sana y útil para la salud corporal, pero por supuesto, con un objetivo especial: servir a todos cuantos lean este escrito, quienes sin duda habitan un cuerpo que alcanzó cierto grado de pureza. No obstante, adviértase que no pretendo hablar de estas cosas tal como lo haría un médico, pues pocos lectores de mis escritos son más ignorantes que yo en cuanto a bioquímica. Nada podría estar más lejos de mis objetivos o deseos, que tratar de erigirme ante quien me lea, como un sustituto del verdadero hombre de ciencia dedicado a la profesión médica. Sin embargo, lo que yo expreso es producto de mis lecturas en el libro de la Naturaleza, y también de muy atentas observaciones acerca de los múltiples modos con los que la Naturaleza influye vitalmente sobre nuestra salud.

También aprendí por medio del sufrimiento, pues aunque la salud corporal y mental fue una bendición para mí, sin embargo, porque mi saber fue escaso y, muchas veces, falso, padecí en mi juventud las dolencias típicas de quienes estudian: indigestión, constipación, trastornos biliares e insomnio. A pesar de todo esto, si aprendí una sola lección de este maestro severo, y ella es útil a mis lectores, y recorrí esta senda espinosa o pedregosa para poder guiarlos a salvo por el mismo terreno, entonces, con seguridad, aquella lección resultó buena y no fue en vano. Efectivamente, creo que fue ésta la razón por la que tuve que sufrir.

No pienso que asignemos un valor excesivo al agua, especialmente a la de lluvia y, dentro de lo posible, si la usamos sin hervir. El agua es sagrada. Es el cuerpo líquido de Dios. El agua fría es sagrada. Es el vino de la existencia vivida con sencillez. Es la leche de Deméter, nuestra bondadosa Madre Tierra. Su uso externo es valiosísimo, y a los ancianos o a quienes se afanan mucho en su vida, les recomendaría utilizarla, recurriendo para ello más a una esponja que a un baño propiamente dicho, porque los cuerpos generan y distribuyen un magnetismo más puro, y es inconveniente que se los sumerja demasiado en agua fría o caliente. No hay necesidad de usarla de esta forma, como lo hace el cuerpo humano animal más denso y sucio, pues también se lo despoja de esas energías más sutiles, ya que la humedad es contraria a la electricidad. Tuve que aprender esto, de

mis propias dolencias, porque hasta hace pocos años, durante todo el invierno me bañaba al aire libre y descubrí que, al obrar de ese modo, yo estaba perjudicando a mi cuerpo. Por eso, masajearse diariamente con una esponja mojada y, después, frotarse vigorosamente con una toalla es bueno para cualquier cuerpo capaz de soportarlo, sin importar los años que tenga.

Veamos ahora cómo hay que usar el agua fría, es decir, el agua sin hervir. Pienso que será muy útil para los lectores, que les diga cómo la uso. Durante años, mi plan consistió en poner todas las noches una jarra con agua junto a mi cama. El agua que permaneció en ese recipiente durante las horas de la noche, cubierta si es preciso, tendrá por la mañana, en el fondo, un sedimento de toda clase de sustancias nocivas, si se trata de ese tipo de agua, lo cual no es para nada probable que suceda con el suministro de agua que provenga de cualquier tanque municipal o particular que sea bueno.

Mi sueño es liviano y, por esa razón, me despierto temprano. Tan pronto como lo hago, bebo directamente de esa jarra, no demasiado por vez, o sea, sólo lo que apetezco y muy lentamente. Considero que lo importante es beber con tanta frecuencia como sea posible, ¡sin beber demasiado por vez! Paso así entre una y dos horas antes de levantarme, y puedo afirmar a quienes tienen un sueño ligero que, al hacer esto, tendrán a menudo asegurado su sueño o, por lo menos, un sosiego mental que, de otro modo, buscarían en vano. El hecho de beber lenta y frecuentemente ese buen líquido tiene efecto sobre el delicado sistema nervioso. Asimismo, si bebemos con gratitud esa agua, sabedores de que la Gran Madre nos está dando en ella su fuerza y bendición, entonces, con seguridad, descubriremos que nuestro sistema nervioso se tranquilizará y nuestra mente descansará plácidamente.

Doy por sentado que quienes leen estas líneas se despiertan temprano, igual que yo, y están en condiciones de permanecer en despreocupada y tranquila contemplación durante una hora o más antes de levantarse, o lo que resulta mejor de todo, expresando su anhelo de bendecir a todos los hombres

y mujeres a quienes conocen. Pienso que esto ocurre con casi todos mis lectores. Sin embargo, aunque uno no se levante temprano y sólo pueda destinar diez minutos a asearse y alimentar su cuerpo y su alma, valiéndose para ello de agua y anhelo puros, no obstante ello, es valiosísimo seguir este régimen de vida. Asimismo, el uso del agua fría en ayunas no impide, por supuesto, que se haga lo mismo durante el día. Hay que beberla siempre que se lo desee. No se la apetece solamente cuando se bebió suficiente cantidad de ella por la mañana temprano. Considero que no existe un método sencillo, de mayor valor para la limpieza, fortalecimiento y nutrición de los tejidos desgastados, que el que aquí proponemos para el cuerpo de quien trabaja arduamente en ambientes insalubres y mal ventilados. Su valor es realmente inestimable.

Es preciso comprender que el agua pura, de manantial, arroyo, pozo o lluvia, contiene los elementos de la Tierra y del aire, que sirven para nutrir el delicado sistema nervioso o magnético. Efectivamente, el agua es sagrada: vive con Dios. Debemos reverenciarla, amarla y abstenernos de profanarla o ultrajarla. Debemos custodiar como corresponde su cuerpo sagrado —en un río, en un pozo o en una copa— de toda contaminación sacrílega. ¡Sí, el agua es sagrada! Amémosla y usémosla bien.

Merecen especial atención los nutritivos elementos del aire, los cuales se hallarán en el agua de lluvia, considerando que esta última trae consigo, al descender del cielo, cierta porción de esa energía; por eso, a todos los que puedan recoger agua de lluvia, que esté limpia, les recomiendo fervorosamente que la usen para beber y cocer sus alimentos. Incluso el té, cuando se lo prepara con agua de lluvia, tiene un sabor más suave, dulce y delicado que cuando utilizamos agua extraída de la tierra.

Dos son los efectos de beber esa agua: limpia y nutre, y ambas cosas son necesarias para la salud del alma (o de la mente) y del cuerpo físico. No puedo recomendar una cura más segura de muchos trastornos nerviosos que la de este régimen sencillo, basado en el agua pura.

Estos trastornos se producen tan a menudo porque la sangre se intoxica con elementos insalubres, y lo primero que hay que hacer es proceder a depurar el organismo, lo cual es importantí-

simo para el paciente. Muy frecuentemente, aquellos elementos son absorbidos por las personas sumamente sensibles, quienes comen de más porque incurren en el error de creer que al cuerpo hay que alimentarlo mucho para fortalecer suficientemente el sistema nervioso. Esa depuración es primordial y apremiante para que el cuerpo se limpie y cure de manera excelente. Por ello, la limpieza, el fortalecimiento, la nutrición y la curación de los intestinos y riñones, de la vejiga y, sobre todo, por supuesto, del estómago y sus zonas respectivas, se efectúan mediante este lavado y nutrición diarios con elementos vitales, puros y suaves, que la sagrada Naturaleza posee.

Este tratamiento es una cura segura de la constipación, y todos sabemos a qué nos referimos con esa cura de la salud mental y corporal. No necesito ocuparme aquí de este tema, pero sin duda es algo primordial para la salud de nuestro cuerpo. La tendencia a tumores y apendicitis también se anula quitando los factores condicionantes y vigorizando las zonas correspondientes a fin de que cumplan su función excretoria. ¡Y éste es, con seguridad, un modo mejor de eludir los horrores del bisturí del cirujano! Sin embargo, no conozco un método curativo concreto que sea comparable con este uso interno del agua fría, especialmente para poner en orden el sistema nervioso y tranquilizar o controlar nuestras pasiones o emociones.

Por supuesto, este método debe ser usado con prudencia y, como dije, no reducirlo necesariamente a horas de la mañana en que no sea conveniente, y en ningún caso se lo ha de usar con exageración. Por lo tanto, a modo de ejemplo, debemos tener cuidado de no enfriar las zonas respectivas bebiendo agua demasiado fría durante un clima muy frío y húmedo, ¡cuando en el aire ya tenemos demasiada agua para respirarla obligadamente para que nuestro cuerpo se sienta bien! El sentido común debería enseñarnos que, durante el calor estival, podemos beber mucha más agua fría sin que nos haga daño y de manera más beneficiosa que durante los nublados meses invernales. Debemos aprender a usar nuestro sentido común, para que nuestro cuerpo esté sano. Muchas personas tienen un solo modo de aprender esta lección: mediante el sufrimiento.

Asimismo, seguramente sería una locura suponer que podría-

mos ir todos los días a trabajar ¡con el estómago lleno de agua fría! ¡El sentido común debería enseñarnos que nuestro desayuno no puede consistir en agua fría! A pesar de ello, son muchos los individuos que todavía carecen de sentido y por ello, ¡debemos protegerlos, cuanto nos sea posible, para que no cometan abusos con uno de los más sencillos y sanos recursos que la vida nos brinda!

No hay nada más importante, en el régimen alimenticio, que la preparación del pan. Lo considero tan vitalmente significativo que, a menudo, enseñé a la gente cómo debe hornearlo. Mientras yo estaba enseñando a una señora de Bradford a preparar la torta de avena escocesa, escuché una melodía celta que se titula “El evangelio de la torta de avena”, y creo que realmente hay un muy serio evangelio de vida incluso en cómo debe prepararse el pan.

Lo que aquí ofrezco es valiosísimo para conservar la dentadura y tener una buena digestión, y estoy en condiciones de garantizarlo porque sé, por experiencia, que nuestra dentadura puede mantenerse muy bien si la usamos como es debido. Si la hacemos trabajar triturando los alimentos, aquélla se renovará en las zonas en las que haya desgaste. Sin embargo, hemos de triturar la comida y no engullirla sin tratar de masticarla. Este último modo, que es el más corriente con el que se ingieren los alimentos, provoca indecible sufrimiento durante la indigestión, y el consiguiente perjuicio para la salud corporal y mental. Quienes quieran conservar su dentadura deben usarla, y esto sólo ha de hacerse comiendo alimentos que necesiten ser triturados o masticados. Lo que dije es, con seguridad, suficientemente claro, sin que yo necesite aclararle al lector cuáles son los alimentos que necesitan ser triturados y cuáles no.

A esta altura, no puedo dejar de recalcar esta cuestión. ¿No significa para nosotros bastante sufrimiento el hecho de que en los tiempos actuales sean pocos los jóvenes que tengan una dentadura realmente sana, y constituya una excepción encontrar una joven que conserve su propia dentadura? Todo esto, con un cuerpo y una mente enfermos como segura secuela, es el tributo que tenemos que pagar por un estúpido e ignorante modo de alimentarse. ¿Dónde se halla la belleza de una mujer que perdió

la dentadura? Puedo afirmar que esa belleza desapareció, pues nunca veo, sin dolor y piedad, una dentadura postiza en un rostro bonito.

Para conservar la dentadura es preciso saber, por supuesto, cómo hay que preparar y usar comidas que no producen acidez, y evitar todas las que la producen. Este es un tema demasiado extenso como para incluirlo en este escrito. Permítaseme decir, en este sentido, que cuanto más sencilla sea la comida, mejor será. Si uno evita lo más que pueda los saborizantes, condimentos, encurtidos, pimientas, edulcorantes y sales, mucho será lo que hará para prevenir que se produzcan en el estómago la acidez y los gases que corroen la dentadura. Puedo añadir aquí, que la dentadura puede renovarse, al igual que preservarse, usándola como corresponde y alimentándonos como es debido. Hace un mes, se me quebró el esmalte lateral de una muela, mientras comía unos bizcochos muy duros, de avena y trigo, que un amabilísimo y fervoroso discípulo me había preparado, contrariando mis deseos. Incluso el mero contacto con el aire me hacía doler mucho. Sin embargo, dije que se iba a renovar solo y que pronto estaría en condiciones de volver a trabajar. Actualmente está muy bien. ¡Con seguridad, esto es preferible a cubrir la muela con una funda de oro! Por supuesto, el uso de agua fría en cantidad nutre mucho a la dentadura. Efectivamente, lo importante es aprender a usar el agua y nutrir la dentadura.

Cualquier persona que amase puede preparar estos pasteles. ¿Y hay entre mis lectores alguna mujer que no sepa amarlos? No, por supuesto, porque consisten en una masa sencilla y delgada, a la que luego se da forma o se la corta, y después se la pone en un horno no muy caliente. Pero no deben quemarse, sino solamente cocerse hasta tomar un vivo color amarillo cremoso. Entonces, tienen sabor agradable, sin que el fuego consuma para nada lo vital que esos pasteles contienen.

Insto a las jóvenes madres a que traten de prepararlos para sus hijos, sin descorazonarse si el primer intento no resulta muy exitoso, pues, con seguridad ¡su amor maternal perfeccionará sus manos! Ninguna mujer carece, en alguna proporción, de los atributos que, como seres humanos, les pertenecen, los cuales consisten en la sabiduría de las manos de una madre y también

en la habilidad que es propia de ellas. Si los niños son un poquito remisos, porque se los malcrió con golosinas malsanas, entonces pongan en esos pasteles un poco de azúcar de caña refinada y tengan la seguridad de que así prepararán una masa tan sabrosa que no tendrán siquiera que andar halagando a los más displicentes o renuentes estómagos de esos niños para que éstos los coman ¡y en cantidad!

Me crié entre las colmenas que había en la huerta de mi padre y, desde entonces, el amor por las abejas y el estudio de su maravillosa economía despertaron en mí una verdadera devoción; jamás pierdo la oportunidad de ir a sentarme entre esos seres afanosos y observar tan sólo sus revoloteos. Por más fatigado que yo esté por mi contacto con mis semejantes, recupero muy prontamente la armonía y el sosiego, gracias a la simpática presencia de estas hermanitas aladas. Su zumbido es una música sedante, en sus movimientos se halla la armonía de la vida apacible, y cada actividad de sus cuerpos suscita en mí intenso interés. La presencia de las abejas hace que yo vuelva a ser consciente de cuán total es la sabiduría de Dios y cuán dulcemente juiciosa es la Vida. Ellas, por cierto, me conocen de inmediato, pues puedo ir a sentarme incluso en medio de los miles de abejas de un apiario al que jamás visité y estar allí al comenzar el otoño, cuando por instinto protegen celosamente, contra todo intruso, sus reservas de alimento para el invierno; sin embargo, ninguna abeja me clavará su aguijón. Cada tanto, seré sometido a una cuidadosa inspección por parte de una de las guardianas, pero, evidentemente, ¡pronto se tranquiliza porque percibe que soy en verdad uno más entre ellas! Si tuviera que vivir en un lugar en el que pudiera dedicarme a la apicultura, seguramente lo haría, por la satisfacción y el interés que ella me brindaría. Es probable que lo que dije induzca a algún hermano o hermana a hacer lo que todavía no estoy autorizado a hacer, y entonces no tenga yo que incurrir en esta digresión acerca de las abejas.

Pasemos ahora a las frutas. Sólo mencionaré unas pocas, por orden, de acuerdo con sus cualidades. La manzana ocupa el primer lugar. A pesar de todo lo que los eruditos digan en contrario, la manzana es, con seguridad, el fruto del Paraíso, y la ma-

dre Eva la usó realmente para tentar al pobre y débil Adán, porque ella sabía bien lo que estaba a punto de hacer. ¡En verdad, tentó al amado con algo bueno, si lo que le alcanzó fue una manzana! Esta es la fruta dorada. La de los dioses. Sin duda, es la mejor fruta que tenemos. Es un alimento sagrado en un sentido muy real, pues por larga experiencia, sé que nutre al cuerpo sutil, más que cualquier otra fruta. Por ello, reitero que todas las personas nerviosas deberían comer tantas manzanas crudas como puedan, reemplazando con ellas a las hortalizas verdes o corrientes. No les estoy prohibiendo que usen verduras en su dieta. Nada de eso, porque prestan al cuerpo físico un servicio que las frutas no pueden concederle. Sin embargo, la manzana es más valiosa y no se puede prescindir de ella. Quienes son psíquicamente fuertes deberían prácticamente tenerla como base de su dieta, o sea, concentrar en ella su dieta, junto con alimentos ricos en aceites y calorías. La manzana es, para estas personas, no sólo un alimento de primera clase sino también un valiosísimo depurativo capaz de reemplazar al agua, para bien de aquellos individuos a quienes mucha agua no les sienta bien. Asimismo, es beneficiosa para las personas cuya constitución física necesita una depuración continua, en la medida en que indudablemente cargan sobre sí e introducen en su cuerpo sutil los estados áuricos insalubres de aquéllos a quienes consagraron su vida, a fin de sanarlos. Precisamente, a causa de estos efectos depurativos y nutritivos, la manzana es tan valiosa como alimento, en toda clase de trastornos nerviosos. ¡Cuán acertado es este dicho: “Una manzana por día mantiene alejado al médico”! Sin embargo, yo lo corregiría así: “De tres a doce manzanas por día, o tantas como usted pueda comer, mantendrán alejados muchos trastornos y afecciones”. Por supuesto, no es mi propósito insinuar que todos los médicos sean un fastidio ni que su presencia sea un problema.

El lector descubrirá que el huevo crudo se combina bien con la manzana cruda. Aparentemente, se complementan. Por ello, si nuestro cuerpo tiende a sufrir trastornos biliares a causa del huevo, entonces el zumo ácido de la manzana cruda corregirá eso, con seguridad. Por otra parte, si el ácido de la manzana cruda resultara demasiado fuerte para la mucosidad del estó-

magos, entonces, un huevo crudo, ingerido antes de comer la manzana, protegerá seguramente y aliviará la membrana mucosa. Yo diría, en este sentido, que es bueno ingerir algún alimento con la manzana cruda —por ejemplo, pan con manteca— si nuestro estómago se halla todavía muy sensible. La manzana cruda puede hacer mal cuando se la come con el estómago vacío, o bien puede no ser asimilada tan fácilmente como cuando se la combina.

Sé que los muy estrictos en lo que a régimen dietético se refiere, serían contrarios a que se recurra a los huevos, e incluso a todo producto lácteo, y comprendo y simpatizo con ese modo de pensar, pues ahora me estoy dedicando muchísimo a esa práctica. Sin embargo, en la actualidad nos hallamos en una etapa de transición. Estamos tratando de huir del país de Egipto, y puesto que todavía no tenemos la vara poderosa que nos permita dividir la corriente del Mar Rojo, es conveniente que, para que podamos cruzar a salvo esas aguas de dolorosa prueba, contemos con una sólida barca. Y he descubierto que el huevo crudo es una barca muy buena y confiable. Por eso, a usted, amigo lector, que me acompaña en esta peregrinación hacia la tierra de los frutos y la miel, hacia el Canaán de la Vida superior y más plena, le pido que pruebe mi barca, pues estoy seguro de que le servirá tan bien como me sirvió a mí durante estos últimos años. Y junto conmigo, usted llegará hasta donde yo estoy e incluso será capaz de dejar de recurrir al huevo crudo. Todo a su debido tiempo, en el sitio correspondiente y de un modo que sea proporcional. Tal es la ley de la Bondad de la Vida. Si conservamos el carácter sagrado de esta ley de Dios, entonces, con seguridad, viviremos... ¡y viviremos bien! Sin embargo, si quebrantamos la ley de la Vida, o sea, transgredimos la norma pura y saludable —e incluso la transgredimos debido a nuestro equivocado celo por hacer el bien— entonces, también seguramente sufriremos el castigo, el cual puede consistir en la muerte de este cuerpo de nuestra existencia animal.

Todas las frutas secadas al Sol son un buen alimento para quienes viven en nuestras sombrías ciudades. Sin embargo, según mi opinión, las frutas valiosas —después de la divina manzana— son los dátiles, las uvas pasas y los higos, y por supues-

to, todas ellas hay que comerlas crudas y secas. El dátil es una fruta muy sustanciosa, rica en proteínas y calorías; si lo comemos con pan negro y manteca, será apetitoso, nutrirá al cuerpo y también será bueno para los intestinos.

Prefiero las pasas de uva valencianas; en ellas encontramos todas las bondades del Sol del Sur y toda la fuerza del cálido Sol del Mediodía francés, que hace crecer las viñas, pues se trata sencillamente de la uva madura, secada al Sol. Cuando comemos cruda esa pasa, obtenemos de ella todos sus beneficios.

Sin embargo, debemos triturarla entera, con sus semillas y su hollejo, valiéndonos de nuestros propios dientes. Quizás el lector se sorprenda porque le pido que coma lo que habitualmente se desecha, pero en las semillas se encuentra, por supuesto, el germen de la vida. Esa pasa está viva aún y, si se la mastica como es debido, nuestro cuerpo absorberá su vitalidad. Nuevamente aquí, como ocurre con la pulpa del dátil, ese alimento así triturado, prestará un servicio importantísimo: limpiará los intestinos.

La uva pasa es utilísima para quienes tienen que realizar muchas diligencias. Si tenemos un puñado de esas pasas, pequeñas y vitales, en un bolsillo, entonces, ya sea que nos encontremos en un tren o en un barco, ¡estaremos en condiciones de prescindir totalmente de los restaurantes, con todas las molestias propias de un ambiente pesado, cerrado y maloliente, de compañías indeseables y de camareros enamorados de las propinas!

He aquí el motivo de que deseemos determinadas comidas. La sabiduría de Dios, que mora en nuestro propio cuerpo, nos dice lo que éste necesita; si lo que apetecemos es puro, esa sabiduría nunca dejará de señalarnos, con suma fidelidad, lo que esté de acuerdo con la voluntad de la Vida que existe en nosotros.

Por supuesto, hay muchas comidas y frutas buenas para la salud del cuerpo, pero no es posible nombrarlas todas, pues lo que aquí me propongo es ofrecer una dieta sencilla en la que, según propia experiencia, el lector hallará algunos de los mejores elementos de nuestra Tierra, los cuales serán útiles para el sistema nervioso. El propio cuerpo es el que reclama aquellos alimentos que mejor sirven al sistema nervioso o nutren al cerebro. Y la prueba de que esto es así, consiste en que el cuerpo

asimila con facilidad las propiedades de los alimentos que él mismo desea. Por eso, lo que tal vez nutra al cerebro de una persona, es probable que no lo haga con el cerebro de otra.

No es conveniente que lo sustancial de nuestro almuerzo se resuma en una pildora. La Naturaleza es mucho más sabia que los señores químicos: ella prepara adecuadamente los elementos en su propio laboratorio, y nos dotó de un receptáculo que debemos llenar sin atiborrarlo, si nuestro proceso digestivo ha de ser el apropiado. Por eso, necesitamos comer bien. Sería una necedad negarlo, pues de lo contrario, ¡nuestro propio estómago prontamente nos lo hará saber!

Las nueces son buenas si las comemos con moderación y las masticamos bien. Sin embargo, recordemos siempre que no estamos viviendo en un país en el que las nueces crezcan abundantemente. ¡Tampoco somos monos ni ardillas! No debemos tratar de vivir sólo de nueces porque sepamos que ellas son muy nutritivas para el sistema nervioso o para el cerebro, o porque contengan aceite que dé calorías a nuestro cuerpo. Lo repito: debemos recurrir a ellas con discreción, junto con otros alimentos. Por lo general, es bueno iniciar nuestra colación con unas pocas nueces. Esto lo he observado cuidadosamente. Por supuesto, el aceite de la nuez se complementa con el ácido de la manzana y, por esta razón, ambas se combinan bien.

Creo que la nuez de Brasil es la mejor para los intelectuales. La almendra es buena, y también lo es la nuez propiamente dicha, pero tanto a esta última, como a la de Brasil, debemos quitarles su cáscara antes de comerlas. Tengo entendido que la cáscara de la nuez de Brasil contiene demasiado arsénico y, si se la come con exceso, puede hacer mal al estómago. Sé que esa cascarilla oscura, en caso de ser ingerida, puede irritar la mucosidad de los estómagos delicados y producir graves afecciones.

A quienes pueden asimilar los aceites vegetales puros, les resultará inestimablemente valioso para su salud corporal recurrir a las ensaladas comunes y corrientes, o al aceite de oliva, al de almendra y otros. Por supuesto, recomiendo que se lo use sin cocer. De hecho, observo que los aceites no se asimilan tan fácilmente cuando se los cuece. Sin embargo, todos deben usar estos aceites, sin limitación alguna y de modo que se adapte a

su capacidad de asimilación. Quienes necesitan el aceite, pero no pueden asimilarlo en cantidad de una sola vez —y yo soy una de esas personas— deben ingerirlo en pequeñas cantidades, con tanta frecuencia como les sea posible. La Naturaleza suministra el aceite por medio de distintas clases de nueces, de cebollas así como de otras frutas y hortalizas.

Hay muchos alimentos buenos que se utilizan en una dieta común, pero que son destruidos o despojados en gran medida de su valor, antes de que lleguen a nuestras manos.

Por supuesto, esto se aplica, por lo general, a la composición del pan. Todos sabemos que la mayor parte de los elementos nutritivos que el trigo posee son eliminados mediante el proceso con el que se “purifica y blanquea” la harina.

La predilección del público por obligar al molinero —contrariando el conocimiento y el buen juicio de éste— a eliminar cuidadosamente los elementos nutritivos de la harina, es tan mala y absurda como la que convierte a la mujer en una tonta esclava de la moda. Creo que, en la práctica, sólo queda el almidón de la harina, ¡y nuestro cuerpo no hallará un sustento vital en esa masa blanca!

El arroz es un alimento de inestimable valor fortificante, y debido a esta propiedad y también a que es liviano, resulta especialmente útil para las personas ancianas o débiles, y es una cena ligera, buena para todos. Sin embargo, cuando “lo procesan”, ¡creo que de esa manera eliminan alrededor del noventa por ciento de sus elementos nutritivos! ¡Todo este despojo y envilecimiento del producto tiene como finalidad atraer y complacer la vista del comprador ignorante! El ama de casa debe tratar de conseguir arroz sin descascarar, o sea, “integral” y, dentro de lo posible, instar al almacenero a que lo incluya en su surtido. Si así lo hace, prestará un servicio más importante, pues, en lugar de acudir a sitios en los que se expenden productos vegetarianos, ayudará no sólo a sus propios hijos sino también a los de otras mujeres.

Tampoco hay que dejar de lado las legumbres, las cuales abundan en nuestro clima. Por supuesto, cuando están duras y secas, hay que prepararlas, al igual que los cereales, cociéndolas

debidamente. Sin embargo, si por fortuna usted tiene un huerto, como deberían tenerlo todos los padres de familia de nuestro país, descubrirá que estará en condiciones de comer, disfrutar y asimilar, como corresponde, las arvejas y frijoles recién salidos de su vaina. Cuando se los come de esa manera, son dulces y sabrosísimos, livianos, refrescantes y nutritivos. Lo mismo ocurre con algunos otros vegetales que, por lo general, se cuecen para comerlos. Sin embargo, puesto que las legumbres deben ciertamente cocerse durante la mayor parte del año, es bueno saber cómo hay que hacerlo, y lo que digo aquí sobre su proceso de cocción se aplicará, en general, a la cocción de todas las verduras.

Esto nos lleva hacia una enseñanza importantísima en cuestión de alimentos: ¡si hemos de nutrirnos como corresponde, debemos disfrutar nuestra comida! Dios quiere que, dentro de la sagrada Naturaleza y en todos los ámbitos de nuestra vida, experimentemos un placer puro y que nos deleitemos dulcemente en todos los campos de la Naturaleza. ¡Efectivamente, debe “gustarnos saber” que nuestro Dios es bueno!

El alimento que comemos sin ganas no nos nutre, porque es malo y contraría la voluntad de la Vida. Es un alimento nocivo. Con seguridad, hará más mal que bien. Muchas personas mueren prematuramente porque, en lo más íntimo, se sienten impulsadas a comer cuando no tienen ganas. En consecuencia, nunca deberíamos obligar al cuerpo a que reciba alimentos. Dicho esto con propiedad: en realidad, no podemos hacerlo. Cuando lo que gobierna a nuestro cuerpo se opone al alimento, ningún poder puede realmente obligarlo a que lo reciba.

El ayuno es tan seriamente importante para la salud que ahora voy a decir algo al respecto. Muy frecuentemente, todo lo que se necesita para restablecer la salud corporal consiste sencillamente en no ingerir alimentos. Esto lo comprobé por propia experiencia y años de ensayos, y por eso sé que el ayuno es un método curativo digno de ser recomendado.

Estimado lector: yo, igual que usted, no sólo fui víctima de ese error innato, propio de la naturaleza animal —en el sentido de que “la comida y en cantidad” es lo único que importa para que el cuerpo esté bien— sino también del mismo error en el que vivían quienes me amaban muchísimo y de verdad. Ahora

bien, ¿acaso todos nosotros no hemos sufrido esto en mayor o menor medida? ¡Muy a menudo, esa vieja afición extravía y, en este caso, cegó totalmente a aquellas personas bajo cuyos tiernos cuidados nos tocó en suerte estar en aquella época! Por lo tanto, frente a todo eso, tuve que aprender la lección de permitir que fuera mi propio cuerpo el que calladamente realizase su labor curativa, y esto lo tuve que aprender a fin de que, contando con ese conocimiento verdadero, yo pudiese servir al lector, quien me acompaña en este peregrinaje por la senda de la Vida. Esto se concreta mediante oración y ayuno, pues el ayuno no sólo es, en sí mismo, una oración, sino que se convertirá en una oración expresa o en un deseo silencioso, los cuales, de consuno, serán una bendición para nosotros y para todos aquéllos a quienes servimos en esta Vida. Efectivamente, el ayuno y la oración consisten en estar callados, permitir que la sagrada voluntad de la Vida pronuncie su palabra en nuestro cuerpo, experimentar que nuestro propio Dios cure nuestra carne y nuestra mente, y entregarnos a esta sagrada voluntad.

Ahora bien, la sobriedad habitual o, como preferiría decirlo —a menos que la palabra tenga resabios de ascetismo— la “castidad” en cuanto a la comida es mejor que el ayuno periódico respecto de todos los alimentos. En efecto, lo digo muy seriamente: esa frugalidad habitual respecto de las comidas —y serían mayoría las personas cultas que la considerarían prácticamente un régimen de hambre— es sumamente recomendable para quienes quieran tener una mente, un alma y un cuerpo sanos. Y digo esto porque ni siquiera quien lee estas líneas sabe cuán importantísimo es, para la vigencia de lo espiritual en nosotros, que subyugemos o, mejor dicho, realmente “pongamos en forma” a nuestro cuerpo animal, a fin de que sirva bien a la Vida mediante un uso muy frugal de sus propios alimentos. De ninguna manera podemos dejar de recalcar el valor de esta frugalidad habitual en la dieta. En verdad, no sólo de pan vive el hombre, sino del Dios vivo, quien le da lo bueno de la Vida por medio de ese pan. Efectivamente, quienes de esta manera acepten la Voluntad de Dios en su cuerpo, también conocerán lo que la Vida enseña a ese mismo cuerpo.

Tan pronto advirtamos el hecho de que los productos alimen-

ticios no son comida sino solo vehículos de Vida, o sea, elementos por medio de los cuales lo Sagrado presta un servicio a nuestro cuerpo, con seguridad nos libraremos de las necesidades propias de una mente carente de espiritualidad. En lo que atañe a la enorme masa de individuos prósperos con quienes vivimos, la dura realidad es que, en su mayoría, están engordando para morir antes de tiempo y preparándose para el *carnaval de la tumba*, y esto por empecinarse estúpidamente en comer de más. ¡Realmente, esto que tenemos que decir es horrible, pero es nada más y nada menos que un hecho! Por supuesto, los pobres se hallan misericordiosamente exceptuados de esa experiencia. La frugalidad, que para ellos suele ser una necesidad muy amarga, es en realidad —¡sólo ellos lo saben!— un medio por el cual están sanos. Les presta un verdadero servicio, pues les hace ver la enorme utilidad de su pobreza como valiosísimo método de autodisciplina. Sin embargo, para que lo fuera, no debería ser una frugalidad forzosa sino una ofrenda voluntariamente tributada por el individuo al Espíritu de la Vida.

Toda frugalidad forzosa implica transgredir la ley de la sagrada Naturaleza. ¿Acaso ésta no es pródiga con todos los frutos que están a su alcance, al brindarlos abundantemente a todos los hijos de esta Tierra? Respecto de esos frutos, nadie tiene un derecho que sea superior al de otro. Esta es la verdad sagrada, ésta es la ley de Dios. Y nos alegra saber que, al comprender la gente esta verdad sagrada, por fin la legislatura de nuestro país se haya puesto también en acción. Efectivamente, incluso ella está actuando, no cabe duda: ¡esa institución se halla en actividad, y suspiramos con alivio! Sin embargo, es conveniente que quienes se ven obligados a ser frugales sepan cómo convertir en un bien la mala situación en la que se encuentran. Sabemos, por haberlo experimentado en nuestra propia vida, ¡en qué consiste lo bueno que lo malo contiene y cuál es su razón de ser! La economía del universo de Dios es verdaderamente hermosa. El equilibrio de la Naturaleza es prodigiosamente imponente: ¡con seguridad, es la ley de la compensación que ella posee! ¿Por qué tenemos que recurrir a los frugales y pobres, no a quienes viven en medio del lujo, para considerar que los primeros son heroicos debido a su abnegada generosidad? Esto es realmente así. Dios es verdaderamente bueno.

Cualquier médico inteligente admitirá que el exceso de comida es la causa de la mayoría de las dolencias de quienes viven en la opulencia; estas personas son demasiado haraganas y egoístas como para tener interés en servir y ser bondadosas con sus semejantes: ¡disponen de mucho tiempo para esparcimiento y tienen comida en abundancia! Así es como la ordinaria función animal, que consiste meramente en alimentarse, se convierte en un medio para hartarse y abusar de la comida, o sea, entregarse a la vulgar glotonería, vicio éste que es producto de aquel desdichado modo de ser. Compadezco de verdad a estas tristes víctimas de nuestra injusticia social, y más aún a quienes tienen que trabajar arduamente para ganar una miserable pitanza. Si yo tuviera que elegir, me inclinaría por la suerte de estos últimos. Sin embargo, si los primeros pudieran advertir que se les ha dado la oportunidad para que elijan la senda de una vida frugal, y ocupan esa posición para que deliberadamente vivan una sana disciplina, siendo frugales o abnegados en medio de una abundancia excesiva, entonces de verdad triunfarían en la lucha del alma humana contra las fuerzas del mundo inferior — el de los apetitos y deseos animales— que todavía la tienen en cautiverio.

Ahora bien, cuando comprendamos que este cuerpo es sagrado y debe servir a la Vida, y que pecamos contra ella cuando damos rienda suelta a la gula o al lujo, tendremos muchísimo cuidado de que este pecado no halle cabida en nuestra vida. Sé que no serán pocas las personas que obtendrán de estas palabras la medicina que su débil voluntad necesita para que se espiritualicen. En consecuencia, ahora afirmo muy seriamente que es inadmisibles toda complacencia sensual o carnal por parte de quien declare que lleva una vida espiritual. Asimismo, cuando veo que un hermano en el ministerio espiritual está incluso fumando, realmente me da pena; ¡sí, siento piedad por él, pues da rienda suelta al vicioso apetito de “pitar socialmente”!

“¡Bendito sea el Señor de la Vida!”: éste debería ser el lema inscripto en nuestra morada de carne que ahora habitamos, especialmente si declaramos que somos siervos en la casa de Dios, y también en el alma humana.

La continencia, o mejor dicho, la gran continencia, e incluso

la dulce castidad de corazón, palabra y conducta, es algo bello, saludable y sagrado respecto de Dios que es nuestra Vida. Llevemos esa virtud como una joya de gracia y cubrámonos con ella como con un atavío poderoso para que cumplamos nuestro ministerio espiritual, sirviendo a la Vida y sirviendo a Dios.

* * *

No es bueno que la persona mentalmente muy activa y con mucha necesidad de expresarse permanezca demasiado tiempo en silenciosa quietud o demasiado aislada de los quehaceres propios de los seres humanos. Los individuos cerebrales y nerviosos necesitan mucho alimento mental, pues se afanan en los planos de la mente, mucho más de lo que ellos por lo general tienen idea. Disponen de muchos modos de nutrirse, propios de las múltiples actividades humanas, y son de carácter material, mental y espiritual. Si la vida campestre fuera tan alegre como la vida social de las urbes, entonces hallaríamos en el campo lo que nutriese nuestra mente. Sin embargo, en la actual etapa de desarrollo de nuestra nación, aquella vida es un desolado páramo para quienes principalmente se nutren estando en compañía. Muchísimas veces envié a vivir en pleno Londres o en alguna gran ciudad, a quienes se afanaban en grado sumo por el estudio de lo trascendente, para que se curasen y nutriesen o, mejor dicho, para que salvaran su propia mente, se integrasen con esos elementos y compartiesen las actividades externas que son propias del mundo en el que se vive. Nunca supe que este cambio de alimento mental dejase de curar, cuando se lo realizaba como corresponde. Esto se debe a que el magnetismo de esas personas, agotado por la intensa actividad de un cerebro que estaba trabajando siempre aislado, vuelve a recubrirse con el magnetismo humano, el cual abunda en los sitios favoritos de las muchedumbres. Esta sugerencia mía será muy explicativa para algunos de mis esforzados lectores.

Efectivamente, aquéllos de nosotros que estudian lo trascendente y viven en el mundo interior pueden excederse en el uso de ese bien. Por lo tanto, deja de ser un bien. Todo lo que es excesivo es un pecado contra nuestro Genio Divino y, si de esta manera

quebrantamos la sagrada ley de nuestra vida, seguramente sufriremos por ello. Todo exceso es pecado, tal como lo expresa la sabiduría antigua: “¡No seas excesivamente justo!”, es decir, “no agotes tus fuerzas preocupándote sin necesidad ni fruto por nada que sea bueno”.

Algo que es importante para ser sabio en la Vida, y que todos debemos aprender tarde o temprano a fin de vivir en paz, consiste en saber cuándo hemos cumplido nuestra labor y, entonces, darla por terminada, o sea, no emprenderla de nuevo.

Quien por temperamento se inquieta muchísimo y tiende a preocuparse incluso por su propia perfección, debe aprender a abstenerse de ello. Debe controlar su propensión a andar hurgueando inquietamente una y otra vez las cosas, y decirse: “No me preocuparé de esta manera por nimiedades. Haré lo que pueda por dejar las cosas como están”. Efectivamente, es bueno que quien vive preocupado aprenda la lección de la sagrada Naturaleza, la cual consiste en *laisser faire*. ¡Con cuánta lentitud la Naturaleza cambia! ¡Cuán graduales son sus procesos de mutación y transmutación!

¡Ay, si quien vive preocupado aprendiera solamente esta sabiduría acerca de la Vida que la sagrada Naturaleza le enseña!

Realmente, no podemos ser más sabios que nuestro Dios ni más grandes que nuestra propia naturaleza sagrada. El hecho de que nos excedamos, incluso en la introspección, la oración, la meditación o la concentración, constituye sin duda un quebrantamiento de la ley que rige nuestra existencia, y es como si bebiéramos o comiéramos de más.

Sin embargo, a las almas afanosas, fervorosas y ardientes no les resulta fácil aprender esta lección. Por esta razón, son muchos los vasos sagrados, de inestimable valor, que se destruyen irreparablemente en esta vida porque las personas no aprendieron esta sencilla verdad. Todavía no permitieron que el artista que vive en ellas —incluso su propio Genio Crístico, que es sagrado— plasme todas las circunstancias de su vida de acuerdo con las normas de la estética y las mantenga allí. Empero, cuando el Ser Sagrado exprese con toda su potencia el sentido de las proporciones en esas almas esforzadas, entonces, con seguridad, ellas reposarán tranquilamente en Dios. Creo que lo que acabo

de decir será de mucha ayuda para que esos seres encuentren en sí mismos ese sagrado reposo.

No tengo dudas de que, para la mayoría de los casos de insomnio, su cura consiste en el sagrado matrimonio, o sea, en el verdadero estado marital, en el que existe un intercambio libre y pleno, al igual que una continua y espontánea fusión de los elementos que componen la existencia humana.

Muchos son los alimentos del cuerpo, y cada uno tiene el suyo. Todo cuerpo debe ser alimentado a su debido tiempo y circunstancia, si nuestra salud ha de ser total. Lo que nutre nuestros afectos se halla en el amor sagrado. Por eso, siempre he dicho a mis jóvenes amigos: no renieguen del amor sagrado ni lo rechacen, cuando les es ofrecido por la benevolencia de Dios. En verdad, el Amor es sagrado; ciertamente, Dios se entrega libre y totalmente en el Amor sagrado. La vida se halla donde se comparte el pan de la Vida. En la sagrada unión se halla la gran comunión espiritual y toda su misteriosa belleza. Sin esa unión, no existe la ofrenda eucarística a Dios, al Dios de la Vida. Sin embargo, puesto que el matrimonio, tal como en la actualidad comúnmente se lo acepta, no está seguramente al alcance de todos aquéllos con quienes nos encontramos en el enmarañado caos social de la sociedad inmadura de nuestro tiempo, y puesto que algo que le es afín, como lo es incluso un afecto, resulta aparentemente difícil de obtener para muchos seres que son antisociales y se aíslan, nuestra enseñanza debe elevarnos incluso sobre la necesidad de depender de esos servicios, si ha de constituir una doctrina de verdadera libertad en la vida y hemos de emanciparnos de todo temor.

Ahora bien, el insomnio nos aterroriza tan pronto empezamos a tenerle miedo. Por eso, nuestra enseñanza debe incluso elevarnos sobre este miedo.

No debemos ceder ante miedo alguno. Debemos eliminarlo. No hay mejor servicio que buenamente podamos prestar a cualquier persona que el de aniquilar los “cucos” que le causan miedo. El miedo es el demonio mismo y, cuando cunde en una persona, entonces es el infierno, porque es descomunadamente irreal, pero proclama que es algo, o lo que es peor, que en muchas mentes representa la totalidad, y ¡es el Dios de ellas! Por eso, el

miedo es el supremo Mentiroso. Sin embargo, sabemos esto porque lo hemos vencido y porque, en esencia, no existe.

Fue por esa razón que yo, un alma realmente intrépida, fui dominado por el miedo, me causó crueles sufrimientos y fui su esclavo durante años, hasta que el Santo Genio de mi alma me libró de su poder.

Conocí a muchas personas valiosas que fueron destruidas por el miedo que una falsa instrucción religiosa les inculcó, incluso en lo que atañe al Ser Santo y Bendito: a nuestro Dios, que es Amor.

Por eso, soy muy consciente cuando digo esto: Alma mía, no temas; ahora el miedo no te es útil para nada. Otrora era necesario para conservar la propia vida. Sin embargo, dejó de serlo para quienes sabemos que somos hijos de la eternidad y peregrinos de los siglos, y que el Cosmos es nuestra morada por siempre jamás.

* * *

Quisiera concluir esto refiriéndome al insomnio, un trastorno que aflige y deprime a tantas personas excelentes, porque son muchos los que me contaron que lo padecieron. Yo no necesitaba que me lo informaran, pues desde mi época de estudiante, sufrí de insomnio cuando me imponían algún esfuerzo fuera de lo común y, a veces, incluso transcurrían semanas enteras sin que yo pudiera tener una hora de sueño reparador. Parecerá increíble, pero recuerdo bien que ese estado se prolongó durante unos seis meses y fue para mí una experiencia tan corriente que dejé de alarmarme. Me sentía mal, pero no tenía miedo de perder la razón. Esto lo cuento ahora, para tranquilizar a las personas temerosas a quienes por supuesto les dijeron que, si no conciliaban el sueño, perderían la razón. Conocí a muchos individuos tranquilos que padecieron esta muy desagradable afeción durante muchos años y, después de soportarla bien, recibieron, por medio de su ministerio, la paciencia y el dominio de sí mismos, junto con muchos otros bellos dones cuya belleza es sagrada y perdurable.

No habré sufrido en vano ese trastorno si, por medio de este escrito, puedo ayudar a algunos de mis semejantes a que lo su-

pere o soporte debidamente. Un modo muy seguro de que lo superen y dejen de experimentar consiste en saber cómo soportarlo y hacerlo como corresponde. Entonces, el insomnio se convierte, para nuestro bien, en siervo nuestro.

El insomnio es la manifestación de una acentuada inquietud, la cual radica principalmente en que nuestra alma no se expresa verdadera y armónicamente en nuestra vida. Si lo hace equivocadamente, o sea, si nos expresamos de manera exagerada o esforzándonos de más —lo cual da un toque de falsedad a nuestra persona— o si al sagrado Genio de nuestra salud, a la Sabiduría Crística de nuestro ser no le permitimos que nos guíe sapientemente por todas nuestras sendas, entonces con seguridad sufriremos. Este Genio sagrado es quien nos dice qué es lo que deberíamos hacer o no, adónde deberíamos ir o no, qué deberíamos comer o no, con quién deberíamos asociarnos y a quién deberíamos evitar, en lo que concierne a nuestra salud.

Asimismo, si nuestra vida o nuestra alma no se expresan con armonía, o sea, si nos sentimos impulsados a vivir de manera antipática, entonces nuestra vida o nuestra alma no se están expresando de verdad: nuestro propio ser no se expresa libremente y, por lo tanto, no hay tranquilidad.

El descanso llega sólo por medio de la palabra personal de la Vida Unica, o sea, de nuestro Genio, el cual se expresa en y por medio de la totalidad de nuestro ser. Si los distintos modos con los que se expresa son de algún modo forzados o compulsivos, o bien, restringidos, entonces nuestro Dios no se expresa personalmente, y nuestra alma no podrá tener descanso. El gran descanso sólo persiste en quienes expresan a Dios, tal como Dios quiere ser expresado, o sea, de acuerdo con la idiosincrasia de cada individuo. Y la expresión a la que nos referimos pertenece al Yo o Genio verdadero, quien es la expresión de nuestra palabra sagrada.

Ahora bien, en lo que concierne al insomnio, es primordialmente importante la suma sobriedad no sólo durante el tiempo en el que se lo padece, sino también antes y después; asimismo, es aquí de vital importancia cuanto he dicho sobre los alimentos y su uso sabio o moderado. Todo nuestro ser debe descansar, y nuestros modos de nutrir nuestro cuerpo tienen mucho que ver

con el sosiego o reposo del sistema nervioso. Sencillamente, debemos respetar o, mejor dicho, reverenciar nuestro cuerpo. El estómago es un órgano tan importante de este cuerpo como lo es el cerebro o el corazón. Si queremos descansar bien, entonces debemos ser muy cuidadosos con el bienestar o la salud de nuestro estómago, para que nunca podamos cometer abusos con él.

“Priva de alimento a la fiebre”, es un refrán viejo y sabio que puede aplicarse aquí. Quien tiene ese estado febril o de nerviosidad, propio del insomnio, debe contentarse con no ingerir prácticamente alimento alguno durante ese período de nerviosidad. Puede considerar esto como un dogma y adherir a él, por más que sus amigos ignorantes o necios traten de persuadirlo para que no lo haga. Si la persona es propensa a la gula, entonces debe renunciar a esa tendencia, pues quienes son sumamente nerviosos tienden a estar probando bocados aquí y allá. Por supuesto, éste es incluso un síntoma de que nuestros nervios están mal o de que nos inquietamos o afanamos muchísimo por el bienestar de nuestro cuerpo. Ahora bien, de acuerdo con lo que acabo de apuntar, debemos aprender a soportar un ayuno que dure tanto como el estado febril o de nerviosidad que es propio del insomnio.

Podemos beber, de a sorbos, agua fría o caliente, mezclada con un poco de leche, o agua de centeno, poco densa, pero no con demasiada frecuencia. Cuando comamos algo, ha de ser muy liviano y digerible, como por ejemplo, un bizcocho de trigo integral, un poco de arroz o cebada hervidos con leche, o una fina rebanada de cebolla con harina de trigo: ¡lo suficiente para conservar el vigor! Sin embargo, debemos hacer todo lo materialmente posible para apaciguar al cuerpo y cumplir con todas las leyes que rigen nuestra vida física; por ejemplo, las relacionadas con el aire puro y los ejercicios y posturas corporales. Si no cumplimos con esta ley importante y necesaria para nuestra vida, incluyendo la de nuestra verdadera expresión personal, entonces todo lo demás será seguramente en vano, o sea, la cura no será realmente perfecta. Por eso repito que, antes de que podamos emprender ese gran descanso, debemos vivir, es decir, expresar la Vida, la Divinidad o el Genio de nuestro ser: debemos permitir que Dios que está en nosotros —e incluso nuestro Ema-

nuel, nuestro Cristo-Niño inmortal, eterno y sano— pronuncie su propia Palabra, que es hermosura y vida. Sólo de esta manera podemos estar sanos.

Para quienes estén expresando así a su verdadero Yo, o incluso a Dios, la hora de sueño plácido, suave y puro que de esta manera obtengan, será mucho más valiosa, para que se fortalezcan, que la que puedan hallar en muchas horas de sueño profundo y pesado en el cual el alma animal más densa se hunde en el cuerpo más denso.

Ahora bien, para vivir debemos tener un objetivo que sea el motor de nuestra energía. Sin embargo, dicho objetivo debe tener como base a la Voluntad que rige la Existencia, y estar de acuerdo con su Ley. Es decir, no debemos transgredirla en plano alguno de nuestro ser, sobrecargando nuestras facultades mentales, psíquicas o físicas con las que nuestra Vida se exprese. Por esta razón, a modo de ejemplo, no hemos de permitir que nuestra mente se enfrasque por completo en un tema que excluya todos los demás. Nuestra vida debe regirse según la ley del “sendero medio”, sin volvernos hacia la derecha ni hacia la izquierda. De su sabiduría debemos aprender a evitar todo tipo de exageración: ¡hasta la que implique consagrarnos exageradamente a prestar un buen servicio! De la sagrada belleza de la Existencia, hemos de aprender a rechazar todo extremismo doctrinario, el cual constituye una muy sutil tentación para que muchos intelectuales se comporten de manera egoísta. Hay que permitir que la Existencia Misericordiosa satisfaga todas nuestras necesidades, con sus múltiples reservas puras, sencillas y bienhechoras. Mediante nuestro cumplimiento total de la ley de la Existencia, tendremos una vida segura y plena. Ninguna persona capaz de cumplir así, esta norma única de su vida —en su propio ser, que es sagrado, o incluso en su propio Genio divino— padecerá esa inquietud cuya secuela es el insomnio.

Capítulo V

PSIQUIS Y PNEUMA

por W. W. Williams

1. LOS ORÍGENES Y RELACIONES

“Es peligroso indicar al ser humano su semejanza con los animales, sin señalarle, al mismo tiempo, su propia grandeza. También es peligroso señalarle su origen humilde y, más peligroso aún, dejar que siga ignorando ambas cosas.”

PASCAL

Los primeros intentos de la filosofía

Una cuestión muy importante e interesante, que desde la más remota antigüedad llamó la atención de los pensadores, es la que se refiere a la *Psyché* o Alma humana, a su origen y destino. Tan pronto el género humano empezó a investigar la naturaleza de las cosas y a observar el movimiento del Sol, de los planetas y de los astros que se cernían sobre ella en el firmamento, como un magnífico dosel, comenzó entonces a ejercitar su facultad racional, a fin de adquirir conocimientos sobre aquéllos y plasmar una filosofía que esclareciera su intelecto y explicara cómo el ser humano se relacionaba con el Universo visible, del que la Tierra en la cual vivía parecía ser el centro. Sin embargo, en los primeros períodos de su existencia, hubo circunstancias que impidieron al hombre adquirir, acerca de los fenómenos externos, aquellos conocimientos que él necesitaba para fundamentar la filosofía y las ciencias. El propio cuerpo físico del hombre

le exigía que ocupara y dedicara su tiempo en la obtención de provisiones y ropa, lo cual era indispensable para su bienestar. Esta fue su primera obligación y lo que más le preocupó en su vida; mientras se dedicaba a eso, de manera lenta y gradual fue adquiriendo, mediante observación, reflexión y comparación, un cúmulo de conocimientos relacionados con los fenómenos de la Naturaleza, los cuales le permitieron extraer de esta última algo más que mera aptitud para satisfacer sus diarias necesidades y precaverse contra las contingencias del futuro. Por este medio, las lecciones aprendidas y la experiencia utilizada y aplicada, contribuyeron grandemente a dotar y enriquecer al género humano con la sabiduría y la ciencia, en la medida en que se las emplee y dirija con una inteligencia capaz de liberarlo de la esclavitud de la materia, no para que se convierta en su siervo sino en su amo, mediante la comprensión y aplicación acertada de sus fuerzas y de las leyes con las que se la controla y gobierna. Por esta razón, la caza, la ganadería, la agricultura y otras labores rurales fueron las cuestiones más importantes, pues ampliaron los alcances de la facultad de observación y el ejercicio de la capacidad intelectual e intuitiva, que constituyen los principales elementos del desarrollo progresivo y de la civilización de la humanidad en general.

Puesto que esto fue lo que ocurrió, los primeros conceptos filosóficos del hombre, acerca de la Naturaleza y del Universo sólo pudieron ser de carácter muy rudimentario, imperfecto y fragmentario, y sus ideas sobre las causas de las cosas eran más bien fruto de la imaginación que del intelecto, creando las fantasías poéticas y la personificación de fuerzas naturales que forman la base de la Mitología, en las etapas incipientes de la existencia humana. Este fue el período de la niñez del mundo, con sus sueños, visiones y fantasías que alegraron, deleitaron, aliviaron y mitigaron el tedio y la monótona rutina de la vida diaria, alisando su senda accidentada y tortuosa. Sin embargo, los sueños tienen su despertar; las visiones se desvanecen poco a poco, y los viejos pensamientos y las ideas fantásticas —que duran tan poco— dan paso a percepciones superiores y más claras de los grandes hechos y realidades de la vida, que promueven y exigen el ejercicio de facultades intelectuales más elevadas que

aquéllas que caracterizan a la época de la niñez. El crecimiento y el desarrollo son las expresiones de la gran ley del progreso, la cual prevalece en todo el Universo. Cada criatura y ser animado, a fin de conservar su propia existencia y acrecentar su bienestar y felicidad, debe adecuarse al régimen de vida que aquella ley establece o, de lo contrario, extinguirse sin que exista otra opción.

Llegó un momento en el cual el desarrollo humano se estabilizó, y la ley que gobierna la evolución física y psíquica fue menos apremiante, aunque no anuló al hombre en su morfología. Entonces, bajo el impulso de una fuerza invisible y desconocida, los seres humanos escalaron el monte de la transfiguración y purificación, y ascendieron por la espiral de su destino hasta el incógnito e inimaginable Más Allá. De allí en adelante, el ser humano dejó de ser un soñador para convertirse en alguien que pensaba y razonaba, seguía más al intelecto que al sentimiento, indagaba acerca del inicio de las cosas y preguntaba el porqué y el origen de ellas. Así es como se convierte en filósofo, estudioso de los principios, buscador de un conocimiento y una sabiduría superiores respecto del origen y la materia primordial del Universo, de la cual éste brotó, como un árbol o una flor, con toda su hermosura y magnificencia. En ese entonces, ésta era una cuestión enigmática que casi superaba la capacidad de la mente humana para resolverla. Fueron necesarios siglos de meditación y de paciente observación y razonamiento, antes de que pudiera darse alguna respuesta inteligible y formularse alguna exposición clara.

El primero que dio una respuesta fue Tales, quien nació en Mileto, Asia Menor, hacia el año 640 a.C. Aunque su gran interés se concentraba en la política y sus problemas, en sus ratos de descanso y luego de cumplir con sus obligaciones públicas, encontró tiempo para pensar detenidamente acerca del origen del Universo físico, y llegó a la conclusión de que el agua era el *Arché* o principio primordial de todas las cosas, y que el hermoso friso de la Creación había tenido su origen y nacimiento en aquel elemento. Observó y estudió a fondo las innumerables transformaciones y cambios, como por ejemplo, el nacimiento y la muerte, la evolución y la declinación, y los matices y colores

correspondientes a formas, figuras y tamaños. El mismo se preguntó: ¿qué es ese algo invariable del que estas cosas variables son los accidentes y cualidades o, en otras palabras, cuál es el comienzo, el principio de las cosas? Esta fue la gran pregunta en la que se enfrascó y, tal como claramente lo percibió, hasta que fuera respondida, no sería posible avanzar realmente en la ciencia ni en la filosofía. No fue extraño que llegara a la conclusión de que el agua, o la humedad, era el principio de todas las cosas. Desde la niñez había vivido cerca del mar y brincado sobre su arenosa playa, o se había reclinado contra los acantilados vecinos, contemplando las azuladas aguas que se extendían ante él, o escuchando el murmullo de sus olas que llegaban balanceándose. Cuando atardecía, observaba cómo el rojo y ardiente Sol se hundía, por el Oeste, en el vientre frío y enorme del océano que lo devoraba todo. Al prestar atención a la Tierra y examinar sus componentes, halló agua y humedad por todas partes, y observó que, sin ese elemento, todas las formas —las de los hombres, las aves y los animales, y también las de las plantas, flores y árboles— pronto decaerían y desaparecerían y, en consecuencia, llegó a la conclusión de que el elemento agua era el principio de todas las cosas. Dijeron que Tales era ateo porque pensaba así, y esta imputación revela la indignidad de quienes la formularon. El fue médico y físico; fundó el método de razonamiento analítico y, mediante éste, fue un precursor del avance científico hacia maravillosos y magníficos descubrimientos en el vasto campo de la Naturaleza. Cicerón dijo de él: “Sostenía que el agua es el principio de las cosas, pero que Dios es el *noús* o la mente que las creó a partir del agua”. En su época no existía la teología como sistema, y la idea de una fuerza o mente creadora, como consideramos a la Divinidad, no se había asomado todavía en el horizonte intelectual del hombre, debido a lo que expondremos en el curso de nuestras posteriores observaciones. Por eso, a Tales no podría acertadamente denominárselo ateo, pues, junto con sus contemporáneos, no había llegado a la etapa científica que permitiera concebir principio creador alguno, ni como Fuerza ni como Inteligencia, mediante el cual hubiera sido plasmada la humanidad prístina.

En relación con el aforismo de Tales: “El agua es el principio

de las cosas”, Plutarco esboza, en un escrito suyo titulado *Máximas de los Filósofos*, por qué razón opinó así. En primer lugar, porque la semilla corriente, que es el principio de todas las cosas vivas, es húmeda y, por ende, resulta sumamente probable que la humedad sea también el principio de todas las demás cosas. En segundo lugar, porque todas las otras clases de plantas se nutren con la humedad, sin la cual mueren o decaen. En tercer lugar, porque el fuego, incluyendo al Sol y a las estrellas, se nutren y sustentan con vapores que provienen del agua y, en consecuencia, el mundo entero consiste en lo mismo. Esta fue la nueva era en la historia de la filosofía, y debió su origen a Tales, quien, además de haber sido considerado como el primero de los siete sabios del mundo, es honrado como el padre de la filosofía. Fue el primero en dar a Grecia un verdadero método y en abrir una nueva senda para la investigación de la Naturaleza y el descubrimiento de la verdad.

A modo de paréntesis, transcribimos unos pocos apotegmas notables, recopilados y transmitidos a nosotros por historiadores y escritores de la antigüedad:

“El Ser Divino”, afirmaba Tales, “era un *Kardio-gnosites* o Conocedor del corazón humano. El mundo tiene un alma. Su alma es Dios quien, expandido por todas partes, lo impregna con su virtud divina mediante el elemento agua. La mente es la más veloz de todas las cosas, pues las supera a todas”. En una ocasión preguntó: “¿Qué es más difícil?”, y respondió: “Conocerse uno mismo”. “¿Qué es agradable?": “Hacer lo que queremos”. “¿Qué es más divino?": “Lo que no tiene principio ni fin”. “¿Cómo vivirá un hombre siendo justo?": “Evitando lo que él reprocha a los demás”. “¿Quién es feliz?": “Quien posee cuerpo sano, buena fortuna, contento y jovialidad”. “Conocernos nosotros mismos es difícil pero bueno, pues eso es vivir de acuerdo con la Naturaleza.” “No estudies para embellecer tu cara, sino tu mente.” “Aprende y enseña siempre lo mejor.”

La filosofía de Tales no prevaleció largo tiempo en el desarrollo del pensamiento griego. Había comenzado la corriente especulativa, producto de la mente de otros pensadores que captaban, mejor que sus predecesores, la verdad superior; con el paso del tiempo, aparecieron otros filósofos, cada cual con su pecu-

liar opinión —completamente distinta de la de Tales— sobre el origen de las cosas. Uno de ellos, Anaximandro, fue el filósofo que pronunció por primera vez este famoso axioma: “*A nihilo, nihil fit*” (“Nada nace de la nada”). Argumentaba y enseñaba que la materia o sustancia prístina debía ser infinita, para abarcar la ilimitada variedad de las cosas creadas que nos rodean. Anaximandro coincidió con el punto de vista de Tales respecto del agua, y se formuló esta pregunta: “¿Por qué deberíamos preferir este elemento sobre todos los demás, o sea, sobre el aire, el fuego y la tierra, si vemos que el agua, igual que todos ellos, son finitos?”. “Si obramos así —decía— hacemos que una cosa, o una parte del Universo, sea infinita, eterna e incondicionada”. Son variadas las opiniones sobre lo que Anaximandro quiso decir con el vocablo “Infinito”. Según su criterio, la Creación es la descomposición de este Infinito, y esto fue sostenido también, aunque con distintos términos, por algunos filósofos, como por ejemplo, Hegel y Víctor Cousin, quienes dicen que la Creación es Dios que entra en actividad, pero que no se agota con ese acto. O bien, como podríamos expresarlo de otro modo, la Creación es la existencia de Dios en el mundo. Las cosas finitas son tan sólo el movimiento eterno, la manifestación del Todo y su cuantificación.

El otro gran maestro y filósofo, sucesor de Anaximandro, fue Anaxímenes de Mileto. Al principio, fue amigo y discípulo de aquél, y divulgó sus enseñanzas. En sus especulaciones sobre el origen del Universo, sostenía que el aire, no el agua, era la materia prístina y el gran principio vivificador de las cosas creadas, y que éstas se disolverían finalmente en él. De hecho, Anaxímenes pensaba que el aire era la Deidad viva, porque estaba siempre en movimiento. Era consciente de que en su interior había influjos e impulsos cuya actividad y razón de ser no podía adivinar; sin embargo, creía que formaban parte de ese elemento que estaba fuera de él, o sea el aire y, en consecuencia, imaginaba y llegaba a la conclusión de que el aire era el principio de las cosas. Esta opinión, como escribiera un filósofo, “aunque se la considere tan absurda como la de sus predecesores, era un paso hacia adelante; en lo conceptual, él se valía de un principio superior, fundado más bien analógicamente en el alma, que en una semilla nacida y desarrollada en el agua”.

Estos puntos de vista y conceptos sobre el origen de las cosas no perduraron mucho entre la gente; pronto resultaron obsoletos y fueron reemplazados por otras especulaciones e ideas. Una de éstas fue la que planteó Heráclito, natural de Efeso y fundador de la escuela filosófica de Elea, famoso por haber estudiado a fondo la Naturaleza y las grandes leyes del Universo. Sus contemporáneos tenían en muy alta estima sus escritos, en los que enseñaba que el fuego es el gran principio de todas las cosas, pues todas se plasman con él y se disolverán finalmente en él.

En la Epístola II, 2:10, de Pedro, encontramos una enseñanza parecida: "...Los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la Tierra y las obras que en ella hay serán quemadas". El fuego condensado se humedece y licua, y el agua condensada arde en la Tierra. Según Clemente de Alejandría, Heráclito enseñaba que el Universo no fue creado, sino que fue y será siempre fuego vivo y eterno. El mundo y todo lo que hay en él se disolverá en una conflagración final. Algunos autores conjeturaron, por lo que Heráclito afirmaba, que éste había vivido en Persia y estaba familiarizado con las doctrinas de Zoroastro respecto de Ormuz y Ahrimán, pues existe una notable semejanza entre las enseñanzas fundamentales de los Adoradores del Fuego y las que Heráclito mencionaba por primera vez sobre el origen de las cosas.

He aquí, brevemente esbozado, el comienzo de la filosofía y sus primeras enseñanzas respecto de la naturaleza de las cosas. Eran tan sólo esfuerzos tentativos de la mente humana, tendientes a resolver el enigma del Universo. Por falta de conocimientos científicos y de un verdadero método investigativo de la Naturaleza, las conclusiones a las que llegó fueron imperfectas, erróneas e insatisfactorias, y suscitaron más preguntas personales, como por ejemplo: ¿Quién soy? ¿Cuál es el motivo de mi existencia? ¿Cuál es el gran objeto de la vida humana? ¿Qué lugar ocupa el hombre en el orden del *kosmos*? ¿De dónde provino el hombre y hacia dónde va? El futuro bienestar y la felicidad de la humanidad dependen de la respuesta que se dé a esas importantes preguntas. Merced a ellas surgió la psicología, una ciencia que, entre todas las demás, si bien no es la principal, es la que más se conecta con el desarrollo y progreso del género

humano en general. Esto se debe a que, como se ha dicho, la humanidad debe estudiar, sobre todo lo demás, al hombre mismo. Cuando descuidamos o ignoramos esto, el hombre deja de ser amo de las circunstancias para convertirse en su esclavo. Entonces, por ignorancia, jamás encuentra el hilo que le conduzca fuera de los intrincados y desconcertantes vericuetos del vasto laberinto de la vida y le haga ingresar en el brillante y vasto campo de la Naturaleza, que él heredaría y gobernaría con tan sólo conocerlo, pertrecharse y ser dueño de sus facultades mentales y fuerzas espirituales innatas. El hombre mismo es responsable de no llegar a ser eso, en gran medida, debido a su abulia y desidia para ejercitar su prerrogativa de pensar y conocer, porque el conocimiento es energía que ilumina y vivifica. La ignorancia provoca debilidad, tanto física como mental, la cual termina convirtiéndose en pérdida del respeto por uno mismo, y esto afecta, en última instancia, a la *psyché*.

Aunque la psicología ha sido tema de estudio por parte de los filósofos, desde época remotísimas —incluyendo a seres prestigiosos como Platón y Aristóteles— y aunque se han publicado innumerables tratados sobre ella, sin embargo, no logra atraer la atención general como sistema filosófico que influya sobre el comportamiento diario del individuo. Se encuentra en el mismo aprieto que la astronomía y la química durante la Edad Media y antes de ésta. Antes de que aquellos filósofos pudieran avanzar, tenían que desechar y librarse de ideas erróneas sobre la mecánica celeste y los principios elementales de la materia, y empezar a emplear el sistema filosófico inductivo —basado en la observación de los hechos— que elevaría al hombre hacia las cimas del conocimiento y le permitiría tener un concepto más fiel y exacto de la existencia en la Tierra y de su ubicación en el Universo. Al haber formulado imperfectas inducciones sobre la naturaleza humana y no conocer realmente el humilde origen del hombre y su primera aparición en el plano terrestre, la psicología, como ciencia, estuvo desvalorizada desde el principio, y sus explicaciones sobre los misterios de la vida y el destino humano fueron ineficaces e insatisfactorias. Al ignorar —por no decir, pasar por alto totalmente— la existencia del *Pneuma* (Ego o Yo Superior), y su conexión y relación con su “*alter ego*” (yo

inferior, alma o *psyché*), el hombre fue considerado, al principio, una dicotomía (una doble combinación de cuerpo y alma, “*soma* y *psyché*”), pero respetando al *Pneuma* (su parte más noble y divina), sin la cual aquéllos no podrían haberse originado ni seguir existiendo. No se sabía en qué consistía y, si predominaba alguna idea sobre el particular, era muy oscura y dudosa, por lo que se la dejaba de lado y debía quedar a la zaga de las especulaciones filosóficas. Los sabios consideraban que éste era un tema que aún había que investigar, pues se trataba de un territorio desconocido e inexplorado del conocimiento, o bien daban como explicación que era una mera expresión verbal, y nada más, la cual carecía de sentido. Por esta razón, la pneumatología (o ciencia del Espíritu o del Yo Superior) es todavía una mera expresión de deseos.

Si hubiera ocurrido lo contrario, si la tricotomía (o triple naturaleza del hombre, constituida por cuerpo, alma y espíritu) hubiera sido reconocida y enseñada como es debido, y la investigación se hubiera encauzado hacia lo más elevado y divino de la naturaleza humana, entonces jamás habría sido divulgada la gran mayoría de las teorías teológicas, confusas y desconcertantes, junto con aquello que se relaciona con el pecado original, el origen de la depravación humana y su transmisión. Entonces, la historia del Cristianismo, en lugar de ser un espantoso relato de controversias sectarias caracterizadas por la intolerancia religiosa y por el surgimiento de persecuciones gestadas por el clero, por los autos de fe, por la inhumana y demoníaca institución llamada la “Santa Inquisición” y por la usurpación de la mente y la conciencia por parte de la Iglesia, habría resultado ser una espléndida crónica de la ciencia espiritual. Habría sido una narración de la vida espiritual, la evolución y el progreso, secundados por el verdadero conocimiento individual, el cual, una vez que se lo capta y asimila, a la sazón libera al hombre de la esclavitud de la superstición y lo ubica en su sitio verdadero y legítimo. Entonces él es el sumo sacerdote de la Naturaleza, el comentarista de sus símbolos majestuosos y el descifrador de la importancia y del significado de sus jeroglíficos maravillosamente misteriosos. Sin embargo, esto no se comprenderá hasta que la humanidad se ilumine interiormente, conozca a su Yo Superior,

a su parte divina, por cuya única intermediación pueden llegar a ella las verdades de la vida superior junto con sus leyes, que gobiernan sus energías y funciones. Cuando el hombre las comprenda y maneje, se elevará por la escala de la existencia hasta completar su destino. Este es el fin para el cual fue creado, o sea, la unión y la fusión de lo divino y lo humano dentro de él, cuando, como lo expresa San Pablo: “Dios será todo en todos, y El reinará eternamente”.

Cuando consideramos que esa consumación —aparentemente tan increíble y profética, y que va más allá de lo que el hombre puede suponer— no ha sido generalmente aceptada y reconocida como la razón de ser del Universo creado, vemos que la mayoría carece de una filosofía verdadera y perfecta acerca de su naturaleza neumática o su constitución espiritual: toda la humanidad vive, muere y abandona este mundo, ignorando y desconociendo por completo su *pneuma individual* (o Yo Superior) y la relación que existe entre este último y ella misma. Esta ignorancia acerca de la divinidad interior predominó durante siglos y, a pesar de lo que el Cristianismo enseñó, prosigue hasta hoy. La vida humana, considerada en su conjunto, es psíquica, no neumática. En otras palabras, es la existencia de un alma, no una vida espiritual. Mientras no haya una verdadera filosofía, y el hombre viva en esta deplorable ignorancia, no podrá progresar o avanzar de verdad en la civilización, la cual, como podemos inferirlo por los restos de naciones que se extinguieron en todas las regiones del mundo, al deteriorarse su *psyché*, tiende a retornar al estado salvaje en el cual surgió y se manifestó.

Muchas y variadas han sido las teorías sobre el origen del hombre. Incluimos entre ellas el mito caldeo del hombre plasmado con una gota de sangre divina que, mezclada con arcilla, lo convirtió en un ser viviente, y también la alegoría del *Génesis* sobre el hombre creado con polvo, a quien se insufló vida en las narices (*nepheš chayim*) hasta convertirlo en *nepheš* o alma viva. También está el mito de Deucalión, según el cual los hombres fueron creados con piedras. Se consideró que estos mitos, y muchos otros, explicaban el origen del hombre. Sin embargo, esto resultó ser un misterio y, después de siglos de especulaciones filosóficas, sigue siendo un enigma sin resolver.

2. LOS DISTINTOS PUNTOS DE VISTA

Aparte del tema relacionado con el origen del hombre, el que más reflexiones y estudios ha suscitado es el concerniente a su composición. La opinión general de la filosofía antigua y moderna es que dos son las partes constitutivas del hombre: *soma* y *psyché*, o sea, un cuerpo y un alma. Esto dio origen a dos ciencias, la fisiología y la psicología. La primera siguió el método de Bacon, investigó la Naturaleza y avanzó rápidamente. Revolucionó la medicina mediante sus observaciones y experimentos sobre diversas partes del cuerpo. La segunda, es decir, la psicología, a causa de sus opiniones erróneas y sus conceptos inexactos respecto del alma, pronto se encontró sin timón ni brújula en un mar de confusiones, a la deriva en el océano de las especulaciones, sin avanzar satisfactoriamente, y a pesar de todo lo hecho por Platón, Aristóteles, Hume, Kant, Fichte, Cousin, Schopenhauer, Hamilton y muchos otros, se halla casi muerta y paralizada. Igual que las demás ciencias, ha reunido y acumulado hechos, pero es incapaz de explicarlos o correlacionarlos porque, a semejanza del sistema astronómico de Ptolomeo con sus supuestos ciclos y epiciclos, carece y está despojada de verdadera base científica, o sea, de la real existencia del *pneuma* (Yo Superior o ego divino existente en el hombre), con el cual el cuerpo y el alma forman una tricotomía, o una trinidad en la unidad. La filosofía que trata sobre el cuerpo y el alma, y su recíproca interacción e influencia era bien conocida y comprendida por aquel gigante del intelecto que se llamó Aristóteles. Sin embargo, él, junto con otros filósofos de la antigüedad, no concebía que el *pneuma* existiese y formase parte de la naturaleza humana, a juzgar por su tratado sobre el alma. La tricotomía de Platón consistía en un cuerpo y un alma, a los que sumaba la *gnosis* (o el intelecto), al que consideraba una parte de la Superalma.

El *pneuma* o espíritu, al cual con tanta frecuencia se refieren San Pablo y otros Apóstoles, no había aparecido todavía en el horizonte intelectual, y la filosofía, antes del Cristianismo, sólo era capaz de especular y discurrir sobre dos formas de conciencia, la del cuerpo y la del alma, o la de los sentidos y la de la *psyché* (o yo inferior). Sin embargo, la humanidad vivía en la

más crasa ignorancia acerca del *pneuma* u órgano de la consciencia de Dios, y sobre sus funciones y actividad, hasta que hizo su aparición el gran Maestro Divino, quien fue el primero en introducir luz e inmortalidad en la existencia, por medio de su Evangelio, dando origen así a una nueva era. Así nacieron la vida religiosa y el desarrollo espiritual de la humanidad. El Maestro abrió el Reino de los Cielos o lo divino de la vida, dentro de la *psyché* humana, a quienes estuvieron en condiciones de ser hijos de Dios, sin haber nacido de la sangre ni de la voluntad de la carne ni del hombre, sino de Dios. O dicho con las palabras de San Pedro, a quienes nacieron de nuevo, no de una semilla corruptible sino incorruptible, para que la *psyché* se purificase, iluminase y regenerase, mediante su obediencia a la verdad que llega hasta ella por medio del *pneuma* o Yo Superior.

Esa enseñanza no estaba al alcance de la filosofía corriente de aquella época, y se la consideraba una locura. Eso es lo que pensará siempre el hombre meramente físico, en quien todavía no hizo su aparición la consciencia de Dios y quien, en consecuencia, a semejanza de aquel Galio mencionado en los *Hechos de los Apóstoles*, no se preocupa para nada por cosas como éstas.

Estudemos ahora, de manera un tanto sucinta, las teorías que hemos mencionado sobre el origen del alma, y que los estudiantes de teología conocen como “traducianismo” o “creacionismo”. Esto constituye un curioso e interesante capítulo de la historia de la psicología. Todavía es motivo de discusión y controversia entre teólogos y psicólogos, cuál de estas teorías es la verdadera, debido a que ellos no lograron distinguir entre el alma y el espíritu, y muy corrientemente se los confunde y explica como si se tratara de una misma cosa. Sin embargo, es algo de suma importancia, pues las enseñanzas y los dogmas de las Iglesias, sobre el pecado original, se basan en la corrupción del género humano por medio de Adán, lo mismo que las doctrinas sobre los elegidos por Dios, los predestinados, los réprobos y otras por el estilo.

Orígenes, uno de los Padres de la Iglesia griega, tenido en muy alta estima y merecida fama por su erudición y capacidad filosófica, enseñaba y sostenía la doctrina de la preexistencia de la *psyché*, y su corolario, que era la reencarnación. Según él,

Dios creó los espíritus, al principio uno por uno, y todos perfectos; puesto que muchos de ellos perdieron su pureza prístina, cayeron de su elevado sitio y se degradaron hasta convertirse en demonios. Esos espíritus, al purificar su existencia en esta Tierra con su secuela de sufrimientos y privaciones, lograrían, a su debido tiempo, recuperar la felicidad y la gloria que perdieron. Sin embargo, esta doctrina recreacionista fue condenada por la Iglesia en el Concilio de Constantinopla.

La otra teoría, la traducianista, fue aceptada como un dogma ortodoxo; enseñaba que el cuerpo y el alma provenían de los padres, mientras que se consideraba que el espíritu era una creación especial de Dios en el momento de la concepción. Pasaron los años, y la Iglesia Latina u Occidental rechazó esta última diferenciación acerca de cuál era el origen de la *psyché* y del *pneuma*. Tertuliano, en sus especulaciones sobre la transmisión del pecado original, enseñaba en su tratado titulado *Sobre el alma*, que el cuerpo y el alma provienen de los padres “por vía externa”, pero no modificó para nada el tema del espíritu y sus derivaciones. Esta opinión predominó en la Iglesia y fue adoptada por ésta, durante los primeros siglos de la era cristiana, hasta la época de San Agustín quien, considerando que *psyché* y *pneuma* eran sinónimos, declaró que se trataba de creaciones específicas. Así, el traducianismo cayó en desgracia y se lo consideró una herejía durante la Edad Media y hasta la época de la Reforma. Entonces, la Iglesia Luterana volvió a adoptarlo como la única explicación racional de cómo se transmitía el mal. Este tema controvertido sigue estando todavía sin resolver. Martenson, doctor en teología, sostiene que todos los hombres nacen y, por ello, se encuentran bajo la ley del traducianismo. Todos los hombres son creados: a) la doctrina que enseña que tanto el alma como el cuerpo son engendrados mediante la reproducción de sustancias que provienen de sus padres; b) enseña también que todas las almas son creadas separadamente por Dios en el momento en que cada una de ellas se une con el cuerpo y, por tanto, se hallan bajo la ley del creacionismo. Otro teólogo afirma que el espíritu es, en cierto sentido, preexistente, pues así como el aire existe antes de que los pulmones lo inhalen, de igual modo el espíritu existe antes que el alma, la cual lo vitaliza y le

brinda una personalidad. El *pneuma* tiene un origen eterno: Dios, de quien deriva su existencia. La *psyché* que el hombre tiene en común con los animales —que son de un orden inferior a él— perecería con el cuerpo, salvo el Yo Superior que sostiene la consciencia del alma después de la muerte y detiene su disolución, a la que de lo contrario estaría sujeta. Al examinar estas dos teorías diferentes, podemos percibir que sólo son representaciones parciales e imperfectas de la verdad. Puede afirmarse que algunos creacionistas sostienen que el alma no impregna al cuerpo hasta que el embrión, dentro del seno materno, asume una forma claramente humana. Lotze, en su obra titulada *Microcosmos*, se declara en favor de una creación gradual del alma.

Luego de haber considerado estos criterios antitéticos acerca del origen de la *psyché* y del *pneuma*, los cuales son insatisfactorias para quien filosofe, examinemos ahora lo que la Teosofía enseña sobre este importante tema que, con sus corolarios —las doctrinas de la Reencarnación, del Karma y del destino último del hombre— hemos descubierto, después de muchos años de paciente estudio y reflexión, que brinda la única filosofía cabalmente cierta que nos permite captar y entender los principios fundamentales de la existencia humana y resolver los misterios sobre el origen del hombre y los profundos problemas de la vida humana. Desde que el ser humano empezó a pensar y razonar, nunca dejó de prestar profunda atención a estos asuntos.

Cuando el hombre no tiene una filosofía de vida y sigue ignorando sus orígenes y deberes, sin un timón que oriente su rumbo y una brújula para anticipar su comportamiento, pronto se pierde en el proceloso mar de la existencia y corre el peligro de naufragar en sus abismos o varar en alguna de sus muchas rocas ocultas: éste es un desastre que el alma raras veces puede evitar, a no ser que la conduzca su timonel divino, es decir, su *pneuma* o su Yo Superior.

* * *

Inicialmente, cuando los Cielos y la Tierra fueron creados, el espíritu del hombre —el cual es una emanación de *En Soph*, la Raíz Sin Raíz de toda la existencia y el Padre de todos los espí-

ritus— comenzó su evolución como una mónada en la que se desarrollaron, latentes y ocultas, todos los poderes, energías, virtudes, facultades, capacidades, atributos y cualidades necesarios que le permitieran elevarse por la sublime espiral de la existencia y alcanzar el estado angelical, el cual es la culminación de su evolución espiritual. Entonces, después de construir una *psyché* con la que finalmente debería integrarse, puede seguir siendo eternamente un ego individual con todas sus facultades plenamente desarrolladas, con una mente surtida y enriquecida con las ilimitadas reservas de conocimiento que recogió y con la sabiduría que adquirió durante sus prolongadas experiencias. Este era, pues, el objetivo y el propósito de que su *psyché*, plasmada durante muchas fases, existiera en el mundo natural y pasara por los reinos mineral, vegetal y animal. Así fue sumando cada vez más fuerzas y dotándose de aptitudes superiores por medio de quien le dio vida, junto con facultades, emociones e instintos que se sensibilizaban más a medida que se aproximaba al modelo divino que lo precedía. El resultado de esto fue que desarrolló internamente deseos, afectos y propensiones rudimentarios, junto con ideas relacionadas con lo justo y lo injusto, el bien y el mal, y los principios de adaptación personal al ambiente y autoconservación contra toda contingencia. Después de haberse elevado, mediante la ley de la evolución, desde el zoófito más bajo en la escala, finalmente se revistió con la forma humana hasta alcanzar la meseta de la humanidad: fue un alma viva, en estrecha relación con dos mundos —el externo y fenoménico, y el invisible y nouménico— susceptible a la influencia de ambos, siendo una criatura dotada de raciocinio, pero dependiendo y obteniendo de su *pneuma* o Yo Superior todo lo que poseía. A ese Yo Superior tributaba infantil complacencia y voluntaria obediencia. El destino de la humanidad hubiera sido feliz y bendito si esta relación hubiese continuado intacta e ininterrumpida. En ese entonces, el hombre no conocía el dolor, no sentía la pugna interior de las pasiones, y su envoltura física no se desgastaba ni deterioraba. Como dice el Salmista, en ese tiempo, el hombre estaba coronado con honor y gloria y, en lo alto, su poder se hallaba tan sólo un poco por debajo del de los ángeles. Si la tradición dice la verdad, mantenía con ellos una relación

diaria y constante. Puesto que su *psyché* era pura, su cuerpo también lo era, y se hallaba inmunizado contra los efectos del tiempo y los estragos de la enfermedad.

Cuando el hombre leyó y reflexionó sobre la gran Biblia de la Naturaleza, y observó el funcionamiento de sus leyes y disposiciones, adquirió conocimientos que le permitieron controlarlas y, de esa manera, acrecentar los goces de la existencia física y aprender a reconocer, en las maravillas de la Creación que le rodeaba, señales del Ser Divino, e incluso del poder y la divinidad que ese ser humano poseía. Esta es una descripción bella y esplendorosa, pero ¿es fiel y exacta en sus perfiles y pormenores? Si en su etapa prístina, y en las edades que siguieron, el hombre disfrutó y experimentó ese estado o período de pureza e iluminación espiritual, ¿cómo y por qué no es ahora como lo era al principio? ¿Cuál es la causa de esta enorme transformación suya? ¿Por qué, en lugar de hallarse un poquito más abajo que los ángeles, está apenas sobre los animales que lo rodean? ¿Por qué, en algunos aspectos, su *psyché* no es mejor que la de un demonio en lo que se refiere a ferocidad y crueldad? Lejos de discutir y poner en duda el relato bíblico sobre la caída y la pérdida de la vida divina por parte del hombre —que si lo tomamos alegóricamente resuelve de verdad el gran interrogante— y fijando nuestros límites dentro de especulaciones e inferencias filosóficas, podemos adivinar fácilmente qué fue lo que causó esta deplorable declinación de la vida humana, la cual impidió y todavía impide que el hombre reconozca y concrete su elevado destino se una con la naturaleza divina y participe de ella.

La *psyché* o alma ocupa un sitio contiguo a dos mundos, el físico y el espiritual. Recibe de cada uno de ellos sus influencias y posee determinados límites; sin embargo, es libre como para regular su conducta, elegir el rumbo que seguirá y establecer cómo se desempeñará en esta Tierra: de manera ascendente o descendente. Mientras ella reconoció la soberanía del *pneuma* y le tributó filial obediencia, estuvo a salvo. Mediante una vida armoniosa, según la ley justa del Universo, sus avances le aseguraron bienestar y felicidad perpetuos, garantizados por su Yo Superior, quien se expresaba así: “Porque yo vivo, tú también vivirás”. Esta relación y esta amistad divinas, según el propio

historial del hombre, quedaron destruidas e interrumpidas por la gradual influencia del mundo de los sentidos sobre la *psyché*; por esta razón, de acuerdo con lo que dice con dureza la Escritura, dejó de ser un alma viva y se convirtió en un alma muerta, empedernida y corrupta, aunque no del todo sorda a la voz y a los gritos y súplicas de advertencia de su Yo espiritual y Superior, a quien debe todo lo que ella posee y disfruta. Puesto que éste es el estado actual de la *psyché*, el hombre busca por todas partes la felicidad que perdió, la cual, como un fuego fatuo, lo elude en todo instante, hasta cuando imagina haberla encontrado y conseguido.

En consecuencia, la vida de los hombres degeneró y su carácter es psíquico, no neumático, tal como San Judas los describe: “Ellos son sensuales, no tienen espíritu”. Este hecho explica por qué el alma de cada individuo es el sitio en el que luchan dos influencias antagónicas: “la voluntad de la carne” y “la voluntad del espíritu”. La historia de la vida humana es el registro de su lucha a lo largo de los siglos y que todavía se entabla, la cual es tan fratricida como la que Caín y Abel sostuvieran otrora. Las crónicas de esto se manifiestan como derramamiento de sangre y guerras feroces. Es tan espantosa la historia de la vida psíquica del hombre que, con el fin de disculparse y paliar sus crímenes y su inhumanidad que “hace llorar a millones de personas”, se ha imaginado la existencia de un Satanás ficticio, descargando sobre sus hombros la causa de la culpa y la depravación de los humanos.

Por este breve resumen del origen de la *psyché* humana y su relación con su muy cercano Creador, podemos entender y explicar algunos —si no todos— los oscuros problemas atinentes a la humanidad, que han causado perplejidad a los filósofos y teólogos de todas las épocas. La ignorancia de esta relación resultó muy nociva e hizo que casi se olvidase la existencia del *pneuma*, por lo que se ignora y desconoce su supremacía, legitimidad y autoridad. Mientras no se reconozca esto, la vida del hombre seguirá siendo más bien psíquica que neumática.

Antes de poner fin a estas fragmentarias observaciones sobre la *psyché* y el *pneuma*, no quisiéramos olvidarnos de señalar que, mientras la vida psíquica del hombre sea dominada y con-

trolada por influencias materiales y regida por sus instintos animales, no podrá haber paz duradera en el mundo, especialmente entre aquellas naciones cuya política se basa en el expansionismo y que no respetan los derechos de sus vecinos siempre que se les presenta la oportunidad de concretar esto mediante el uso de las armas. Lo mismo ocurre con cada uno de nosotros, pues la Fraternidad entre los hombres y la Paternidad de Dios, basadas en el hecho de que, dentro de nosotros está presente y activa la vida divina, cuyo principal atributo es el amor, deberán seguir siendo ideas y conceptos abstractos, sueños incumplidos y verdad no concretada en nuestra vida diaria, mientras todo esto no sea de carácter neumático sino psíquico.

No es la *psyché* la que debe llevar la voz cantante, sino el *pneuma*, si la humanidad ha de realizar su destino y este mundo ha de convertirse en un Cielo en el que la justicia y la paz hallen su morada, y la buena voluntad para con los hombres prevalezca en lugar de un infierno de pasiones, codicias y ambiciones en pugna, o de un campo de batalla y derramamiento de sangre, como lo ha sido durante largo tiempo. El elemento espiritual, la divina levadura oculta dentro del hombre es capaz de transmutar la naturaleza humana, para que, después de haberse comportado como un ser de este mundo, pueda convertirse en un ser espiritual y celestial. Los Papas, los magnates, los Césares y monarcas, los regios visires y los cancilleres, con sus panaceas políticas y religiosas, las jerarquías sacerdotales y los gobiernos aristocráticos, republicanos y democráticos, han resultado ineficaces hasta ahora. No lograron regenerar a la humanidad. No pudieron apartarla de las tinieblas mortales por las que durante siglos vagó y sufrió, entre tropezones y caídas, búsquedas y esperanzas, en procura de la columna luminosa que la oriente hacia la Tierra Prometida que es el objetivo y el destino final de su fatigosa y prolongada peregrinación. Las expectativas de la humanidad han sido vanas e ilusorias. La humanidad deberá seguir estando siempre fatalmente sujeta al desengaño, mientras confíe en los príncipes, hasta que, al volver la vista hacia su interior, encuentre a su “*Goel*”, su redentor y liberador, su Cristo poderoso que la salve, su *pneuma* divino, el Amigo más íntimo que un hermano, a quien por haberlo ignorado durante

tan largo tiempo, nuestra propia *psyché* lo mantuvo en un segundo plano, desdeñado y rechazado. Sólo entonces el hombre experimentará y sabrá interiormente qué significa resucitar de entre los muertos. Sólo entonces ascenderá hacia la esplendorosa luz de la vida más elevada y divina. Sólo entonces huirá del mundo corrompido por la lujuria, y pondrá en ello toda su diligencia, sumando fe a su propia virtud, virtud al conocimiento, conocimiento a la templanza, templanza a la paciencia, paciencia a la piedad, piedad a la bondad fraterna, y bondad fraterna al amor. Esto será así, merced a lo que afirma Dante mismo en el verso final de su inmortal poema: por “El amor que mueve el Sol y las estrellas”.

ÍNDICE

Capítulo I

METAFÍSICA Y MEDICINA 5

por *Franz Hartmann*

1. Las cinco causas de la enfermedad 5
2. La constitución de la materia 17
3. Las causas ocultas de la locura y la obsesión 26

Capítulo II

LOS PODERES MÁGICOS DEL ALMA HUMANA 39

por *Eduard Herrmann*

Cómo se lee y transfiere el pensamiento 39

Capítulo III

EL MAGNETISMO Y EL SISTEMA NERVIOSO 53

por *Alexander Wilder*

1. El magnetismo como sanación. Su historia 53
2. El magnetismo animal 60
3. El magnetismo animal aplicado 66
4. El sistema nervioso 75
5. Los sistemas simpático y cerebrospinal 85

Capítulo IV

EL PODER DE SANACIÓN 97

por *James Leith Macbeth Bain*

1. La palabra de poder 97
2. La sanación mediante el poder de los opuestos 101
3. El Cristo de la Mano Sanadora 104
4. Algunos casos de sanación 114
5. El cuerpo, la salud y la alimentación 128

Capítulo V

PSIQUIS Y PNEUMA 153

por *W.W. Williams*

1. Los orígenes y relaciones 153
2. Los distintos puntos de vista 163

¿POR QUE ME SUCEDIO ESTO A MI?

*Un Enfoque Diferente sobre
Alimentación, Medicina y Psicología*

Lic. Alejandro S. Bosack



¿Es casual el tipo de enfermedad que “produjimos” —no que contrajimos—? Muy dentro de nosotros intuimos que esa enfermedad era la que “estábamos buscando”.

¿Acaso no sabemos cómo terminan los que juegan a “Superman”, apretando el acelerador más de la cuenta, alcoholizándose, consumiendo drogas, exigiendo a su físico más de lo que puede dar?

El nervioso, colérico, el prepotente y autoritario que no quiere delegar tareas, pues cree ser el único capaz de realizarla eficientemente, es el prototipo del enfermo cardíaco hipertenso, de quien no nos extrañaría que “ante un gran disgusto que le provocaron” (según sus palabras) sufra repentinamente un infarto.

La depresión psíquica está acompañada del mismo efecto físico y energético, se deprime también el Sistema Inmunológico y no resulta casual que luego de un profundo “bajón” disminuyan las defensas y ocurra una enfermedad.

¿Son casuales los accidentes? Podríamos preguntar qué pasó antes del choque en la ruta, o de aquella caída en la calle. La casualidad es casi siempre “causalidad”.

Somos lo que comemos, pensamos, sentimos, respiramos y hacemos; y en función de lo que somos, nos pasan las cosas, por más disparatadas que nos parezcan con respecto a la realidad...